Un hombre cualquiera

GIOVANNI ARPINO

Prólogo de Antonio Muñoz Molina

gatopardo ediciones



Un hombre cualquiera

Un hombre cualquiera

GIOVANNI ARPINO

Traducción de Mariana Ribot

gatopardo ediciones

Título original: *La suora giovane*

© 2017 Adriano Salani Editore surl – Milano
Publicado de acuerdo con Adriano Salani Editore.

La traducción de esta obra ha contado con el apoyo del Centro per il libro e la lettura del Ministerio de Cultura de Italia.



© de la traducción: Mariana Ribot, 2024
© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2024
Rambla de Catalunya, 131, 1.º-1.ª
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: octubre de 2024

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: © Craig Frazier

eISBN: 978-84-129125-5-5
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Prólogo

UN HOMBRE CUALQUIERA

Giovanni Arpino

Sinopsis

Otros títulos publicados en Gatopardo

Prólogo
Notas sobre un desconocido

Giovanni Arpino es un ilustre desconocido entre nosotros. Que yo sepa, *Un hombre cualquiera* fue en su día la segunda novela suya que se publicaba en España. La primera, *La hora del adiós*, que fue por cierto la penúltima que escribió, se tradujo con anterioridad y no recuerdo que obtuviera mucha atención de la crítica, aunque es, sin duda, una cautelosa obra maestra. Tal vez sea eso, la cautela y la extrema contención de su escritura, lo que ha disuadido a una parte de los críticos españoles de otorgar a Giovanni Arpino la relevancia que merece. Entre nosotros es prestigioso el énfasis, que suprime automáticamente la sospecha de la vacuidad, pero son más prestigiosos todavía el voluntario hermetismo y la irresponsable profusión de los materiales narrativos, hasta tal punto que algún escritor podría repetir con vanidad, aunque no sé si también con orgullo, aquella jactancia de don Luis de Góngora: «Gloria me ha dado hacerme oscuro». Arpino, en cambio, parece transparente, de una claridad tan pura que casi resulta dolorosa, como el frío de una mañana de invierno. Su técnica logra ser tan invisible, es decir, tan eficaz, que se diría que no la tuviera.

La hora del adiós, una historia simple y de progreso lineal, nos es contada en tercera persona, alternando puntos de vista sucesivos. *Un hombre cualquiera* muestra una trama que parece aún más sencilla: se trata de un diario, y no demasiado largo, porque su primera anotación corresponde a un diez de diciembre y la última al dos de enero.

Durante ese tiempo, el narrador, un hombre ordenado y solitario, de mediana edad, vive la intriga y el tibio éxtasis de un amor cuyo desenlace no nos es permitido conocer. Es un hombre mediocre, un hombre oscuro al que imaginamos caminando con abrigo y sombrero

por las calles adoquinadas de un lluvioso Turín de los años cincuenta, una ciudad en blanco y negro, con horizontes suburbanos de edificios y grúas, con fachadas de piedra ennegrecidas por la humedad del invierno y los motores de los automóviles. Enseguida nos viene a la memoria el Turín de Pavese, y vislumbramos las lejanías horizontales y ausentes de Federico Fellini, una cierta manera italiana de mirar las ciudades, con familiaridad y extrañeza, como miraba Bassani las calles amuralladas de Ferrara.

Pero la estirpe a la que pertenece este narrador no es sólo italiana. Se trata de un hombre excluido de la vida, sin heroísmo ni tragedia, un empleado apacible y mediocre, de esos que parece que aspiran a la invisibilidad, como Leopold Bloom, como Bartleby, el escribiente de Melville, como Franz Kafka y como los personajes de Franz Kafka. Se parece, sobre todo, a alguien que caminaba cada mañana a la misma hora para ingresar en una oficina situada en la Rua dos Douradores, en Lisboa: el apócrifo escritor Bernardo Soares, que trabajaba, igual que él y que Fernando Pessoa, en una firma exportadora como redactor de cartas en lenguas extranjeras, que rondaba también los cuarenta años y vivía irrevocablemente solo, que iba a comer a un restaurante barato. No cabe duda de que al escribir *Un hombre cualquiera* Giovanni Arpino no conocía el *Libro del desasosiego*. Pero hay un aliento común en su novela y en las páginas descabaladas de Pessoa, en la inmediatez de la experiencia narrativa que fingen los dos. Ambos están solos y escriben para sí mismos, y la escritura que emprenden es la afirmación íntima de la soledad, el espacio de una conciencia aislada que solo se revela a sí misma en el silencio, en el acto secreto de encerrarse en una habitación, abrir un cuaderno y ponerse a escribir para nadie. Bernardo Soares suscribiría con exactitud las palabras del narrador de Arpino: «Nunca he comprendido, nunca he aprendido ni osado; tengo cuarenta años y me veo incapaz de tomar una decisión y de afrontar las cosas con la entereza necesaria. Siempre me he ocultado».

Todos los actos de este hombre, Antonio Mathis, forman parte de una estrategia de ocultismo y de simulación. En el trabajo cumple cuidadosamente sus tareas para fingir que le importan. De vez en

cuando finge que desea a una mujer de la oficina, a la que intuimos tan solitaria como él, pero más vulnerable a la pasión. Se cruzan de vez en cuando por un pasillo en penumbra, él la toca, se acarician con fugacidad y torpeza. Por la tarde, Mathis se encuentra con su novia, va con ella al cine y a veces se acuestan juntos, sin estremecerse nunca: pues también finge que está con ella, pero permanece ausente, perdido en el interior de sí mismo, en la indiferencia y la ficción. Si en toda novela la primera frase es la definitiva, porque ha de contenerla entera, las primeras palabras de *Un hombre cualquiera* nos instalan sin vacilación en la categoría moral de su protagonista: «Soy un cobarde».

Que la novela adopte la forma de diario no es una elección técnica casual, entre varias posibles, sino la metáfora precisa del mundo que se nos cuenta en ella. En *La hora del adiós* un narrador en tercera persona —y por lo tanto invisible en la trama— va contando la historia desde los puntos de vista de cada personaje, introduciéndose en sus conciencias con hondura diversa, unas veces rondando solo los actos exteriores y juzgando los indicios que observaría un testigo, otras convirtiéndose en la voz más oscura de un alma. De ese modo, la narración consigue envolvernos en un doble juego de proximidad y de lejanía, y nuestra mirada gira alrededor de los personajes a un ritmo lento y discontinuo, igual que todos ellos se mueven y se encuentran y se desconocen en una trama circular que es en el fondo una danza de la Muerte. El narrador en tercera persona es siempre una criatura misteriosa y singularmente libre, como un extraño que se moviera con sabiduría y desenvoltura por las habitaciones de la casa donde viven otros, que no pueden verlo, que sirven a su voz. Esa pluralidad de perspectivas, unificadas al mismo tiempo por el tono de la escritura, ilumina sucesivamente la historia igual que se desliza la luz sobre las facetas de un prisma. Su centro se desplaza como la mirada de un viajero que camina entre los árboles de un bosque: el punto de vista, como el punto de fuga, es móvil. La verdad que conocemos al final de la novela es fragmentaria, de modo que solo en nuestra imaginación se completa la historia: es así como nuestra pupila, al mirar las manchas de color sobre el lienzo, las convierte en las figuras y en las

luces de un cuadro, y como en una película los convulsos materiales filmados se constituyen en una sola secuencia visual y temporal.

Muchos escritores han usado y usan ese artificio técnico. Lo que distingue a Arpino —y a otros novelistas italianos— es la naturalidad y la limpieza de la ejecución, tensa como un nervio de acero, inflexible y a la vez liviana, tan escondida como la legitimidad de esa voz narradora que está en todas partes y no pertenece a nadie, ni siquiera al novelista, que se desvanece detrás de sus palabras. Hay narradores que despliegan enfáticamente ante nosotros las sofisticaciones y las astucias de su técnica como un pavo real que abre su cola. Arpino procura ocultarlo todo, o dejarlo en un segundo término, porque sin duda sabe que lo que importa de una novela es que nos cuente la verdad y que nos enseñe a vivir y a morir, y no que nos ilustre sobre la gramática o sobre el monólogo interior.

En una narración en tercera persona el acto de la escritura está desvinculado de la materia que nos cuenta. La primera persona, en cambio, se compromete con la acción, ocupa en ella un lugar tan preciso como el de cualquiera de los personajes. Hay un paso más allá, que es muy excitante para quien escribe y tal vez también para el lector, y es ese momento en que el centro de la narración es el acto mismo de escribir. Pensemos en Robinson Crusoe, cuando escribe su diario, diluyendo la tinta en agua para que le dure más: la historia que estamos descubriendo nos ha sido legada por el mismo que la vivió —hablo, desde luego, en los términos de las normas interiores de la ficción, no de su correspondencia con la realidad, que es irrelevante— de tal modo que Robinson no es solo un hombre que ha naufragado, sino también, y sobre todo, alguien que se sienta a escribir. El acto de contar se establece en el mismo ámbito que las cosas contadas, y así las palabras tienen su mismo temblor, una materialidad casi acuciante. Igual ocurre con el *Manuscrito encontrado en una botella*, con el *Libro del desasosiego*, con *Un hombre cualquiera*: el libro existe porque alguien lo escribe ante nosotros, y el progreso de la escritura es paralelo al de la historia.

Pero la elección de la primera persona supone un desafío técnico que más de una vez conduce al novelista a callejones sin salida, a

ese instante ominoso en que no sabe cómo decir aquello que tiene que decir. Una novela, básicamente, contiene una cierta información que ha de ser graduada para provocar algunos efectos y eludir otros, y que ha de proceder de fuentes legítimas dentro del orden que ella misma ha creado. El narrador omnisciente del que hablé más arriba, el que se mueve con soltura de un personaje a otro y transita sin impedimentos por los planos temporales, puede ofrecer cualquier material que le convenga al novelista, pues su soberanía sobre la información es absoluta. El narrador en primera persona, en cambio, está sujeto a una sola perspectiva, y la información que posee y la que le es permitido darnos son muy limitadas. De vez en cuando esa limitación llega a desesperar a quien escribe, que se siente maniatado y preso en la trampa que él mismo concibió y tiene la tentación de acudir a discretas argucias y deshonestidades: en *À la recherche du temps perdu*, por ejemplo, el narrador asiste con excesiva frecuencia, y no siempre con verosimilitud, a escenas sin cuyo conocimiento no sería posible que progresara la historia o sin las que quedaría incompleta la figura de algún personaje. Espía a través de una ventana el abrazo de dos mujeres, ve en el patio de su casa, por casualidad —una casualidad en la que no acabamos de creer como lectores— el encuentro entre el barón de Charlus y el chalequero Jupien, ve en un prostíbulo, sin que nadie más lo advierta, cómo Charlus se entrega a ciertos rituales atroces…

Pero las limitaciones de la primera persona, como las de la métrica y la rima en poesía, pueden ser también una fecunda disciplina, una manera de avanzar más hondo y descubrir, en la tensión del material y de la forma elegida, lugares y trances de la narración que sin esa dificultad no se habrían hallado. Usar trampas en una novela no siempre es ilegítimo: lo que no se puede es hacer trampa, juegos de manos de ilusionista torpe. En este sentido, *Un hombre cualquiera* es un modelo intachable de honestidad narrativa. El diario de Antonio Mathis no limita la acción, la constituye. Las cosas que el narrador no conoce y no puede contarnos son espacios en blanco tan poderosos y fértiles en sugerencias como esas partes de un cuadro en las que vemos la textura y el color desnudo del lienzo. Sobre lo que se dice gravita la tensión de lo que permanece

oculto. Incluso nos preguntamos si ese hombre nos está contando la verdad, si no miente como casi todos aquellos que escriben un diario. Los materiales de la novela, pues, son tan azarosos y ambiguos como los de la vida real: el proceso de conocimiento del protagonista avanza exactamente al mismo ritmo que el del lector, pues cuando nosotros vislumbramos a esa extraña monja que se detiene todas las tardes en la parada del tranvía sabemos sobre ella tan poco como sabe el hombre que la mira y que está empezando a desearla, a revivir y a atreverse. La vemos igual que a esas figuras que se nos cruzan por la calle y a las que nos gustaría atribuirles una historia, y yo sospecho que la médula de la invención, la imagen en torno a la cual cristalizó la novela, fue una visión casual del propio Giovanni Arpino, cualquier tarde de invierno, en Turín, porque es de esa clase de imágenes de la que surgen impremeditadamente los libros, creciendo por sí mismos, como si no dependieran de nuestra voluntad.

Leer a Arpino, para un novelista español, es un ejercicio de ascesis, la posibilidad de un aprendizaje necesario, el de la técnica y el de la naturalidad, el de las palabras escritas que fluyen como palabras conversadas. El de la contención, sobre todo, porque nos parece que Arpino, como Cervantes, pide que se le alabe no por lo que ha dicho, sino por lo que dejó de decir, por el misterioso silencio que circunda siempre su escritura.

ANTONIO MUÑOZ MOLINA

UN HOMBRE CUALQUIERA

Domingo, 10 de diciembre de 1950

Soy un cobarde.

Si me encierro en casa es solo porque ya no sé qué hacer con mi alma. Aprovechando el mortecino sol de diciembre, he dado un paseo, he ido al cine y he leído el periódico. Aún no es de noche y heme aquí otra vez, dudando entre llamar a alguien, echarme en la cama o encender la radio. En cuanto me quedo quieto, me hundo.

Me avergüenzo. Y no sé si conseguiré librarme de esta vergüenza. Es un engorro para alguien como yo, un hombre de cuarenta años que siempre ha intentado llevar una vida respetable. Siempre estoy con la cabeza en las nubes y en cuanto busco el modo de poner los pies en el suelo vuelvo a experimentar, de un modo aún más violento, esa cobardía, y la vergüenza de ser un cobarde. Quizá podría levantarme de la silla y afeitarme, pero ¿y luego?

Me siento ridículo y sin equilibrio, como si pisara un terreno inestable y movedizo.

Me llamo Antonio Mathis; soy contable y soltero. Vivo solo en un piso alquilado de dos habitaciones y desde hace cinco años trabajo en una empresa mediana de exportación e importación. Allí me respetan (hablo dos idiomas) y me dejan hacer. Como se me da bien escribir, los jefes me confían tareas que consideran delicadas, como encargarme de la publicidad, llevar la correspondencia con los clientes de más importancia o colaborar con una revista técnica especializada en nuestro sector.

Pasé tres años en la guerra, uno de ellos en Croacia, y durante la República de Saló logré apañármelas, refugiado en una granja a las afueras de Asti. Hace dos años estuve a punto de casarme, pero el asunto se fue retrasando y a estas alturas Anna y yo hemos decidido tomárnoslo con calma y esperar hasta que muera su madre.

¿Qué más podría decir de mí? Francamente, no lo sé.

He decidido tomar nota de lo que me ocurre porque solo así lograré, con suerte, controlar los acontecimientos y los sentimientos, comprender y salir adelante. La verdad es que no sabría a quién pedir consejo. Y estoy más solo que la una. De un tiempo a esta parte me siento aislado, excluido, apartado del mundo.

Puedo describir punto por punto lo que ocurrirá dentro de una hora.

Siete de la tarde: es invierno, me levanto, me acerco a la ventana, echo un vistazo a Turín, que se extiende más allá del río, un reguero de lucecitas entrelazadas, aplastadas en los márgenes de la ciudad por tres grandes anuncios de Fiat que tiñen el cielo con un sutil tono escarlata. Cubro con un paño la jaula de los canarios, me pongo el abrigo y salgo.

La calle está helada y desierta, la corneta suena en el patio del cuartel; ya he llegado a la avenida. El gélido cauce del río genera girones de niebla que calan las ramas de los árboles, las farolas están aureoladas de una bruma efímera, los coches titilan a lo lejos.

Ahí está la parada del tranvía, ahí está ella.

Tiesa, inmóvil, menuda; no espera el tranvía, me espera a mí.

Aguarda hasta que cruzo la avenida y me planto en el mismo andén de cemento, a tres pasos de distancia.

Esperamos juntos el tranvía; ella, inmóvil, mira fijamente la acera de enfrente; acobardado, en la inopia, hundo las manos en los bolsillos del abrigo, con las palmas empapadas de sudor (igual que ahora, mientras escribo), sin acertar a decir nada. Tendría que atarme los machos, acercarme, romper el hielo. Pero ¿de qué hablamos? ¿Y cómo lo hago? ¿Cómo aborda uno a una monja y se pone a charlar con ella?

Siempre me ha costado Dios y ayuda, también con las demás. En teoría, uno debe soltar una broma y luego hablar por los codos, luciendo una sonrisa de circunstancias, atento a no encorvar los hombros, a mantener la mirada, al nudo de la corbata, porque siempre que le añadas un toque de exageración a la broma o al melodrama da igual lo que le digas, hasta que ves que ella ríe o se queja, pero no se mueve.

Pero resulta que tengo cuarenta años. Y ella es una monja. No soy alto, me sobran unos kilos y ella es apenas una chiquilla de veinte años, con la piel sonrosada y dos cejas que se funden en una sola, formando en su frente una curva tenue como una sombra, bajo la toca.

Pero sé que ella me espera. Desde hace semanas, o quizá meses. Ya no recuerdo cómo empezó todo. ¿Cómo supe que me tenía echado el ojo? Al principio no me di cuenta y cuando lo hice me pareció un disparate.

Sabía que a última hora de la tarde la encontraría en la parada del tranvía que me lleva al centro. A veces, incluso lo dejaba escapar para esperarla, o era ella quien lo hacía. Desde que estoy en el ajo, no nos hemos mirado a la cara ni una sola vez mientras esperamos en la parada. Al montarnos en el vehículo, un instante, una ojeada.

Ella pasa al fondo del tranvía y siempre mira por la ventanilla.

Una vez, al cederle el paso mientras subíamos, vi un zapato reluciente y estrecho.

¿Adónde va a esas horas, y sola? Probablemente cuide a un enfermo o cumpla su turno en un hospital. Nunca desvía la mirada, concentrada en el cristal, como abstraída. Antes de enfilar el puente sobre el Po e internarse en la gran plaza, el tranvía traza una curva y pasa por delante de la iglesia de la Gran Madre de Dios. Es entonces cuando ella hunde rápidamente el mentón en el pecho.

Algo que me llama la atención es que no da muestras de ese típico apocamiento del que hacen gala muchos religiosos al verse sorprendidos por la mirada ajena. Siempre se la ve entera, segura de sí misma, aunque también absorta en sus pensamientos y ajena a lo que la rodea, como cualquier chica reservada. Está claro que sabe que la espío, pero no parece molestarle, porque nunca se la ve incómoda. Al contrario, cuando el tranvía toma una curva apenas se agarra a las barras con las puntas de los dedos, que luego oculta al instante bajo el chal negro de lana, y para salir atraviesa con aplomo el interior del vehículo con la mirada baja.

¿Cuántas veces me habré devanado los sesos, tonto de mí,

intentando descubrir si son invenciones mías?

Además de dejar escapar los tranvías —yo clavado en la plataforma, el tranvía parado, las puertas abiertas, la mirada inquisitiva del conductor, pues aquí solo para el 21, y yo impasible, las puertas que vuelven a cerrarse con estruendo y el vehículo que reanuda la marcha; ella a tres pasos de mí, quieta, aceptando el desafío—, un día la seguí; fue entonces cuando me pudo la vergüenza, y desde aquella tarde no he vuelto a ser el mismo.

Había nevado, las calles estaban cubiertas de hielo y los cables del alumbrado colgaban relucientes; la seguía por un barrio que apenas conozco, porque suelo apearme antes para ir al bar o encontrarme con Anna, mientras ella prosigue el trayecto. (He aquí otra prueba: a menudo, al bajar espero a que el tranvía reanude la marcha y entonces me vuelvo y busco su figura en el recuadro iluminado que se aleja. Jamás sé si me mira o no, pero a juzgar por cómo se desplaza su silueta hasta pegarse al cristal del fondo, a contraluz, sospecho que le gusta recoger el testigo.)

Caminaba unos veinte metros delante de mí, atenta a la acera helada.

Tenía que ir con cuidado de no acercarme demasiado. En realidad, era como si ella me estuviera dando caza a mí. A todas luces era absurdo, pero sentía curiosidad por ver en qué quedaba la cosa.

En un punto determinado la calle desembocó en una explanada con una iglesia al fondo. Habían quitado la nieve de los peldaños de la entrada con chorros de agua y la piedra mojada brillaba.

Ojalá entre en la iglesia, pensé.

Se había quedado quieta frente al pórtico, miraba la iglesia, la calle recta y desierta.

Ojalá entre, pensé. Anda, entra; si entras, será verdad.

Mi corazón latía a mil por hora.

Subió deprisa los peldaños.

Cuando me atreví a empujar la puerta y asomarme al interior de la iglesia, sentí el primer escalofrío de vergüenza, una punzada en el bajo vientre. Me costó lo mío decidirme a entrar.

Al fondo había pequeñas lámparas votivas doradas e hileras de bancos vacíos. No la veía por ningún lado. Con cautela, sudando y

tiritando a un tiempo, pasé bajo una columna hasta llegar a un montón de sillas de enea. Nada. Avancé unos cuantos pasos, mirando a uno y otro lado. Entonces, a la altura del último banco, un soplo gélido me detuvo en seco. Oí el golpe sordo de la puerta ribeteada de terciopelo que volvía a cerrarse.

La vi de nuevo en la calle, andando a paso ligero, y enseguida desapareció en la oscuridad de un zaguán.

Parado frente al portal, levantando la cabeza para encontrar el número grabado en piedra que lo señalaba, comprendí que era ella quien me había desafiado. Recordé mis ingenuas y ridículas argucias e intuí que se había prestado al juego por pura amabilidad.

Ahora había querido ofrecerme una ocasión verdaderamente favorable. A lo mejor había pasado a un palmo de ella al entrar en la iglesia y no me había dado cuenta. Sin duda ella habría podido seguir mis movimientos torpes y cohibidos antes de irse.

Esta revelación me ha sacudido por dentro. No me la puedo quitar de la cabeza, como si encerrase una idea, como si fuera una invitación a reunir el valor necesario para atreverme a dar el siguiente paso.

Sé que ahora me toca mover ficha.

Desde que lo tengo claro me da vergüenza poner los pies en el andén de cemento, me avergüenza el silencio —infinito, pesado, como una montaña de hielo— que se ha instalado entre los dos, me avergüenza apearme del tranvía antes que ella. Tengo la sensación de estar huyendo, de traicionarla cada tarde.

Y no encuentro la fuerza necesaria para volver a acercarme a aquella iglesia. Tengo miedo de verme obligado a abordarla sin haber tenido el tiempo de dar, quién sabe dónde, con la palabra adecuada, la expresión oportuna.

A veces creo haber encontrado la frase perfecta y me la repito dos o tres veces, la mastico un rato, y de pronto se desmigaja, dejándome más pobre, más atolondrado, más impotente que antes.

Pero me toca a mí. Esta tarde, mañana, o dentro de una semana. Ya no me queda mucho tiempo. De lo contrario, ella comprenderá que tengo miedo y que lo mío no es solo una cuestión de respeto, indecisión o pudor. Por ahora confía en mí, espera y me da tiempo,

pero ¿hasta cuándo? Puede que incluso sea ella quien se anime a dar el primer paso, pero eso no facilitaría las cosas. Me pillaría muerto de miedo y falto de recursos.

Me fallan los nervios.

Se me ocurre que alguien más joven conseguiría hacerlo. Mo, mi compañero de oficina, por ejemplo, contaría la aventura durante días enteros, aderezándola con un aluvión de carcajadas y alusiones obscenas.

Pero no se trata solo de eso. Pienso en el valor secreto y puro que tendría un joven, en el aplomo y las agallas de la juventud. Y la envidia se apodera de mí.

A fin de cuentas, lo cierto es que nunca he sido lo que se dice un hombre. Dejémonos de los años de guerra, del éxito profesional, del respeto de los demás, de la experiencia. Nunca he comprendido, nunca he aprendido ni osado; tengo cuarenta años y me veo incapaz de tomar una decisión y de afrontar las cosas con la entereza necesaria. La vida se me escapa sin dejarme ninguna certeza. Siempre me he ocultado.

Y ahora descubro que todo me da vergüenza en este mundo en el que nadie parece avergonzarse de nada. Lo mío no es pudor, es cobardía.

Sin embargo, una de estas tardes, a las siete, en el andén de cemento donde espero el 21, tendré que vérmelas con ella. Puede que ella también, incluso aparentando calma e invitándome a espabilar, tenga miedo. Quizá en el momento decisivo se eche atrás, asustada por quién sabe qué.

O puede que todo vaya sobre ruedas. ¿Cómo lo conseguiré?

No puedo decirle: Hermana. Sería estúpido. No, debo empezar siendo directo, sin buscar pretextos que no vengan a cuento ni irme por las ramas. Tengo que ponérselo fácil.

Las siete. Tengo que salir.

Si al menos una niebla espesa cubriera la avenida, me sentiría más protegido. Porque también tengo miedo de los demás, de los ojos curiosos que puedan sorprenderme. Seguramente ella también sienta ese miedo. La avenida suele estar desierta, apenas iluminada

por unas luces mortecinas que se balancean en el viento invernal; solo hay un bar lejano y la explanada de la Gran Madre de Dios, en la que reluce el trenzado de los raíles. Sin embargo, en cuanto me subo al andén, siento que miles de ojos me escrutan desde los setos que bordean el río, desde las copas secas de los árboles. Es como si el mundo entero estuviera al acecho para sorprenderme y abalanzarse sobre mí.

Ella no se inmuta, no se mueve un centímetro.

Y yo debo —deberé— hacerlo todo solo, vencer los tres metros de distancia, no ponerme delante sino a su lado y hablarle sin volver la cabeza.

Así me veo a mí mismo, pero en una inmensa y estremecedora lejanía que me corta la respiración.

Lunes, 11 de diciembre

Me afeito, me visto, dudo si ponerme o no la camisa blanca, me acerco a la barra del bar y digo «¡café!», saludo a la gente pero nunca, nunca, dondequiera que esté, logro sacudirme el peso de mi propia insignificancia. Hoy, de pronto, me he dado cuenta de lo que ella aporta: la conciencia, la capacidad de verme a mí mismo como realmente soy, como siempre he sido. Me ha obligado a quitarme la máscara y, ahora, sé quien soy: un piojo, un don nadie que se las da de caballero, cuarenta años, respetable, buen partido.

Estoy en deuda con ella.

Y no sé ni cómo se llama, a qué orden religiosa pertenece (bastaría con que se lo preguntara a la portera, que lo sabe seguro, pero he ahí la vergüenza, la cobardía, el temor a que se me vea el plumero: nunca me atrevería a preguntarle tal cosa a la portera).

Esta tarde hemos vuelto a encontrarnos. Al rato me he bajado del tranvía para acudir a mi habitual cita con Anna y de camino al bar me he sentido vacío, nervioso, hecho un manojo de aburrimiento y rabia.

¿Creerá en Dios? Y si cree, ¿cómo puede ser que piense en mí? ¿Y qué pensará de mí? ¿Se sentirá presa o cazadora? ¿Cuál será su historia? ¿Querrá colgar los hábitos? Y, lo más importante, ¿es la primera vez que le pasa algo así?

Todas estas preguntas se arremolinan en mi mente, pero por suerte enseguida se desvanecen. Si me pusiera a darle a la cabeza, mal asunto, porque entonces me vería obligado a contárselo a alguien. Y eso también me da miedo.

Debo admitir que llevo dentro muchas cosas que jamás he expresado. ¿Los demás también guardarán tantos secretos? Me paso el día intentando imaginarla, pero me resulta difícil. ¿Tendrá pelo en

la cabeza? ¿Qué habrá debajo del hábito? ¿Será verdad eso de que no llevan ropa interior y solo se ponen sayas? La punzada de siempre en el bajo vientre, desagradable. Caigo en la cuenta de que nunca he tenido pensamientos o deseos carnales al pensar en ella. Me extraña; hasta hace poco, siempre había creído —y no me hacía falta darle demasiadas vueltas, pues me parecía algo natural— que entre un hombre y una mujer todo nacía de un deseo normal y corriente, bienintencionado, incluso austero, pero siempre carnal. Todo lo demás daba un sentido a eso.

Ahora, en cambio, me siento ajeno a cualquier deseo. ¿Será eso a lo que llaman enamorarse? Si es así, ¿qué significa, qué es? Descubro, asombrado, que nunca he dicho «te quiero». Se me suben los colores, vaya. El cerebro va rumiando en el vacío. ¿Por qué nunca he dicho «te quiero»? Si es algo que se oye y se lee en todas partes, entonces ¿por qué yo no, cuando parece que está en boca de todos? Anna tampoco me ha dicho nunca «te quiero». Nunca se lo he pedido, y nunca he sentido el menor deseo de oírselo decir.

En este momento no me atrevería a mirarme al espejo y contemplar mi rostro ya surcado de arrugas; un rostro rechoncho y ajado, idiota, sin nada que me distinga de los demás.

Es increíble que todo esto tenga que pasarme precisamente a mí. Esta tarde, en el tranvía, la he observado: su perfil se esconde tras el pliegue recto de la toca y es como si una coraza liviana y sin embargo impenetrable la envolviera de la cabeza a los pies.

Es tarde, tengo sueño. Hora de acostarse. En cuanto apague la luz, me enredaré pensando minuciosa, obstinadamente, en la manera de abordarla mañana. En mi imaginación siempre lo consigo, pero me atormento buscando obstáculos absurdos que podrían desbaratar mis planes justo cuando intente dirigirle la palabra.

¿Reuniré el valor necesario?

Martes, 12 de diciembre

En el buzón había un sobre cerrado, sin dirección. Dentro, una estampa de san Antonio. ¿Sabe mi nombre o se trata de una casualidad? En todo caso, sabe dónde vivo. ¿Por qué no me ha escrito? ¿Habrá introducido ella misma el sobre en el buzón o ha recurrido a alguien?

En el despacho, he consultado el reloj cada dos por tres, seguro de mis fuerzas, procurando que llegaran cuanto antes las siete de la tarde. Me he ido corriendo a casa y me he aseado, silbando para darme ánimos. Sentía que a duras penas lograría mantenerme a la altura de mis propósitos; he tomado un café, luego una copa de licor y he sacado del armario un sombrero casi nuevo. He llegado a la parada sin flaquear, decidido a hablarle. Mientras caminaba hacia la avenida, lo he recapitulado todo, desde la iglesia hasta la estampa de san Antonio, desde las esperas en la parada del tranvía hasta las miradas furtivas.

Pero me ha faltado valor. Me decía: Ahora, ahora, pero me seguían fallando las fuerzas.

A lo largo de todo el recorrido estaba convencido de que me bajaría con ella, de que hablaríamos en la iglesia, pero en el último momento la he dejado ir y el tranvía se ha alejado con ella dentro. He tenido que volver al centro a toda prisa. Hacía más de un cuarto de hora que Anna me esperaba. Estaba estupefacta, pero no ha dicho nada.

Entre Anna y yo todo es muy simple, relajado, normal. Nos vemos desde hace años, tal vez cinco o seis. Vamos al cine, los sábados también salimos a cenar, sin necesidad de hablar demasiado. Basta con que ninguno de los dos esté de mal humor, que yo lleve la camisa limpia y ella su sombrerito, que nos pongamos de acuerdo

sobre la película que queremos ver, para que todo vaya sobre ruedas. Hablamos de muebles, del trabajo, de amigos suyos o míos que el otro no conoce pero que han ido adquiriendo un perfil y un rol propio en nuestras conversaciones. Tenemos nuestras costumbres; una vez a la semana, después del cine, subo a su casa, cruzamos de puntillas el oscuro pasillo, y nos desnudamos en silencio en su habitación, procurando no despertar a su madre, que finge no enterarse de nada. También ella viene a mi casa algunos sábados por la tarde, entre una compra y otra. Todo es de lo más apacible mientras se desnuda o se viste, sigue con su cháchara, enciende o apaga el gas bajo la cafetera.

Es maestra. Si le prestase atención, se pasaría el día hablándome de sus alumnos, pero sabe que me aburro y me ahorra tales confidencias. Incluso las viejas discusiones (yo la habría preferido más hogareña, sin empeñarse en dedicar tanto tiempo al trabajo) ya son agua pasada. Tenemos proyectos: con dos sueldos viviremos bien y nos compraremos un coche.

Esta noche ni siquiera se ha dado cuenta de que ando distraído; no suele fijarse mucho en mí, a menos que se trate de alguna cosa urgente, como la necesidad de cortarme el pelo o un abrigo al que le falta un botón. Pasa por alto mi malhumor, mi aburrimiento y mi cansancio, como si todo eso no fuera con ella. Y el afecto que siente por mí no padece ni se sobresalta jamás. Nos hemos metido en un cine de barrio angosto, lleno de humo y calor humano, de olor a ropa húmeda, cada cual en su vieja butaquita de terciopelo sobado.

Me alegré de que no buscara mi mano como sucede a veces, sin darse cuenta de que eso me molesta y me obliga a encender un cigarrillo para poder zafarme.

La película discurría sulfúrea y trepidante, cargada de amenazas y disparos, y durante toda la tarde fueron sobreponiéndose ante mis ojos imágenes dispersas y transparentes del tranvía y del rincón de la ciudad donde cada día me encuentro con «ella».

¿Qué estará haciendo ahora mismo? ¿Estará sentada al borde de una cama? ¿En un cuarto oscuro o iluminado? ¿Atiende a un enfermo o a una enferma? ¿Reza? Y si lo hace, ¿estará pensando en mí? ¿Y de qué manera? ¿Se habrá quedado dormida alguna vez, a

altas horas de la noche, en su sillón?

Quizá deba poner determinadas inyecciones a intervalos regulares. Si es así, y si el enfermo es un hombre, sabrá cosas que otras monjas desconocen. Dicen que las monjas que trabajan en los hospitales son crueles y amargadas, por haber presenciado demasiadas tragedias. ¿También será ella así, también ella habrá contemplado tanto dolor?

Miércoles, 13 de diciembre

Mo le compra libros picantes a un vendedor ambulante que va por ahí en coche vendiendo sus porquerías. Aparca siempre en una esquina de una plaza, hace subir al cliente al coche y lo lleva a dar una vuelta muy lenta alrededor de un parque para darle tiempo a examinar una maleta repleta de revistas francesas y novelas ilustradas con dibujos o fotos asquerosas. Se las presta por una suma considerable durante cuatro o cinco días. Mo las lleva al despacho, se las enseña a todo el mundo y se lo pasa en grande. Se las muestra incluso a Iris, una empleada entrada en años que lleva el pelo reteñido. Ella mira las fotos y se ríe abriendo los ojos como platos, pero nunca protesta, no sé si para dárselas de moderna o porque de verdad le hacen gracia. Hoy Mo ha traído una revistilla llena de dibujos de monjas en posturas obscenas.

¿Existen realmente las «señales del destino»? Las monjas de Mo, así como un sinfín de personas, gestos, acontecimientos y descubrimientos, me remiten sin cesar a «ella». En el tranvía o en la calle, leyendo o hablando, me asaltan miles de advertencias que me parecen siempre extraordinarias: unas veces es Anna instándome a ir a misa con una urgencia insólita; otras, el encuentro con un grupo de curas que susurran en un rincón bajo los pórticos, y otras una noticia de periódico sobre el misterioso suicidio de una monja. Puede que sean simples coincidencias, de acuerdo, pero me doy cuenta de que me ponen de los nervios, que instigan y avivan y excitan estas íntimas cavilaciones, como la huella de una rueda que ahonda la marca dejada por otros viajeros, abriendo un surco cada vez más profundo.

En la parada, a las siete. Hemos dejado escapar un tranvía quedándonos quietos en el andén. Hacía frío, pero no había niebla, y

el Po nos mordía la espalda con su gélido aliento. Me he bajado en la parada de siempre, pero no he esperado a que el tranvía reanude la marcha, no me he dado la vuelta para vislumbrar su figura a contraluz tras el cristal trasero del vehículo, pese a que sentía un peso doloroso sobre los hombros y la tentación infinita de volverme de golpe y encontrar sus ojos.

Jueves, 14 de diciembre

Será que me he hecho mayor. A los cuarenta, un hombre sin hijos es esclavo de sus costumbres y está como preso en una telaraña. Y la mera idea de abandonarla puede producirle terror. Creía que saber resignarse era una virtud, una de mis virtudes, y en cambio me siento corroído por no sé qué insatisfacción, por molestias y quejas difusas. Anna cree que soy un animal de costumbres, y lleva razón: en el bar, sin ir más lejos, sin darme cuenta echo un poco de agua en la taza de café cuando ya está vacía. Es un gesto mecánico, muy propio de quienes vivimos solos y no queremos vernos en el brete de enjuagar una taza con restos de café incrustados en el fondo. Anna me acusa de haberme hecho mayor. Pobrecita, me da pena. Tiene casi treinta y siete años y nunca ha sido una belleza. Por la tarde, cuando nos dirigimos al cine, lleva el pelo mojado, en mechones, como un estropajo y, aunque me conmueve, también me resulta molesto.

Lo que más me extraña es que nunca haya deseado tener hijos, ni siquiera de palabra.

Anna no sabe cuánto he cambiado en estos días. Cree que estoy cansado y nervioso. No es cierto. Me doy cuenta de que no puedo estarme quieto, de que se me va la cabeza y me escudo en el cansancio porque, desde luego, no tengo ninguna intención de contarle la verdad. ¿Será que este andar distraído y nervioso también tiene que ver con el amor, con el enamoramiento?

A veces me sorprendo pensando en cómo sería un hijo mío y… ¿de aquella chica?

Ya no consigo llamarla «hermana» y pienso en ella como una «chica». No sé si es para bien o para mal, un paso adelante o un paso atrás. Puede que no sea más que el miedo de siempre: intento

fabricarme una coartada, escamotear la verdad. Pero también me sorprendo en pleno abandono: cuando la imagino trasteando en casa, en silencio. Solo al cabo de un rato reparo en cómo va vestida y el susto borra de golpe cualquier placer.

He comprado *La monja de Monza*, de Alessandro Manzoni, en la feria navideña del libro, una hilera de pequeños puestos de madera alineados a lo largo de la avenida principal. A la luz de las bombillas que pendían desnudas de las marquesinas, me puse a leer de inmediato, esperando encontrar quién sabe qué. Cuando ya era de noche, llegué a la página noventa y ocho y lo dejé en el punto en que finalmente «la mala suerte de Gertrudis propició que se presentara la ocasión…».

La tensión de la lectura, aunque por momentos parecía ser de ayuda, me ha dejado exhausto. Esa historia de Gertrudis me queda muy lejos y no me parece verdadera. Lo que me hace falta es el día a día y aquí nadie, absolutamente nadie, puede echarme una mano. A veces pienso que debería contarle a un cura, en secreto, lo que me ocurre, tanto las tentaciones como el miedo y las sospechas, pero enseguida advierto que también eso exige valor, y acto seguido me echo atrás y me niego a revestir de cualquier apariencia de realidad esta hipótesis tan vaga. Una y otra vez vuelvo a caer en la cuenta de que reculo siempre que toca dar un paso al frente, de que no hago caso de ningún estímulo y me escudo en el más vil instinto de conservación. Soy un caracol que esconde la cabeza dentro del caparazón, incluso antes de intuir el peligro. A las siete, tras el toque de corneta en el patio del cuartel, he bajado a la avenida. Una noche de invierno clara y despejada; el perfil de navaja de la colina se insinuaba contra el cielo. A mis espaldas, contra la oscuridad, se recortaba el zócalo azafrán de la iglesia de la Gran Madre de Dios. Mientras bajaba a la avenida, tenía la esperanza de no encontrarla. Me sentía cansado, sin resuello. Al llegar a la esquina la vi, como siempre, en el andén, inmóvil, menuda, negra. Recuerdo que pensé: Estoy cansado, ahí llega el tranvía, no me da tiempo a cruzar la avenida; anda, sube, déjame tranquilo al menos esta noche, no me obligues a esperar veinte minutos quieto y de pie y a tres metros de

ti, que esperas. Al menos esta noche.

Ni por esas… Al irse el tranvía, volvió a reaparecer su silueta negra y estrecha. Crucé la avenida abatido, sin alzar los ojos del pavimento, lleno de culpa.

Tenía la espalda molida de cansancio.

Nos quedamos esperando el siguiente coche, envueltos en el cruel silencio de siempre, secretamente al acecho el uno del otro.

Viernes, 15 de diciembre

Esta mañana he descubierto que aún me quedan por despachar algunos asuntos de poca monta que otros meses se resolvían solos. La confusión en la que vivo se refleja incluso en esto. He tenido que echarle horas hasta bien entrada la tarde, e incluso he discutido con Mo, que es un holgazán y se pasa el día mano sobre mano, mientras pone excusas para no dar palo al agua y mete esa nariz varicosa de cincuentón aficionado al vino blanco en todo lo que le permita hacer una enésima pausa en el trabajo.

Hacia las seis de la tarde, cuando la oficina ya estaba vacía, no he podido evitar a Iris. Nos hemos topado al final del pasillo, cuando ella salía del baño y yo entraba. Nos hemos arrimado el uno al otro un momento, y la he palpado a la carrera, en silencio; también ella ha bajado la mano para acariciarme. Luego nos hemos separado, saludándonos con una sonrisa.

Llevamos años así, y ninguno de los dos ha intentado ir más allá. Yo me conformo con sentir sus pechos grandes y tiernos bajo el uniforme negro y la combinación; ella responde rozándome con la palma de la mano y moviendo apenas los dedos como garfios improvisados. Cuando se acaban los arrumacos, nos separamos tuteándonos (siempre nos tratamos de usted). Estos encuentros ocurren al menos una vez por semana y no son intencionados, aunque Iris, cuando me la cruzo en el pasillo en horario laboral o nos quedamos un momento solos en el despacho, me mira y a veces, en broma, me suelta un «cobarde», que quiere ser un saludo y también un comentario irónico sobre mi conducta.

¿Qué hace cuando no está en el despacho? ¿Cómo vive? No sé casi nada de ella, aunque llevamos cuatro años trabajando juntos. Tiene una hija, y creo que está separada del marido o es viuda;

tendrá entre cuarenta y cuarenta y cinco años. Nunca pienso en ella.

Sin embargo, esta tarde me he liberado de su abrazo con vergüenza y fastidio, y acto seguido la imagen de «ella» me ha sorprendido de una manera casi desagradable. Por primera vez me he visto juzgando a Iris con malicia, mientras que antes solo era para mí una compañera de trabajo simpática y no una mujer de costumbres dudosas. Al final del día, mientras tomaba mi habitual té casero —hace unos meses que me salto la cena, para adelgazar; a las seis de la tarde, cuando salgo del despacho, regreso a casa mientras los empleados solteros como yo buscan un restaurante— acabé *La monja* de Manzoni. Me ha interesado muy poco, aunque no le falta ingenio. Mi historia no se le parece en nada.

A esa hora, en casa, suelo cambiar el agua a los canarios mientras oigo los pistoletazos, los gritos, el piafar de los caballos y el trajín de las sillas en un cine parroquial, no muy lejos de estas paredes. En cuanto suena el toque de corneta, salgo.

En la parada había más personas, cosa extraña a tenor de la hora y el lugar. Ella estaba en el centro del ancho andén, y yo he aprovechado para colocarme en un extremo, donde se abre la puerta del tranvía.

Para que no me pillara por sorpresa, y para justificar mi —falsa— prisa, he rebuscado en los bolsillos, he fingido contar unas monedas, he aparentado nerviosismo al escudriñar la avenida a lo lejos y he consultado el reloj una y otra vez.

Hasta que el ojo amarillo del tranvía ha asomado, perforando la niebla. Ella también se ha acercado al extremo del andén, consciente de lo que estaba ocurriendo y sin vacilar, antes que yo.

Sábado, 16 de diciembre

A primera hora de la tarde, desde un bar adonde me había arrastrado mi incapacidad de soportar el silencio sepulcral del piso (ni siquiera los canarios me sirven ya de distracción), he visto a dos monjas detenerse frente a un escaparate. Bajo los largos chales de lana negra asomaban los hábitos de tela grisácea, las cabezas cubiertas por una extraña cofia.

Estaban quietas, inclinadas, ambas a la misma altura, frente a las luces de una juguetería. Una muñeca grande y espléndida, con una inmensa aureola de pelo rubio y labios carnosos, colgaba a media altura tras el cristal, como si estuviera recostada en una nube de algodón de la que partían unos hilos de plata brillante para perderse en lo alto. El escaparate derramaba sobre la acera, llegando hasta la callejuela negra de lluvia, un cálido charco de luz, la misma que parecía envolver a la muñeca en un dichoso halo de bienestar.

Las dos monjas se alejaron al fin, y me dio por seguirlas. Caía del cielo una niebla insidiosa, los adoquines de la calle y las grandes losas de las aceras estaban resbaladizos, de las entradas de los viejos comercios brotaba una claridad incierta. Estábamos en una callejuela del casco antiguo obstruida por dos coches que iban en dirección opuesta, y el repique de los tranvías se anunciaba feroz en la distancia. Había un cine que exhibía los carteles coloridos de su programa doble, ocupando un buen trecho de pared; relojeros con los escaparates atestados, oscuras tiendas de ferretería y zapateros remendones con sus pares de botas, botines y calzado ortopédico alineados en baldas sombrías. El cielo, más allá de los edificios, parecía una espesa masa de alquitrán.

Las dos monjas caminaban sin prisa entre el tráfico convulso de la estrechísima acera, deteniéndose a veces ante una panadería donde

se amontonaban panecillos de formas graciosas y manojos de barras de pan larguísimas, o ante una confusa amalgama de collarcitos, perlas y broches expuestos de cualquier manera en un estante mal iluminado.

Luego entraron en una tienda cuyas luces estaban apagadas; una virgen de yeso, blanca y celeste, ocupaba el escaparate de arriba abajo. Ni siquiera arrimándome al cristal conseguía vislumbrar nada del interior, tan densa era la oscuridad. Finalmente se encendió una vela, luego otra, y aunque enseguida se apagaron de un soplo, tuve tiempo de ver, a la luz de las oscilantes llamas, un escorzo de la madera que cubría las paredes de la tienda, el brillo de unos ángeles dorados y, sobre todo, las dos largas velas floreadas cuya luminosidad las monjas, evidentemente, habían querido comprobar. Salieron sin llevarse nada y avanzaron presurosas por la misma calle de antes. Las seguí con menos curiosidad, agotado por pensamientos que hacían cada vez más estridente, absurdo e insalvable el contraste entre sus andares y los míos.

Ya no tenía ningún interés en averiguar su itinerario, y sin embargo, en mi deambular errático, echarles un vistazo de vez en cuando me servía de guía.

Habían dejado la callejuela abarrotada de gente y ahora andaban bajo los pórticos de la avenida Roma, que recorrieron a paso temeroso entre filas de gente apresurada. Caminaban pegadas la una a la otra, abriéndose camino para volver a asomar a lo lejos, más allá de los grupos de jóvenes que se habían detenido para resguardarse de la lluvia, entre paraguas que se abrían o se cerraban según la gente entrara o saliera de los pórticos. Al final tomaron el paso subterráneo de Porta Nuova y yo, sin otra cosa que hacer, fui tras ellas. En la breve galería, bañada por una luz blanquísima, un vendedor ambulante, acurrucado en el suelo resbaladizo, soplaba dentro de unos pajaritos de goma amarillos, rojos y azules, y los pajaritos, al hincharse, emitían agudos trinos. La gente fluía deprisa entre la doble hilera de vitrinas iluminadas, y el trinar de los pájaros eclipsaba el ruido de los pasos y las voces.

—Ven —le dijo en tono imperioso una de las monjas a la otra, que había aflojado el paso. Y la joven obedeció, volviendo a pegarse al

cuerpo de su compañera. Las vi desaparecer al fondo de la galería, donde se abría otra escalera, seguidas de los trinos incesantes.

Contrariamente a lo que suele hacer, esta tarde en el tranvía se ha sentado en una de las primeras filas. Yo he ido al fondo del vehículo. Los asideros se columpiaban y fuera, entre destellos de luz, se veía pasar un desfile de paredes mojadas y sucias.

Ojalá se dé la vuelta, pensaba yo (si no se vuelve y no me enseña su rostro, a duras penas consigo verla, pues el velo le tapa el perfil). Permanecía al acecho, esperando a que se volviera.

Y se dio la vuelta. Apenas ladeó la cabeza, sin prisa, muy pálida, alzando la vista hacia el reloj que colgaba en el centro del vehículo. No posó sus ojos en mí, aunque debió de darse cuenta de que la estaba observando. Por su velo resbaló una gota de agua y luego otra, desde la coronilla hasta los hombros. Después, una mano transparente asomó del chal de lana negra para acomodar el velo alrededor de la nuca, ligera, con las puntas de los dedos persiguiéndose tiernamente en un hormigueo que cesó en el pulgar.

Mujer valiente, ni el sol la espanta, pensé, asustado hasta la médula. Pero de pronto me sentí rico, y aún ahora una extraña alegría recorre mi cuerpo, mordiéndome con rápidos sobresaltos que no consigo frenar.

¿Qué más puede hacer? ¿Qué más puede decirme la pobre chiquilla?

Mañana le dirigiré la palabra, le hablaré, lo juro.

Domingo, 17 de diciembre

Anna ha venido a primera hora de la tarde, nos hemos acostado, hemos tomado café. Luego la he acompañado a su casa, contento de no tener que pasar la velada con ella (su madre está enferma). Nos hemos despedido bajo el portal; ella me ha ofrecido sus labios para que la besara y he tenido que prometerle que no iría solo a ver cierta película que debemos reservarnos para mañana o pasado mañana. Me da lástima, me siento un miserable con ella.

A las siete no he vuelto a casa, es decir, a la parada de siempre. No sé si por desidia o por cobardía.

Pero en el bar, al ver las manecillas del reloj que, tras la hilera de botellas, marcaban un 7 y un 12, sentí tanta rabia, arrepentimiento y desesperación que a punto estuve de buscar un taxi para ir pitando hasta la Gran Madre, pero de todas formas habría llegado con retraso y me abstuve.

Así las cosas, fui al cine solo y luego regresé a pie, caminando entre muros sucios, vallas oxidadas, niebla y puertas condenadas, por las callejuelas que desembocan en el río Po, jalonadas de carteles blancos que anuncian pequeñas tabernas de cuyas fachadas brotan pequeñas chimeneas; me sentía totalmente desamparado, el recuerdo de Anna resultaba insoportable.

Como no tenía sueño, antes de subir a casa he paseado por las callejuelas que conducen a la colina y surcan en leve declive la parte del barrio que queda al otro lado del río. Indiferente, más que insensible, al gélido aliento que me taladraba la nuca, he llegado a la tapia del convento, no muy lejos del cuartel.

Allí vive ella. En primavera, por la parte superior de la tapia asoman briznas verdes, mechones de hierba tierna y hojitas transparentes que rompen la hilera de tejas rotas, unidas las unas a

las otras con pedazos de cristal y jirones de alambre de espino. Seguro que al otro lado del muro hay un huerto y un jardín.

He buscado un punto de apoyo para encaramarme y mirar, pero no he tenido suerte.

Para mí esta tapia nunca ha sido un punto de referencia, como lo son, en cambio, el cuartel con su corneta de las siete de la tarde o la horrible iglesia moderna de aquí al lado con sus campanadas mañaneras. Solo recuerdo vagamente aquel verdor: muy vivaz en primavera, mustio y amarillento en verano.

Deben de ser pocas en el convento. Me doy cuenta de que no hago otra cosa que pensar en tonterías: qué comerán, dónde duermen, a qué hora se levantan. ¿Tendrán una celda individual, o al menos una cama con cortinas? ¿Se levantarán de noche para rezar?

Desde luego, ella debe de tener un régimen distinto al de sus compañeras, pues se pasa la noche fuera. No debe de seguir los mismos horarios que las demás. ¿Tendrá reglas especiales? ¿Rezará a solas? ¿O acaso son todas enfermeras?

Y me pregunto yo: ¿le habrá confesado al cura lo nuestro? Quizá ni siquiera reza ni cree en nada, y permanece con las manos unidas en su banco de la iglesia, pensando en mí y engañando a todo el mundo. O quizá, arrodillada, me mantiene alejado de sus rezos para volver a pensar en mí acto seguido.

Eso me turba. Si no cree en Dios —y no importa que yo no crea o, mejor dicho, que nunca piense en él— o si es devota, pero es capaz de tratarlo así, ¿cómo logra soportar su condición?, ¿y qué confianza podré tener en ella?

Lunes, 18 de diciembre

Empieza la semana de Navidad. Abetos centelleantes se alzan en las negras esquinas de las plazas, los escaparates se estremecen de luz y la ciudad fermenta como un vino.

Ya no me siento tan aterrorizado como hace quince u ocho días. ¿Será que uno se acostumbra incluso a la vergüenza?

Sobre todo, noto un talante distinto, más proclive a reflexionar y a razonar. Y ahí me equivoco: si me paro a reflexionar, acabaré por hacer añicos los impulsos de confianza que experimento, la esperanza que me ha sostenido hasta el día de hoy. Cuanto más le doy a la cabeza, más me desespero y destruyo toda belleza.

Pero ya no soy un chaval, no puedo seguir así; tengo que observar, ponderar, no puedo pasarme la vida huyendo.

Desde mi escritorio, en el despacho he alzado los ojos tres o cinco veces hacia Iris. Me moría de ganas de contárselo todo, de pedirle ayuda. Tratándose de una mujer, no se lo tomaría a broma, como Mo.

Iris ha advertido esas miradas insólitas; ha sonreído y luego, sorprendida, se ha quedado con los dedos suspendidos sobre el teclado de la máquina de escribir. Al cabo de un minuto ha salido, para darme la posibilidad de seguirla hasta el pasillo o el almacén. Entonces me he dado cuenta de que he metido la pata. No quiero que se llame a engaño ni se haga ilusiones, ni que trate de pasar de las caricias y besos de costumbre a relaciones de otra índole.

En el fondo, el asunto me divierte, especialmente si pienso en Mo, que tiene una clara debilidad por Iris (este año también se presentará con un regalito para ella envuelto en papel de Navidad). Explotaría de rabia si supiera de nuestros toqueteos.

«Ella», Anna, Iris: una chiquilla, una novia y una colega y medio

amante. Me siento ridículo. A fin de cuentas, no tengo a nadie ni soy capaz de tener o de retener a nadie. ¿Qué narices he hecho en todos estos años? ¿Cómo ha cambiado el mundo a mi alrededor? ¿Qué he leído en los periódicos? ¿Qué ha pasado que sea real e importante?

No recuerdo ningún amor de juventud, solo flirteos inocentes o viciosos. Hasta he olvidado los nombres de unas pocas amistades lejanas. ¿Cuántos habrá como yo?

Nunca me he metido en política, no hago deporte, cuando tengo vacaciones no me atrevo a ir a lugares donde otros se aventuran, aunque les cueste, para ver, palpar y curiosear.

No sé nada. Los días se me han ido como las noticias de los periódicos, que nunca sabes si creértelas o no. ¿Por qué, por ejemplo, voté hace dos años al partido liberal? ¿Por qué, a principios de invierno, no me compré aquel abrigo nuevo que tanto me gustaba? Podría haberlo hecho, como también podría haber votado a otro partido: todo me ha ocurrido por inercia, sin interés, sin voluntad.

A las siete he llegado el primero. He dejado escapar dos tranvías para esperarla. ¿Habrá querido vengarse de mi ausencia de ayer? Ya en el vehículo, no se ha dado la vuelta, por mucho que yo lo deseara con todas mis fuerzas, hasta el punto de pasarlo fatal y creer a pies juntillas que así, de pronto, en un fulgurante relámpago de suerte, se volvería y me ofrecería claramente su rostro.

Martes, 19 de diciembre

No sucedió de forma premeditada; fue como un arrebato nervioso y muscular. Tenía la cabeza fría, despejada, lo otro vino después.

—¿Puedo darle las buenas tardes a una hermana?

Eso dije.

Se volvió, pálida y con los ojos abiertos de par en par, pero enseguida los fijó de nuevo en la acera.

—No es pecado —contestó.

Y luego añadió, tan tranquila:

—Pero no me diga nada más. Soy novicia, y a todas las novicias nos vigilan seglares a los que no conocemos.

Me quedé clavado a un paso de ella. Mirábamos al frente, hacia la avenida. Las palpitaciones disminuyeron gradualmente, con lentísimas fluctuaciones. Pasaron dos ciclistas chillando y riendo, maldiciendo el frío. Ahora ya me daba igual.

El campanilleo del tranvía se fue abriendo paso entre la niebla.

—Este no.

A duras penas logré oír su voz.

El tranvía llegó, se abrió la portezuela, hubo un estremecimiento y el vehículo se alejó, chirriando lastimeramente sobre los húmedos raíles.

—¿El próximo? —aventuré.

Asintió brevemente.

Yo respiraba con la boca abierta y el aliento se condensaba en nubes de vapor. Alzando la vista podía ver un racimo de luces intensas en lo alto de la colina, el punto rojo y estridente de la torre de la radio. A mis espaldas, el cauce del río parecía dejar escapar un suspiro.

El cansancio y el frenesí me atenazaban los músculos; hubiera

dado un año de vida a cambio de poder dar un paso, de desentumecer los tendones de las piernas. Pero no me atrevía; tenía que permanecer quieto a su lado, en secreto, espiándola furtivamente con el rabillo del ojo. Me hubiera gustado alejarme por el andén para luego volver atrás y observar plenamente su figura, pero no era posible. Ella me quería allí.

Llegó otro tranvía casi vacío; el conductor lo pilotaba como un demente, aprovechando al máximo las rectas, aflojando apenas en las curvas, dándole a la campana con ahínco. Ella ya había llegado a su rincón habitual y miraba a través del cristal los jirones de niebla que difuminaban la luz de las farolas y los letreros.

Debido al zarandeo del tranvía, me pesaba la cabeza; imágenes e ideas, miedos y alegrías la atravesaban para diluirse enseguida, sin dejarse aferrar.

Nos apeamos por salidas distintas. La vi entrar en la iglesia con paso decidido, y empujé a mi vez la puerta con precaución.

—Buenas tardes —susurré, cegado por la oscuridad.

No se movió. Pálida, me miraba desde un círculo de sombra entre la puerta y la pared del fondo. No había contraste entre la palidez de sus mejillas y el blanco fantasmal de la tela que le ceñía la frente.

—¿Cómo te llamas?

—Antonio. Antonio Mathis. Soy…

—Antonio. Qué suerte. Como el santo. ¿Conservas la estampa que te di?

La voz era cordial, tranquila. Al hablar movía apenas los finos labios.

—Sí —le contesté, sintiéndome torpe y sofocado.

—Me están esperando —dijo entonces—. Soy enfermera. Voy al número cinco de esta calle, cuarta planta. Solo hay una puerta. Espérame en el rellano, yo saldré más tarde. ¿Quieres?

Me miraba. A mí me costaba respirar; un dolor difuso me oprimía los hombros y empeoraba si intentaba erguirme con energía.

—Vendrás, ¿verdad?

Su voz había cambiado.

—No te preocupes por el portal —dijo—. Ahora está abierto, y al salir podrás abrirlo fácilmente, solo tienes que tirar del pestillo.

Asentí con la cabeza mientras buscaba algo que decir.

—Quieres, ¿verdad?

—Sí —dije—. Sí.

Ella se escabulló a toda prisa. Yo esperé cinco minutos de reloj antes de salir. De pronto, el aroma dulzón de la cera me inundó la garganta. La iglesia estaba helada y el frío me había calado los huesos, aunque seguía con la frente perlada de sudor.

Salí a la calle y puse rumbo al portal. Era un pozo oscuro, con grandes columnas salomónicas de mármol negro que se perdían en las alturas; la escalera ascendía con sus anchos y oscuros peldaños de piedra. En cada rellano, unas placas de latón emitían tenues destellos.

Me notaba pesado, sin fuerzas en los músculos para subir los últimos escalones. Y, sin embargo, me vi de improviso ante la placa del abogado F. Conti en la cuarta planta, una sola puerta de madera oscura, rematada en el suelo por una híspida alfombrilla. No había más tramos de escalera. Acodado en el pasamanos de hierro de la empinada barandilla cargada de volutas, miré hacia abajo y vi un charco de luz agonizante, opaca y angosta. El rumor de unos aparatos de radio y algunas voces sofocadas traspasaban los muros. En el rellano de abajo se abrió una puerta y, aplastado contra la pared, presa de una palpitación invencible, oí el golpeteo metálico de la trampilla del conducto de la basura.

Recobré el aliento, eché un vistazo a mi alrededor y me obligué a tranquilizarme. El techo era de yeso y, justo al lado de la puerta, el rellano se cerraba con una vidriera de colores oscuros, verdes y violetas.

Encendí un cigarrillo tratando de no pensar, dejando la mente libre de lanzarse en mil direcciones distintas para luego replegarse, exhausta y aún más desvalida que antes.

Consumido el cigarrillo, apagué la colilla con la suela del zapato y la recogí para esconderla en la caja de cerillas.

Resignado, me apoyé en la pared para descansar la espalda. Me sorprendí pensando en lo más hondo: ya no tienes veinte años, ahueca el ala.

Sonó la cerradura: era ella. Sonriente, me hacía señas para que

me acercara. Me quité el sombrero y luego, cohibido, volví a ponérmelo.

—Estate tranquilo —me dijo, sonrojándose.

Asomaba entre los batientes entreabiertos, mostrando apenas el rostro. Con los dedos de una mano muy juntos, apoyados unos en otros, sujetaba la madera de la puerta.

—Solo hay una vieja criada. Está durmiendo.

Ella me miraba, y yo alcé la vista un instante, pero enseguida volví a dejarla vagar a mi alrededor.

—Hace mucho tiempo que el señor abogado agoniza. Tiene más de noventa años —trató de decir, con voz apagada—. Hace meses que vengo aquí todas las noches. Durante el día hay otra enfermera…

Conseguí alzar de nuevo la vista y mirarla; un halo de luz apenas perceptible le iluminó las mejillas y se esfumó enseguida. Bajé la mirada, pero sentía que sus ojos estaban clavados en mi frente.

—Estate tranquilo —dijo—. No te verá nadie.

Su voz pareció a punto de quebrarse, y en el silencio noté su respiración ligera pero vibrante.

Yo ya no era capaz de mirarla y fijaba los ojos en la copa del sombrero, que llevaba de nuevo en la mano. En cuanto apartaba la vista del sombrero, me topaba con la franja negra de su hábito entre los batientes de la puerta. Se acabó, pensé, soy un imbécil.

—Tenemos que hablar —empezó ella, con voz algo temblorosa—. Tenemos que hablar, tiene usted que hablar. No podemos seguir así.

Asentí con la cabeza, pero sabía que era inútil.

—Habla —me ordenó. Su voz ahora era cortante y me hería los oídos.

Conseguí mirarla otra vez; no apartó la vista y, sonrojándose levemente, entreabrió los finos labios.

—Pero tú desde cuándo… —acerté a decir.

No pude continuar. Ella sonreía con los ojos cerrados, como si se sintiera liberada, en paz.

—Cuatro meses. Tú menos, ¿verdad? Al principio no te dabas cuenta, lo sé.

Sentí otra punzada de dolor en la espalda.

—Habla —susurró, y parecía alegre.

—Vale—dije—. Vale. ¿Cuántos años tienes?

Pálida y sonrosada, sus cejas temblaban como una sombra, pero sus ojos se empeñaban en mirar, en comprender.

—Casi veinte. ¿Y tú?

Se me escapó una mueca.

—¿Cuarenta y cinco? —aventuró.

—¡No! ¡Cuarenta! Cumplo cuarenta y uno en febrero.

—Es una buena edad para un hombre.

Yo no sabía qué decir.

—Cuarenta —me oí repetir.

Ella asentía, tranquila.

—No serás tímido, ¿verdad? —preguntó.

Había vuelto a sonrojarse. Negué con la cabeza, mirando al suelo.

—No es pecado, ¿verdad?

—No —dije yo, un poco aturdido.

—No es pecado, no estamos haciendo nada malo —contestó entonces, tranquila.

—No, no.

—¿Piensas mal de mí?

—Claro que no.

Me moría de ganas de hablar, de preguntar, pero tenía la boca seca; las frases y las palabras colisionaban en mi cabeza como fragmentos de materia sonora que no lograban amalgamarse. De repente se esfumaban con estrépito, cediendo su lugar a un vacío móvil y pantanoso. Se me doblaba la espalda, presa de un dolor punzante, mientras otras punzadas, suaves e insistentes, embestían mi bajo vientre.

—¿No serás tímido? —repitió.

Intenté esbozar una sonrisa.

—¿No quieres saber cómo me llamo? Serena. Me llamo Serena. Aún no soy monja. ¿Se nota que soy piamontesa?

Menée la cabeza.

—A ti sí que se te nota que eres de Turín. ¡Cómo me gusta!

Se me salió una mano del bolsillo, y antes de apoyarse en la puerta rozó el paño del abrigo para refrescarse. Me daba miedo ese

gesto, pero no conseguía expresarme, y la mano descendió de la madera de la puerta hasta sus dedos helados. Los retiró despacio.

—Estoy sufriendo —dijo, con el rostro pálido.

Fui yo quien bajó la mirada.

—¿Eres comunista? —prosiguió con voz plácida.

—No —contesté riendo, reanimado.

—¿Por qué? Yo creía que todos los hombres son comunistas —sonrió sorprendida.

—¿Quién te ha contado eso?

Se encogió de hombros.

—Eso me parecía —dijo—. ¿Sabes que hace dos años, cuando las elecciones, nos dijeron que teníamos que estar listas para huir? También teníamos direcciones de lugares donde escondernos. Incluso nos habían dado ropa.

Volvió a encogerse de hombros, sin apagar su sonrisa afilada.

—Pero ¿por qué decidiste meterte a monja?

Por fin se lo había preguntado.

Me miró, luego cerró los ojos y al volver a abrirlos rio con dulzura.

—No sé —dijo en voz baja—. Empecé yendo al oratorio, luego me pusieron a coser. Por la tarde me llevaban a la capilla del convento, donde solía hacer labores. Me dejaban horas allí sola, arrodillada, para que sintiera la llamada de Dios. Tenía seis años. A veces me dormía. Soy de familia campesina. Tengo cuatro hermanos, uno se hizo cura hace quince años. Fue él quien me hizo entrar en el colegio, y más tarde del colegio pasé al convento.

—¿De qué pueblo eres?

—Mondovì. ¿Lo conoces?

—Sí —dije. Pero nunca he estado allí.

—Siempre he intentado dedicarme a algo —siguió diciendo—. Primero cursé enfermería, luego asistencia domiciliaria. Solo hace un año que estoy en Turín, ¿sabes? En primavera debería tomar los votos.

—¿Te gusta?

Sonrió y me miró de pies a cabeza.

—No me gusta estar con las demás. No me gusta. ¿Comprendes? Soy la única que no tiene amistades. Las otras siempre andan

juntas. Les da miedo salir, ir a los hospitales.

Agachó la cabeza. Apenas se encrespó la sombra de sus pestañas.

—¿Te casarías?

Me lo preguntó tranquilamente. No me atreví a alzar los ojos, pero de pronto hice un esfuerzo violento:

—Pero ¿tú crees en Dios?

—En Jesucristo crucificado —contestó.

Me quedé callado.

—No es pecado —precisó con premura—. No te sientes en pecado, ¿verdad?

—No.

—Yo tampoco. ¿Te casarías?

La punzada en el bajo vientre se expandió en oleadas hasta el estómago y los codos, llegó a la garganta y se precipitó ondulando hasta doblarme las rodillas.

—Tengo cuarenta años. Podría ser tu padre.

Se reía quedamente.

—Anda ya, mi padre. No me tomes el pelo. ¿Estás bien de salud?

Ahora me tocaba a mí reírme.

—Muy bien.

—No te sobran años ni kilos. La gente joven me asusta. Tú no me asustas. Te casarías conmigo, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—¿Has pensado en mí estos días?

Volví a asentir.

—Eres bueno. Te quedabas esperando el tranvía. ¿No te aburro?

—No me…

—Estás cansado. Espera un momento.

Abandonó la rendija y oí el susurro apenas perceptible de sus faldones mientras se alejaba. Reapareció, abrió la puerta y me alcanzó una silla.

—No hace falta —dije.

—Sí, sí. Yo también, ¿ves?

Volvió a entornar los batientes de la puerta y permanecimos sentados, yo en la silla encima del felpudo y ella en la penumbra, al otro lado de la puerta. Me molestaba el vacío a mis espaldas y puse

la silla de lado para dominar el rellano y la perspectiva de la barandilla.

—Habla, te lo ruego, habla —dijo.

—Sí, sí —contesté, buscando algo que decir.

Yo levantaba la vista del cigarrillo para mirarla y ella sonreía, cerraba los ojos y seguía sonriéndole al vacío.

—Qué tontería eso de la corbata que lleváis los hombres —dijo.

—Perdóname. No me salen las palabras, estoy confundido, ¿comprendes? Pero se me pasará, solo tienes que darme tiempo.

—Claro —contestó, seria—, claro que sí. No tienes novia, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Me sorprende que no tengas novia, pero me alegra. Dime una cosa: ¿cómo se las arreglan las mujeres para caminar con tacones altos? Me dan tanta envidia…Yo no sé nada. No te rías.

—No me río —repliqué azorado. Sentía que me precipitaba lentísima y dulcemente; incluso el humo del cigarrillo me ayudaba a hundirme entre muros de silencio sin grietas, en un torbellino que me debilitaba los músculos y el cerebro.

—¿Sueles ojear los escaparates? Yo nunca puedo. Me lo compraría todo.

—¿De veras?

—Todo. Siempre quiero comprarlo todo. Por cierto, tú vives solo. ¿Cómo te las arreglas para comer? ¿Vas a un restaurante? Qué maravilla…

—No es ninguna maravilla. A veces me cocino algo en casa.

—Pobrecito. Antonio, Antoñito.

Se apartó para hurgar en algún sitio. Me tendió una postal.

—Es de mi hermana, que ha ido a la playa. Yo nunca he visto el mar. Spotorno, ¿lo conoces?

—Es un pueblecito de la Liguria.

—Quiero ir a la playa, me muero de ganas. Oye, ¿tienes hambre? Puedo ir a la cocina a buscar algo. Tienen una nevera así de grande…

—No, no.

—De verdad te lo digo. Lo haría con gusto. ¿Qué hora es?

—Las diez y cuarto.

—¿Tan temprano? ¡Qué bien! ¿Te vas a quedar conmigo hasta mañana por la mañana?

—¿Qué?

—Yo me marcho a las seis. Tú puedes irte antes de que abran el portal, a las cinco. Dime que te apetece quedarte conmigo. ¿O tienes sueño? ¿Tienes que dormir para estar fresco mañana en el trabajo?

—No, no. Claro que me quedo.

—¿A qué te dedicas?

Estaba aturdido.

—Soy contable. Trabajo en una empresa. Escribo cartas en inglés y en francés.

—Ah —suspiró, decepcionada.

—¿Y eso? ¿Qué creías que era?

Sonrió bajando la mirada.

—Obrero. Estaba convencida de que eras obrero.

—¿Te disgusta que no lo sea?

Se encogió de hombros.

—No —contestó sonriendo—, pero me había hecho a la idea. Creía que eras obrero, que después del trabajo volverías a casa para asearte, que salías a las siete. Eso… Obrero.

—Soy oficinista. ¿Por qué prefieres un obrero?

—No lo sé. Creo que una puede fiarse de un obrero.

—¿Y de mí no?

—Yo no he dicho eso. Solo pensaba que lo eras. Y resulta que tienes estudios, debes de saber muchas cosas. Y yo soy tan ignorante… No es posible que me quieras. Me da mucha vergüenza.

—No digas tonterías. Te quiero.

—Dímelo, Antoñito. Dímelo otra vez.

—Te quiero —repetí con esfuerzo.

Ella seguía hablando y de los labios le salía aquel «Antoñito» mientras su mirada se perdía más allá de mis hombros.

—Voy a ver si el abogado duerme.

—Creía que estaba agonizando.

—Ya no está en sus cabales, pero duerme y yo lo alimento con inyecciones. Espérame aquí.

Desapareció en el interior de la casa. Yo aproveché para

levantarme y estirar las piernas por el rellano. Los ruidos del edificio se habían sumido en un hondo silencio. Me acerqué a la vidriera e intenté abrir uno de los ventanucos verdes y violetas. Se abrió, enmarcando un tajo muy largo de noche. Un hilo de luz se deslizó rápidamente hasta dibujar los contornos de una taza de café gigante, de cuyo interior empezó a salir, a rachas, una nerviosa voluta de humo en espiral. Cinco diminutas estrellas, verdes, azules y blancas, se encendieron a su alrededor. Acto seguido, unas anchas franjas de luz realzaron repetidamente la taza, que se estremecía contra un cielo de betún. Las estrellas palpitaron por última vez mientras las letras, con una A altísima en el centro, resplandecieron victoriosas. De pronto, el anuncio se apagó, dejando reaparecer los contornos oscuros de los edificios y los salientes desgastados de las cornisas.

De la calle ascendían ruidos metálicos, amortiguados o súbitamente nítidos.

—Antoñito.

Volvimos a tomar asiento. Me alargó dos rebanadas de pan.

—Solo quedaba un poco de queso.

—Pero ¿por qué…?

—Dame el gusto. Come, come…

Tomé las rebanadas de pan.

—Entonces me las como.

El pan no estaba tierno, pero me supo bien, como si de veras tuviera hambre.

—Qué alegría —dijo—. Cuando te veo comer, me digo: Eso ya nadie te lo va a quitar, Antoñito. La de veces que lo he pensado.

Permanecí quieto, con mi estúpido pan suspendido en el aire.

—Serena…

—Dilo otra vez.

Me sonrojé, pero repetí:

—Serena.

—No seas tímido.

—No lo soy.

—Lo eres, aunque ya no deberías serlo. Yo también tengo mucho miedo, pero no importa.

—¿Tienes miedo?

—Sí. De todo. Pero ahora te tengo a ti. Es distinto. ¿A ti no te parece distinto? Come tranquilo.

—Sí —dije.

—Mi hermano cura —prosiguió— siempre me escribe cartas muy largas. Es él quien más se empeña en que me haga monja. Está en el Vaticano, ¿sabes? Yo nunca le contesto, aunque le tengo cariño. A duras penas lo recuerdo, pues es mucho mayor que yo. Antes de hacer los votos, me iré algunos días a casa. No me apetece demasiado, pero iré. Mondovì es un lugar muy triste: a veces hay niebla hasta en verano. Y además no me gustan el campo ni los campesinos. Ya no consigo entenderme con mi madre, no sé si me explico… ¿Está mal eso, Antoñito? A veces pienso que soy mala y que el Señor nunca me perdonará.

—¿Por qué?

— Porque no quiero a mi familia, porque ya no trago a los ignorantes. No puedo con ellos, eso es lo que pasa: me dan pena, siento vergüenza, rezo siempre por mi madre, pero en cuanto los veo, a ella y a mi padre, me entran ganas de huir. Hace seis meses mi madre vino a verme. Me dieron la mañana de permiso y al mediodía ella se empeñó en comer en los jardines. Con lo que me hubiera gustado ir a un restaurante. Sufría y me daba vergüenza estar con ella. Eso está mal, ¿verdad?

—No está mal.

—¿Hablas en serio? ¿Tú cómo te llevas con tus padres?

Me encogí de hombros.

—Murieron. Solo me queda una hermana casada que vive en Alessandria. Hace años que no la veo.

—¿Por qué será eso? ¿Por qué las familias no permanecen juntas? Si algún día tengo una familia, no dejaré que nadie se vaya lejos. No se vive bien solo. Tú piensas lo mismo, ¿verdad? No te gusta estar solo… Dime.

—No, no me encuentro a gusto.

—Yo no les reprocho nada a mis padres. Mi padre siempre ha creído que es una gran cosa tener un cura en la familia. Él casi nunca va a la iglesia, trabaja como una mula, suelta tacos, pero está

encantado de tener un hijo cura y cree que si llego a tomar los hábitos tendré la vida resuelta. Antoñito, ayúdame, esto es un sinvivir. No quiero ser monja. Y si llego a serlo iré a servir en los hospitales, no quiero estar fuera del mundo. Pero es duro, es duro no ser nada para nadie.

—Sí, sí.

Estaba desesperado, atado de pies y manos, y no encontraba la fuerza para poner orden en las miles de cosas que quería decir y que se arremolinaban en mi mente como un tiovivo.

Y de nuevo se hizo el silencio. Nos mirábamos; a ratos apartaba mis ojos de los suyos y luego volvía a mirarla, sonriendo. Ella también sonreía, para infundirme valor. Los ruidos del edificio se iban espaciando: un rumor de voces lejanas, un paso, el ladrido de un perro que callaba de pronto.

—¿Tienes coche?

—No —dije—, pero quiero comprar uno. El año que viene, quizá.

—Yo también quiero aprender a conducir. Si me hago monja me dejarán sacarme el carnet. Estoy segura de que me encantará. ¿Sabes que me entretengo sumando los números de las matrículas que veo pasar? El tres y el nueve son los números perfectos. Cuando salen, me siento afortunada… Ay, Antoñito, ¿me ayudarás, me harás compañía?

—Sí, claro —dije—. No hables así, no sufras.

—Soy fuerte, ¿lo sabes? —continuó sonriendo—. Como un hombre. Ninguna es tan hacendosa como yo, todas lo dicen. Pero también necesito sentirme protegida. Me gustaría ser débil y no tener que decidir nunca nada, dejarme llevar y hacer todo lo que se me ordena. ¿Por qué no puede ser así?

—Tranquila, tranquila…

—Disculpa —repuso entonces, alegre—. Soy una pesada, lo sé. Soy consciente de ello, pero me muero de ganas de contarte tantas cosas. No soy buena contigo, ¿verdad? Eso es lo que piensas, lo sé, lo sé. Pero no es cierto. Si tú supieras lo buena que soy contigo en mi fuero interno… Me paso el día pensando en ti y no hay momento en que no te sienta a mi lado. Pienso en ti, rezo siempre por ti. Jesús nos ayudará. ¿Por qué no? Tú eres un buen hombre y yo una

pobre muchacha. Sí, una pobre muchacha, pero llena de esperanza. Dime que me quieres.

—Te quiero.

—Otra vez.

—Te quiero.

—Mucho.

—Mucho.

—Más que a nadie.

—Más que a nadie.

—Entonces ya no tengo miedo.

Sentía que el frío me entumecía los pies y subía lentamente por los tobillos y las pantorrillas. En la lejanía, los tranvías nocturnos se despedían con prolongados chirridos.

—Ahí viene —dijo ella con alborozo—. Es el avión. Ven a verlo. Lo espero todas las noches.

El zumbido ondulante del avión apenas traspasaba las paredes; nos acercamos a la vidriera y ella abrió de par en par uno de los ventanucos. Tras un largo minuto de espera silenciosa, en el negro firmamento aparecieron las señales parpadeantes del avión, rojo y amarillo, rojo y amarillo, morro y cola. Oscilaban arriba y abajo, siguiendo el suave latido de los motores, deslizándose desde lo alto hacia los confines lejanos de la ciudad.

—Es el vuelo que viene de Roma, pasa todas las noches —comenté en voz baja.

—Qué hermosura —susurró ella.

El ojo rojo y el amarillo todavía parpadeaban, más lejos, y el zumbido persistía en el aire, cada vez más dulce y más débil, hasta que se hizo el silencio.

—Escucha ahora —murmuró.

El triste arrullo de las palomas despertadas por el ruido corría por los tejados y las cornisas de los edificios en un hervor tibio y lúgubre.

—Qué monas —dijo—. Qué monada verlas en sus nidos. ¿Es verdad que las palomas no se traicionan jamás y que permanecen juntas hasta la muerte?

—Creo que sí.

—Escucha —dijo, mirando todavía la oscuridad.

—Hace frío, cierra.

—¿Has ido alguna vez en avión? —me preguntó.

—No.

—¿Por qué? Habrías podido. ¿Por qué no has querido? ¿Por qué? Me gustaría que lo hubieras probado todo y ahora pudieses contarme un montón de cosas. Sería tan bonito.

Habíamos vuelto a sentarnos, y en la penumbra su rostro se dibujaba de nuevo en la rendija de la puerta.

—Algún día viajaré en avión. No tengo miedo —dijo—, y no me cabe en la cabeza que todo siga siempre igual. Me parece imposible. ¿Tú tienes miedo a la muerte?

—No lo sé, nunca lo he pensado.

—Yo debo de ser estúpida —dijo riéndose—, porque estoy convencida de que nunca moriré. Sé lo que significa, he visto a muchos enfermos y muertos. Rezo por los difuntos, pero tengo la sensación de que para mí es imposible morir, ¿comprendes? Nunca he tenido un dolor de cabeza y no he guardado cama un solo día de mi vida.

—Serena —dije.

—Ahora habla tú. Yo soy muy pesada y no callo ni debajo del agua. Cuéntame algo de ti. No me has dicho casi nada.

—No sabría qué decirte. Soy un hombre cualquiera.

—No eres un cualquiera. Eres bueno, amable, me quieres y estás aquí. No eres un cualquiera. ¡Cuántas cosas me gustaría que me contaras! Yo hablo siempre contigo. Durante todas estas noches no he hecho otra cosa que pensar y rezar por ti. He conversado mucho contigo, te he hablado de todo, como si estuviera confesándome.

—Pero ¿tú te confiesas? ¿Te confiesas… por esto?

Me miró y luego sonrió con los ojos cerrados.

—No —dijo, poniéndose seria y sacudiendo levemente la cabeza —. No sabría qué confesar. No me avergüenzo, para mí no es pecado. No lo confesaré.

—¿Y no te arrepientes?

Me escrutó con ojos firmes.

—¿Arrepentirme de qué? Yo no creo en el infierno. Y tú tampoco,

¿verdad? Todas creen que el diablo existe, pero yo no. Es imposible. Entonces, ¿por qué debería arrepentirme? Querer a alguien no es malo, ni es pecado.

—¿De veras me quieres? —pregunté, avergonzado, para distraerla de aquellos pensamientos.

No abrió la boca; me miró largamente y asintió.

—¿Qué puedo hacer para demostrártelo? Dime tú.

—Nada, nada —me apresuré a contestar—. Estamos aquí y con eso basta.

—Sí, con eso basta. Qué bueno eres —continuó—, y qué afortunados somos.

—¿Afortunados?

—Claro. Podrías estar casado, tener hijos, o podríamos estar enfermos o asustados. Si hubieses tenido hijos te habrías desesperado, y si estuviéramos enfermos nos habrían faltado fuerzas. Lo he pensado mucho. ¿Te das cuenta de lo afortunados que somos?

Bajé la mirada y tragué saliva.

—Dame un dedo —dijo.

Acerqué la mano y me tomó un dedo, sosteniéndolo apenas entre el pulgar y el índice, y lentamente se lo llevó a la sien y lo empujó con delicadeza hasta que la uña entera penetró bajo la cinta ceñida. La vena de la sien le latía suavemente.

Se rio.

—¿Lo ves? Tengo pelo. No soy una monja.

La mano volvió a caer sobre mis rodillas.

—Serena —dije.

—No te muevas, no te muevas.

Alargó la mano, ligera y fina, la deslizó bajo mi abrigo y mi americana, apartó la corbata y me la posó sobre el corazón, que dio un brinco violento. Acto seguido la mano presionó levemente, hasta que el latido se calmó, aceleró y se calmó de nuevo.

—Sagrado… corazón… mío —dijo mirándome.

Ella había retirado la mano y mi corazón no cesaba de latir contra la piel, como si estuviera hinchándose.

Desconcertado, me puse a hurgar en busca de un cigarrillo.

—Fumas mucho. Me gusta. Si no fumases no me gustarías. Cuando encendías un cigarrillo en la parada me alegraba por ti. ¿Es verdad que el humo es malo para la salud?

—Sí.

—¿Me dejarás probarlo?

Le ofrecí el cigarrillo.

—Oh, ahora no —dijo riendo.

Pero de pronto volvió a ponerse seria y empezó a menear su pálido rostro.

—No es posible que pienses bien de mí. No lo harías, aunque fuese una chica normal y corriente. Lo sé, lo sé, estate callado. Esa no es manera de comportarse, piensas, y no sé qué ideas crees que tengo en la cabeza. Pero no es cierto. Te quiero y no estoy dispuesta a meterme a monja. ¿Te has fijado alguna vez en las caras de las monjas viejas? Son rosadas, lisas, parecen pasta de caramelo. No te rías, es así. Yo no quiero acabar como ellas. Antes prefiero ser como mi madre, pobrecita, tan demacrada y llena de achaques. Pero ha tenido hijos, ha trabajado, algo sabe de la vida. No quiero estar fuera del mundo. Si hace dos años hubierais ganado vosotros las elecciones… Qué mal me supo no poder votar…

—¿De quién hablas? ¿De los comunistas?

Asintió con la cabeza.

—¿Acaso crees que no hay curas y monjas que los voten? Pues los hay, para que lo sepas. Y yo no creo que sean pecadores. Tampoco lo son los comunistas. Trabajando de enfermera, he leído algún que otro periódico. Aquí también, de noche. A veces los comunistas me dan miedo, pero al menos se proponen cambiarlo todo. Y tú, ¿no quieres que las cosas cambien?

—Sí —dije—, creo que sí. Pero ¿eso qué tiene que ver?

—Claro que tiene que ver. Yo no puedo volver a Mondovì. ¿A qué me dedicaría allí? A trabajar en el campo, y mis padres me amargarían la vida. Nadie querría casarse conmigo y el pueblo entero se reiría a mis espaldas. ¿Y dónde encontraría trabajo? En mi comarca, de campesina, ni soñarlo. En Mondovì ciudad nadie me daría empleo y aquí, en Turín, ni te cuento. No me da miedo, pero lo tenemos crudo, muy crudo.

Permanecí en silencio, mirando el felpudo.

—Nunca he estudiado —siguió diciendo— y me gustaría saberlo todo, leer muchos libros y periódicos. Antoñito, enséñame tú, te lo ruego. Me enseñarás, ¿verdad? Dime que tendrás paciencia, que si hago algo que te disgusta me lo dirás. Júramelo.

—Te lo juro.

Me sentía feliz.

—Antoñito, Antoñito…

Incliné la cabeza, envuelto en una ola de felicidad que anulaba el frío y la confusión.

—¿No te gustaría tener hijos?

—Mucho —contesté. Estaba congestionado.

—Quisiera que fueras un expósito, haberte encontrado en la calle y poder criarte, prepararte sopas, trabajar para ti, llevarte al colegio, a la iglesia. ¿Vas a misa?

—Poco. Casi nunca.

—Conmigo irías los domingos. Es bonito, ¿sabes? Yo nunca rezo como las demás, que recitan cosas aprendidas. Siempre busco nuevas maneras de rezar, pido de todo, hablo con Jesús, de verdad que lo hago. Estos meses siempre he rezado como si lo hiciera solo por ti. Ya sé que los hombres no van a misa, pero tú irías conmigo.

Sonreía.

—Además, sueño contigo—añadió.

—¿De veras? ¿Cómo?

—No puedo decírtelo.

—Te lo ruego, dímelo ya.

—De veras que no puedo, ahora no.

—No hay nada malo en eso —dije.

—¿Te ofendes si no te lo cuento?

—Sí.

—Entonces te voy a contar uno de mis sueños, pero solo uno, y como si estuviera confesándome: tú no se lo contarás a nadie y lo olvidarás enseguida. Júramelo.

—Te lo juro.

—Es muy hermoso. Ya lo he soñado dos veces, y al despertarme se me saltaban las lágrimas de dicha. Te cuento: estábamos los dos

en un desierto, todo él amarillo, de arenas onduladas que se perdían en el horizonte. El sol calentaba y en el cielo no se veía ni una nube. Estábamos acostados y envueltos en una red, una mosquitera. Tú dormías y yo te observaba, y a ratos desviaba los ojos para no mirarte demasiado, no fuera a ser que te despertaras. No se oía un solo ruido y el sol declinaba poco a poco. Luego, no sé cómo, algo se coló bajo la mosquitera. Lo oía zumbar y silbar, pero no veía nada. No podía moverme sin despertarte, pero trataba de ver qué era aquello. Era un bicho, un mosquito que brillaba bajo el sol con mil reflejos, como si fuera de hierro. De pronto el sol se ocultó y el mosquito desapareció. Solo oía su zumbido, y entonces levanté la mano. La mantuve sobre tu cuerpo, moviéndola despacio, arriba y abajo, para que el mosquito se fijase en mí y no se te acercara. El bicho se me posó en la mano y empezó a morder y a chupar. Y yo, acostumbrada ya a la penumbra, con la mano en el aire, te miraba, y el bicho chupó hasta hartarse, y luego se fue. Entonces yo me desvanecí en la cama, sin una gota de sangre en el cuerpo. Quizá me moría.

—Serena —balbucí.

—Acuérdate de mí.

—No pienso en otra cosa —dije.

—Piensa solo en mí. Te espero, siempre.

—¿De veras me esperas?

Se rio por lo bajo.

—A mediodía vienen al convento cinco o seis pobres a buscar sopa. Tocan la campanilla. Yo no debería ir a atenderlos, está prohibido, pero siempre me las apaño. Durante meses he esperado verte con ellos. Qué tontería, ¿verdad? Y sin embargo no perdía la esperanza. Cada vez que oía la campanilla, salía corriendo. Ahora ya no te esperaré, como comprenderás, pero lo echaré en falta. Era tan bonito…

—Si quieres, puedo ir —dije.

—No, eso no. No vuelvas a decirlo, de lo contrario tendré que echarme a correr todas las mañanas al oír la campanilla. No le demos más vueltas. Ahora es distinto.

—Sigue hablando —insistí.

Por primera vez, mientras sonreía, distinguí sus dientes entre los finos labios.

—Si no paro de hablar —dijo, casi a modo de reproche—. Pero es que tengo muchas cosas que contarte. Necesitaría una vida, una vida entera, y con eso no tendría bastante. Tú piensa que cuando te digo «te quiero», es la milésima parte de lo que quisiera, de lo que debería decirte. La millonésima parte, una nimiedad. Quiero que lo sepas y lo recuerdes siempre. Además, tengo que hablarte de cuestiones prácticas.

—¿Prácticas?

—Claro, pero me da apuro hablar de eso.

—Dime, anda. Si me quieres, cuéntame.

Se acomodó en su silla, alejándose un poco de la rendija, azorada.

—Ánimo —dije.

Rio quedamente.

—Ánimo —repitió—. Sí, quiero contártelo. Y estoy segura de que me ayudarás.

—Haré todo lo que pueda, todo.

Me miraba intensamente, y sus mejillas se encendían y volvían a palidecer.

—Verás, se trata de tres cosas.

—¿La primera?

—Que nunca tengo dinero. Para tomar el tranvía me dan un pase de dos viajes. Si me dieran dinero podría volver a pie, al menos por la mañana, para ahorrar. No tengo ni un céntimo. Y quisiera comprar sellos. Eso tiene que ver con la primera y también con la segunda cosa, porque me gustaría enviar cartas a mi familia sin que la madre superiora las lea antes, ¿comprendes? Todo lo que envío y recibo lo lee la madre. Si tuviese papel, sobres y sellos podría escribir por mi cuenta. Si tú… si tú recibieras mi correo, mi madre podría escribirme sin cortapisas y hablaríamos en confianza. No…

—¿Quieres que reciba yo las cartas de tu familia? ¿En mi dirección?

—¿Lo harías?

—Claro que sí.

—¿De veras?

Tenía las manos unidas sobre el pecho; las vi en la sombra de la rendija, finas y menudas.

—Cuenta conmigo. Te daré papel y me encargaré de poner los sellos. Y voy a darte mil liras. Aquí las tienes.

Las tomó con la punta de los dedos.

—¿Mil liras? —preguntó riendo.

—¿Quieres más?

—¿Más? ¡En mi vida he visto mil liras! Qué maravilla. ¿En serio me las das? ¿Me las regalas? Qué maravilla. Ahora ya puedo soñar con comprarme lo que sea. Descuida, no pienses que las voy a malgastar.

—Echaré tus cartas en el buzón y recogeré las de tu familia— repetí.

—¿Te dará mucho trabajo? ¿Soy una molestia?

—No, faltaría más.

—Qué bueno eres, Antoñito, Antoñito mío.

—Total, son solo dos cartas.

—No serán dos. En realidad, pienso escribir todas las noches, todas.

—¿Y la tercera cosa?

Se rio sacudiendo la cabeza, se tapó el rostro con las manos y siguió sacudiéndola despacio, sin dejar de reír entre dientes.

—Dímela.

Negaba una y otra vez, tapándose las mejillas y los ojos con las manos. El mentón descubierto vibraba en una carcajada silenciosa.

—Dímela.

Apartó las manos y asomaron sus ojos alegres y brillantes.

—¿No te enfadarás conmigo?

—No, te lo juro.

En aquel momento estaba del todo seguro.

—Me gustaría recibir un regalo por Navidad. Mi familia siempre me envía una caja de galletas, higos secos y nueces, pero eso no es un regalo. Y a mí me gustaría mucho recibir uno. Y que fueras tú quien me lo hiciera. ¿No puedes?

—Claro que puedo. Y me alegra mucho hacerte un regalo.

—No me lo encontrarán —dijo riendo—. En cuanto lo reciba lo tiraré, o lo esconderé aquí, en casa del abogado. Lo importante es tenerlo, ¿comprendes?

—Sí. Pero ¿qué podría ser? Tendrías que decírmelo tú.

—Si te lo digo ya no es un regalo.

—Podrías darme una idea.

—No, yo sé lo que quiero… pero quizá podrías elegirlo tú y entonces seguiría siendo un regalo, una sorpresa.

—Está bien, dime.

Volvió a taparse el rostro con las manos, riendo de nuevo.

—Dime.

Se reía, sacudía la cabeza y ya no se tapaba los ojos.

—Un sombrero —dijo con aire furtivo.

—Pero…

—Un sombrero, un sombrero, te lo ruego —exclamó con rubor, riéndose y apartando las manos—. Me encantaría ponerme un sombrero. Me gustan las mujeres que llevan sombrero. No lo descubrirán, lo esconderé aquí, pero quiero uno. Si no es demasiado caro y si tú quieres. Porque si tú no quieres, tampoco lo quiero yo.

—Te regalaré uno.

—La víspera de Navidad. Aquí.

—Sí.

—Di: «Lo juro».

—Lo juro.

—Qué bueno eres. ¿Siempre me regalarás algo? ¿No dirás que pido demasiado?

—Claro que no.

—Tarde o temprano lo dirás. Dirás que te molesto, que no te dejo en paz, que te hago gastar mucho dinero. Mi padre se lo decía siempre a mi madre, y no son más que unos campesinos.

—A mí no me ocurrirá eso.

—Te aburrirás.

—Quien va a aburrirse eres tú. Yo ya soy viejo.

—No eres viejo. Ni se te ocurra decirlo. Me enseñarás de todo, y por eso te aburrirás, porque en el fondo soy un cero a la izquierda. ¿Puedes creerte que nunca he ido al cine? No sé nada de nada.

—Lo aprenderás todo enseguida.

—Y entonces ya no me querrás.

—Te querré.

—No, me regañarás. ¿Bebes?

—Casi nada.

—Pues te pondrás a beber, te convertirás en un borracho y dejarás de quererme. Me dirás: Lárgate ya. Lo he oído decir.

—No te diré eso.

—Un día u otro tendrás dolor de estómago y te pondrás de los nervios. Pero yo te cuidaré y te aplicaré paños calientes.

—Me quemarás.

—Eso seguro que no. Antes los probaré con el codo.

—Me pondré rojo como un tomate.

—Pero así te curarás enseguida.

—Queman.

—No, ya no queman, ya no queman. Y luego te prepararé una bebida caliente.

—Oh, Serena.

—Antoñito, Antoñito, recemos.

Se levantó de la silla y se puso de rodillas, y su rostro enmarcado por los dos batientes de la puerta quedó a la altura de mis rodillas. Entonces me aparté un poco para no molestarla, y luego, confuso, me arrodillé yo también, resbalando lentamente sobre el áspero felpudo.

—Recemos —repitió sin alzar la frente de las manos.

—¿Te da vergüenza? —me obligué a preguntar.

Ella sacudió la cabeza con vehemencia.

—No, recemos por nosotros, por el valor necesario. Recémosle a Jesús, que es bueno y grande y todo lo puede.

De pronto se hizo el silencio.

—Serena —dije tras una pausa.

Ella seguía con la cabeza gacha.

Caí en la cuenta de que yo también había rezado, con el pensamiento, aunque de un modo fugaz e indoloro.

Ella volvió a levantar la cabeza y, con la mirada extraviada, se persignó.

—Ahora no tendré que rezar por ti, sino por nosotros —comentó incorporándose de nuevo.

—Serena —murmuré.

—Tienes que irte, es muy tarde.

Su voz sonaba diferente y su mirada delataba una dureza antes inexistente. Estaba plantada detrás de la puerta, con las manos ocultas en las mangas y los brazos cruzados.

—Vete.

—Sí —dije.

—Hasta mañana.

—¿Me darás mañana las cartas para el correo?

Asintió con los ojos cerrados.

—Mañana —quise insistir.

—Corazón mío —dijo casi con severidad, sin mirarme.

No sabía cómo alejarme, a duras penas acerté a sacar una mano del bolsillo y tendérsela a modo de saludo.

Ella sacudió levemente la cabeza, con los brazos cruzados sobre el pecho, las manos ocultas entre los negros pliegues del hábito.

Tras bajar el primer tramo de escaleras me di la vuelta. Estaba detrás de la puerta entreabierta y me miraba. Bajé despacio, sintiendo las dentelladas del frío que se extendía por todo mi cuerpo.

Salí a la calle, bañada por una luz negra, sucia y veteada de estrías verdosas que anunciaban la mañana. A lo lejos, en un cruce de tranvías, unos obreros trabajaban en los raíles, echando cascadas de chispas oxhídricas.

Me encaminé a casa hecho pedazos.

Miércoles, 20 de diciembre

Me ha despertado el teléfono. Era Mo, que me llamaba desde el despacho. No me ha hecho falta impostar la voz, pues enseguida se ha dado cuenta de que no me encontraba bien.

Habré dormido unas tres o cuatro horas con un sueño acongojado. Tras la llamada me he quedado en cama hasta tarde, echando de vez en cuando un sueñecito de un cuarto de hora.

No sabía que un hombre pudiese experimentar todas estas cosas, lo mismo si tiene dieciséis que si tiene cuarenta años.

La noche pasada vuelve a oleadas, y al retirarse deja al descubierto una emoción viva, eléctrica, irritante. Al afeitarme, me he hecho un corte y he roto un vaso. He bajado a por el periódico y el café. Los titulares se esfumaban ante mis ojos y tenía que volver atrás para reconstruir el sentido de lo que leía.

Tengo la tarde entera por delante. ¿Qué puedo hacer? ¿Dormir, dar un paseo, ir al cine o pasar por el despacho?

No sé cuánto tiempo hace que no ando por ahí a estas horas de la mañana, antes del mediodía. La ciudad se ve sacudida por estremecimientos encadenados que estallan en una miríada de ruidos, pasos y voces. Reina una luz sedosa, congelada.

La gente circula, desaparece tras las esquinas, se agolpa en las paradas de los tranvías. Todo me parece pequeño, lejano, carente de interés.

A estas horas, Serena duerme. Ya nos lo hemos dicho todo. ¿Y ahora? Cuando sus palabras se recomponen en mi memoria, siento que me flaquean las rodillas.

Vagando sin rumbo por la otra orilla del río, me he topado con una manada de chiquillos que salían del colegio. Me han arrollado con sus carreras y sus risas, que les han sentado como una ducha de

agua hirviente a mis pobres nervios. Los he visto alejarse con estrépito. Por primera vez no he experimentado la molestia que solía sentir al encontrármelos en el tranvía y bajo los pórticos, o cuando los oía armar jaleo en el cine. Los comprendo: hacen bien en tener prisa, en quererse casar jóvenes y tener hijos. Uno puede equivocarse, pero al menos lo ha intentado. Son más valientes y honestos que nosotros, los viejos; carecen de esa maldita prudencia que nos hace tropezar a cada paso.

He andado hasta el puente que cruza el Po. El río fluía henchido y terroso. He dado media vuelta y me he quedado quieto bajo el sol glacial, frente a la Gran Madre de Dios. Sin fuerzas he subido la larga escalinata que conduce a la iglesia, y si no me he sentado en un banco a rezar, se ha debido tan solo a un vago recato y una flojera que me han devuelto abajo, más exhausto que antes. Me he encaminado hacia casa con ganas de rezar, de abandonarme a palabras piadosas. Pero ¿cómo? Me da apuro escribirlo ahora, pero he tratado de rezar mentalmente el padrenuestro, y no tenía sentido. Las palabras acudían una tras otra, milagrosamente recordadas, pero enseguida se esfumaban, empobrecidas y distantes.

Y ella, ¿dormirá o estará rezando, rezando por nosotros, a estas horas? Me muero de ganas de hablar, de contárselo todo a alguien. He entrado en un bar y me ha parecido increíble que nadie advirtiese lo que llevo dentro, cómo vivo.

Quizá podría hablarlo con Anna. Es una mujer, me tiene cariño, y está convencida de saber muy bien lo que me ocurre. Pero no me fío, tengo miedo de que al hablar todo adquiera un cariz vulgar y solo suscite en los demás ideas malignas.

He vuelto a arrastrarme hasta la cama como si tuviera el cuerpo molido. Siento una gran dicha que me sacude por dentro. Nunca he poseído tanta riqueza ni me he encontrado mejor, pero cuando la dicha aflora se apodera de mí un dolor inmenso, un sinfín de llagas. No consigo leer el periódico ni estar tumbado, y se me va la cabeza.

Son las cinco. Dentro de dos horas estaré de nuevo en la avenida, en la parada del tranvía. Observo las manecillas del reloj y me

deleito, me excito y me asusto con el transcurrir de los segundos.

Soy un pobre diablo. Incluso esta alegría y esta suerte me lo confirman. Hay momentos en que no me atrevo a créermelo y sus palabras vuelven a venírseme encima con violencia. Hoy por fin me creo capaz de comprender esas tragedias de las que uno lee u oye hablar, esos arrebatos que solían parecerme inventados, ridículos. Me gustaría que todo el mundo pudiera gozar de esta suerte, pero al mismo tiempo espero que nadie pueda llegar a probar siquiera una migaja de ella.

Y Serena está en algún lugar de la ciudad, tal vez en la calle, hablándome y pensando en mí. Esta sola imagen basta para llenarme, para sentir un frenesí y al mismo tiempo un profundo cansancio, un agotamiento enfermizo.

Sábado, 23 de diciembre

Hace tres días que deambulo como un desempleado. Camino, me aburro, me pierdo en mis pensamientos, y al amanecer vuelvo a casa por calles que parecen de cristal.

Sin embargo, he tenido el valor de negociar diez días de vacaciones anticipadas, desde hoy hasta el dos de enero (los jefes han apreciado mucho mi gesto de incluir en los días de vacaciones mi supuesto «principio de agotamiento nervioso»).

He estado con Serena todas las noches. Hemos hablado y hemos guardado largos silencios. Los ruidos de la noche eran mullidos y misteriosos. Espiando desde la vidriera, podíamos ver en la calle a unos obreros apilar vigas de madera y voltear grandes losas de piedra. Los raíles desnudos y los cascotes amontonadoss aquí y allá refulgían, reflejando las hogueras encendidas con hierbajos y alquitrán. Los efluvios del alquitrán ascendían hasta nosotros, y Serena no se cansaba de mirar a los obreros que se movían con el soplete, asegurando y bruñendo nuevos tramos de vía. Una gigantesca madeja de hilo de cobre resplandecía lóbregamente, y entre chirridos iba desenrollando con parsimonia tramos de hilo que se tragaba el subsuelo.

Nos despedíamos al amanecer, cada vez más temblorosos a la hora del último adiós.

Durante el día me asaltan los remordimientos.

Los momentos de pereza casi dolorosa se alternan con otros en que siento que podría y quizá debería atreverme a hacer no sé qué gestos. A veces temo que me miren como si estuviera sucio o loco, y a veces me irritan los transeúntes que se tropiezan conmigo sin darse cuenta siquiera.

Cada vez que salgo a dar una vuelta me siento culpable por no

estar como de costumbre en mi mesa de la oficina, frente a Mo e Iris. Me molesta entrar y salir de los bares o del cine y verme con un periódico en la mano a horas intempestivas. Me irrita mi exceso de prudencia, mi falta de imaginación, mi apego a la rutina, aunque en el fondo sé que estoy enfermo de remordimientos. Para tranquilizarme, no he tenido más remedio que llamar a Mo al menos dos veces por día, para que me contara qué novedades había en el despacho.

Si pienso en Anna, aumentan el malestar y la desazón. Ayer por la tarde vino a verme. Estaba que echaba humo, y pensé que lo mejor era poner cara de enfermo y quejarme para evitar discusiones. Entonces se calmó un poco y casi me perdonó que no acudiera a nuestras citas vespertinas. Mientras se desnudaba volví la cabeza hacia la pared para no verla. Se metió tranquilamente en la cama, rozándome las piernas con sus pies helados. Ya no podía soportarla, y sin embargo recuerdo que pensé: voy a dejarla embarazada y sanseacabó.

Ese ha sido mi último pensamiento cobarde. Desde aquel momento, en cuanto Anna se ha ido de casa, he comprendido que la decisión está tomada.

Me costará sobreponerme a los remordimientos y las discusiones. No sé cómo sucederá ni cuándo, no sé a qué tendré que enfrentarme y qué tendré que aguantar; puede ser que me vea obligado a sortear ciertos obstáculos en el trabajo y en otros asuntos, pero he tomado una decisión. Me casaré con Serena. No importan la diferencia de edad ni su condición, al contrario: aunque me asustan, también constituyen un extraño aliciente. Me siento pletórico, estoy decidido. Me siento seguro.

Hoy ha llegado la primera carta de Mondovì. La caligrafía es tosca y abarca el sobre entero con sus grandes caracteres y largos subrayados. Serena ya ha escrito dos veces a su madre.

Mientras caminaba hacia la parada del tranvía, pensaba: cuando uno es feliz, cualquier cosa sirve para que lo sea todavía más, incluso el frío, incluso esta carta en el bolsillo (al recibirla me moría de ganas de abrirla y leerla, y he tenido que esforzarme para no

ceder a tan mezquina tentación).

Ya en la parada, hemos dejado pasar dos tranvías. Había niebla y de la colina descendían rachas de aguanieve. Sin movernos, nos dábamos cuenta de que, a nuestras espaldas, un hombre paseaba de un lado a otro del andén. Tosía y hundía la nariz en las solapas del abrigo, llegaba al límite del andén y volvía sobre sus pasos.

—Tengo una carta —logré decirle a Serena en un momento en que el hombre se había alejado.

Ella no contestó ni volvió la cabeza.

Llegó el tranvía, y mientras ponía el pie en el estribo, Serena esbozó una sonrisa jovial mirando en derredor.

Eso me sació para todo el recorrido. Miraba por la ventanilla, y el río, la plaza y luego las calles oscuras e infinitas como pasadizos subterráneos salían gozosamente a mi encuentro.

Estuve una hora dando vueltas antes de subir al rellano.

Resguardados bajo una carpa impermeable, un grupo de obreros comía en silencio, entre los rieles arrancados, calentándose las manos y las fiambreras de aluminio en unas fogatas encendidas con alquitrán. Yo tenía una mano en el bolsillo y me reconfortaba tocar la carta dirigida a Serena.

Cuando subí, ella ya estaba en la puerta.

—Antoñito —dijo al verme—, ¿te has acordado de mí? ¿Te has acordado de rezar a mediodía como me habías prometido? Dime cómo has rezado, y luego te diré cómo he rezado yo.

Mañana es víspera de Navidad. Comeré en casa de Anna e intercambiaremos los regalos de rigor.

¿Por qué el amor nos vuelve tan despiadados? Nunca me había fijado demasiado en el pelo de Anna, en su forma de vestir, y ahora, porque quiero a Serena y Serena me quiere, critico ferozmente a Anna y me dan ganas de decirle que me parecen ridículos sus sombreritos, su pelo de estopa, sus abrazos…

Cuando Anna me pide que elija entre dos películas, o cuando Mo me llama desde el despacho, es como si una dicha extraordinaria, una seguridad implacable, se apoderarán de mí: quisiera decir lo que pienso, cómo los veo, quién soy yo ahora. No sé cómo logro

contenerme, y cuando observo a Anna me doy cuenta de que todo lo que tengo, todo lo que soy, se transparenta en mis ojos, se insinúa entre una palabra y otra. Ella me mira, habla, y no comprende, no se entera de nada, cosa que, a su vez, me resulta increíble.

Domingo, 24 de diciembre

La he contemplado largo rato en un escaparate de la avenida Roma antes de entrar a comprarla: una boina escocesa de lana esponjosa, a cuadros y rayas rojas, azules y verdes, con una cinta de cuero rojo en el interior y una borla exigua que cuelga a un lado. Los demás sombreros, colocados sobre los maniquíes o en las perchas, parecían medio torcidos, a punto de caer o de salir disparados. La boina, en cambio, descansaba en su envoltorio de papel de seda en una caja redonda, apartada en un rincón entre hileras de guantes.

Entraban y salían de la tienda señoras y muchachas cargadas de paquetes navideños. Tuve que esperar un buen rato antes de que una dependienta me atendiera. Quiso probarse la boina para convencerme, ladeándola primero hacia una oreja y luego hacia la otra, entre risas.

Salí con mi paquetito de papel de seda y anduve felizmente hasta la estación, sin reparar en nada, ni en los escaparates iluminados y chillones, ni en la gente, el frío o los abetos colocados entre las columnas de los pórticos.

Cita a las ocho en un bar del centro, con Anna, Mo e Iris, para la cena de Nochebuena. La idea de organizar un cuarteto y celebrar la víspera en un restaurante había sido de Anna.

—¿Es tan gruñón con usted como con nosotros? Si es así no le arriendo la ganancia —le dijo Iris a Anna al verme entrar. El bar estaba abarrotado y Mo había ido a la barra a buscar los aperitivos.

Volvió, como de costumbre, con una sonrisa en los labios:

—Olvidaos de ir a un restaurante, no hay manera de encontrar mesa en estas fechas. Tengo una idea. ¿Por qué no compramos unos pollos asados, patatas y pastel y vamos a un local agradable que conozco? ¿Os parece? ¿Tú tampoco tienes nada que objetar? Vamos,

pues.

Media hora más tarde, apiñados en el pequeño coche de Mo, corríamos por bulevares oscuros, sosteniendo en precario equilibrio las bandejas con los pollos, los postres y los entrantes en la palma de la mano.

—Señor… —dijo Anna, riendo.

Se reía por cualquier cosa; la odiaba.

—De señor nada, llámame Francesco —dijo Mo—. ¿Verdad, Mathis, que nos autorizas a usar el nombre de pila y a tutearnos? Y no pongas esa cara, que estamos de celebración. No seas aguafiestas.

—Yo a medianoche voy a la misa de gallo —dije bruscamente.

Todos se rieron. Yo notaba la pierna de Iris contra la mía; en la penumbra, su boca se abría en una carcajada y hablaba a voces.

—¿Dónde estamos? ¿Dónde estamos? —gritó, asomándose a la ventanilla.

—Dejadme a mí —dijo Mo entre risas.

Las sombras tupidas y fugaces de los parterres desfilaban a lado y lado, y los faros del coche disipaban oleadas de niebla.

—Aquí hay compañía para todos —dijo Mo con sorna, y las mujeres se asomaron curiosas para ver a las prostitutas estacionadas en los cruces del vasto parque, entre luces y sombras.

—Si os apetece divertiros, luego le decimos a una de esas que se venga con nosotros —dijo Mo.

—No empecemos —protestó Iris, animada.

Anna echó hacia atrás la cabeza y soltó unas grandes carcajadas nerviosas.

Justo después de atravesar un túnel muy corto, Mo frenó el coche. A nuestra izquierda se veía el perfil enorme y sombrío de un submarino enterrado entre los árboles desnudos.

—Marineros de Italia —explicó Mo—. El gerente es amigo mío, tiene buen vino y nos deja un reservado. Podríamos invitarle a una copa, si os parece. Es un sitio tranquilo, y si tenemos calor siempre podemos sentarnos en las barcas…

Las mujeres se reían, taconeando en el asfalto.

—Eso cuando ya no nos quede ni una gota de vino —precisó Mo.

Cruzamos la valla. Un charco de luz rompía las tinieblas del parque. De un chamizo de madera de dos pisos salió un hombre bajito y rechoncho.

Nos estrechó la mano a todos.

—No se equivoque, son chicas decentes —le advirtió Mo, riéndose.

—Entendido, entendido —asintió el hombre con aire pícaro. Se puso en marcha para abrirnos camino.

—Cuidado con la escalerilla de madera. Especialmente las señoras, no vayan a torcerse un tobillo. En cierta ocasión una quiso correr demasiado y tuvo que quedarse aquí un mes. Ni siquiera tenía seguridad social.

Anna e Iris se retorcían de risa y Mo seguía al hombre poniéndole una mano en el hombro.

Desde lo alto de la escalerilla se veía el río, brumoso y negro, más allá de la estrecha ribera y la hilera de árboles.

—Ahí están las barcas —prosiguió el hombre—. Si las usan, hagan luego el favor de decirme cuáles tienen el casco agujereado.

—Qué simpático —dijeron las mujeres.

Habíamos entrado en un cuarto revestido de madera, frío, lleno de mesitas desiertas y amontonadas.

—Enseguida enciendo las estufas eléctricas —dijo el hombre, y antes de desaparecer volteó dos mesas y las colocó una al lado de la otra.

—Voy a traer el mantel y todo lo demás —gritó cuando ya estaba fuera.

—Vamos a estar de lujo. En cuanto entremos en calor, estaremos de lujo —dijo Mo.

Se había puesto manos a la obra, procurando que todo estuviera listo cuanto antes. En un abrir y cerrar de ojos los pollos, los entrantes, las patatas y las anguilas marinadas estuvieron dispuestos en las mesas, encima de un mantel de papel. Las estufas eléctricas enrojecían rápidamente.

—El vino —gritó Mo, y el hombre reapareció llevando en alto las botellas descorchadas al son de un «marchando».

—Tómate una copa con nosotros —lo apremió Mo.

El otro se hacía de rogar.

—Ya no bebo, tengo hinchazón de estómago. ¿No ves que parece que esté preñado? Toca, toca. Bueno, venga, una copa a vuestra salud. Pero antes voy a bajar a cerrar la verja. Esta noche, nada de marineros en el local.

—¿Y el submarino? ¿Qué hay en el submarino? —gritó Iris.

—Pollos y conejos, señora. Si quiere, luego se los muestro —contestó serio el hombre.

Iris y Anna tosían y comían, con un brillo incipiente en los ojos. El vino, espeso y negro, espumeaba en las copas, dejando en el borde una orla violácea.

—¿Os sabéis el chiste de los dos recién casados…? —prosiguió Mo.

Me levanté para ir a buscar tabaco en el abrigo. Palpé el bolsillo interior para deleitarme con el leve crujido del papel de seda que envolvía la boina. La cabeza me daba vueltas; había bebido demasiado.

—Ven a sentarte. ¿Qué narices haces ahí? —gritó Mo.

—Déjalo, ya volverá cuando se le pase la morriña—se mofó Iris.

Desplazado por las estufas eléctricas, el frío se reagrupaba, punzante, en los demás rincones de la estancia. Un viento nocturno había disipado la niebla, y a través de los cristales el río aparecía liso como una plancha de hierro pulido.

—¿Alguien sabe tocar? Abajo tengo un acordeón. ¿Alguien toca? —gritó el hombre—. ¿Qué le pasa a vuestro amigo? ¿Está indispuesto? Este vino nunca le ha sentado mal a nadie.

—Está triste —dijó Mo riendo.

—Cántenos algo usted, cantemos todos —gritó Anna.

Los oía como si estuvieran muy lejos, y tanto ellos como la cena y las risas me daban náuseas. El reloj marcaba las once y media.

—Ven cuando quieras, no te preocupes. Aquí tienes la llave del portal —me había dicho Serena—. No te apures, aquí te espero.

Yo tenía la llave entre los dedos, en el bolsillo, y la movía entre las yemas para darme ánimos.

—Vayamos fuera.

—Las barcas no —dijo el hombre, preocupado, dejando la canción

a medias.

—Solo una vuelta, solo una —insistió Mo.

—Escúchame bien —replicó el otro, bajando la voz y llevándose a Mo a un aparte, pero este se zafó sin dejar de reír.

—¡Eh, chicas! —gritó—. ¿Sabéis qué quiere el amigo? Me ha preguntado con cuál de las dos podría pasar un buen rato…

—Deja ya de decir tonterías, me pones en evidencia. No le hagáis caso, está borracho… —protestó el hombre, preocupado, corriendo al encuentro de Iris y Anna con los brazos abiertos.

—No te comerás un rosco —le dijo Iris, riéndose en su cara y agitando los dedos en forma de abanico delante de la nariz.

—Claro que no, claro que no —se excusó el hombre—. Es Francesco quien está borracho. Figuraos si yo…

Bajamos por la escalerilla; las mujeres cantaban, abrazadas.

La hierba de la orilla estaba helada y crujía bajo nuestros pasos, y las barcas apenas se mecían en la superficie del agua.

El hombre y Mo, en camisa y con las mangas arremangadas por encima de los codos, examinaban las barcas mientras las mujeres fumaban. Luego Iris alargó el brazo, atrayéndome hacia ella, y Anna también se aproximó desde el otro lado, sin mirarme. Las oía respirar y fumar muy cerca de mí, y la mano que Iris me había pasado bajo el brazo me dio un leve apretón. Di un paso adelante para liberarme.

—No hay una lo bastante grande para que quepáis todos —explicó el hombre—. Vale más dejarlo, no quiero líos.

Mo subió a la orilla de nuevo.

—Dame mil liras —me dijo en voz baja, alargando la mano—. Si no este no dará su brazo a torcer, lo conozco.

—Te las doy, pero estamos haciendo el tonto.

—No seas aguafiestas. A las chicas les apetece dar una vuelta en barca, ¿vale? Vamos hasta el puente y luego volvemos. Anda, no te hagas el remolón.

Volvió a bajar a saltos.

—Venid —gritó el hombre—. Démonos prisa y acabemos de una vez. Vosotros dos os subís a la más pequeña, la otra la llevaré yo.

Me senté al lado de Iris y el hombre se puso a remar. Detrás venía

la camisa blanca de Mo, y los gritos nerviosos de Anna nos amenazaban.

Siguiendo la corriente, nos deslizamos suavemente por el agua manchada de alquitrán, que fluía rápidamente entre repentinos destellos que reflejaban las farolas del gran parque. Por los puentes lejanos pasaban sin ruido tranvías diminutos. El hombre, sentado delante de nosotros, remaba despacio y con ademán serio, respirando a pleno pulmón y vigilando atentamente a Mo, que nos había alcanzado y remaba a nuestra altura. La mano de Iris descansaba en mi rodilla.

—No quieres —susurró—, no te gusto.

Más que una pregunta, era casi una protesta, un lamento. No solté prenda. La mano se cerró y empezó a pellizcarme con insistencia. Seguí sin moverme, terco.

—Idiota —susurró la voz.

Nos deslizábamos suavemente hacia el puente, y el hombre desvió la barca hacia la orilla, sin esfuerzo.

—Estoy sudando —comentó en voz baja.

Mo también debía de estar cansado, porque lo siguió sin protestar.

Nos apeamos en la orilla. Mo ofreció cigarrillos y respiró con la boca abierta.

—A mis cincuenta años, aún me defiendo —dijo, contento.

Las chicas se habían sentado en cuclillas en la hierba helada, resoplando y riéndose.

—Ahí va —exclamó Mo con aire triunfante mientras sacaba una petaca de coñac del bolsillo del pantalón.

—Dame, dame —gritaron todos.

El último en beber fue el hombre de las barcas. Dio un trago largo, estremeciéndose, y se dejó caer sobre la hierba con un suspiro.

—Ya no puedo más de tanta fiesta —dijo.

Estaban cansados y fumaron un rato en silencio. Yo también me había tendido sobre la hierba, hecho un ovillo para resguardarme del frío.

Un grito muy agudo nos paralizó a todos. Provenía del puente alto, a unos cincuenta metros a nuestra izquierda.

—Alguien que se ha cansado de vivir —observó el hombre de las barcas, que se había incorporado súbitamente.

Cabezas y brazos se agitaban tras el pretil del puente, y un tranvía hizo sonar su campanilla un buen rato antes de detenerse. Las luces iluminaban unas siluetas negras y vociferantes.

—Dónde…

—Allá…

—¿Un hombre?

Los gritos rasgaban el aire gélido.

Nosotros también escudriñábamos el agua oscura y compacta.

—Aquí voy a hacerme con la medalla de plata. ¿Quién se viene conmigo? —se afanó el hombre de las barcas, precipitándose hacia la orilla.

—Yo, yo… —gritaron los demás.

—No más de dos —contestó él, ya en la barca. Anna y Mo se unieron a él e Iris regresó.

Los seguimos con la vista hasta que se los hubo tragado la oscuridad del río.

Desde el puente las voces caían espesas y desordenadas, y unos destellos de luz repentinos llovían aquí y allá. La campanilla del tranvía había vuelto a sonar, pidiendo paso. En el grupo de cabezas más nutrido se observaba un hormigueo nervioso, y de pronto un haz de luz descendió fulminante sobre el agua. Habían subido una motocicleta al pretil del puente, y el faro empezó a rejonear histéricamente la superficie del agua, que se encrespaba estremeciéndose al contacto de aquel rayo blanco.

—Más allá…

—¿Dónde...?

Oíamos gritos, el ruido del motor saturaba el aire y un haz de brazos sostenía y movía la motocicleta rugiente. Iris estaba a mi lado, callada y temblorosa. El rayo de luz golpeó de lleno la barca y se vio a Mo de pie, con la camisa blanca que pareció iluminarse.

—A ver si movéis el cacharro ese…

Era la voz del hombre de Marineros de Italia.

—Moved esa luz, deprisa.

Era la voz de Mo.

El rayo rejoneaba el río con frenesí, revelando el agua negra y densa. La luz volvió a enmarcar a Mo y Anna, que desaparecieron de pronto en la masa oscura de la noche. En el puente el estrépito aumentaba y disminuía entre los irritados campanillazos del tranvía. Una sirena anunció su llegada en la distancia, más allá del parque.

—Los bomberos, ya era hora…

—¿Qué hay? ¿Qué ha pasado? —dijo una voz detrás de nosotros. Era una chica ajada y reteñida, surgida de la oscuridad de los setos.

—Alguien se ha tirado del puente —contestó Iris.

—¿Hombre o mujer? —preguntó la otra.

—Vete a saber.

La chica se quedó un instante escudriñando el agua mientras fumaba, y luego volvió a meterse en su oscura guarida.

—No entiendo por qué hay tantos suicidas —comentó Iris— Y justo en Nochebuena. Será un loco.

Ahora se lo digo, ya no puedo más, pensé, lo suelto todo, todo.

—Me he enamorado —dije en voz alta.

—Mira qué bien —replicó ella con una risita nerviosa, sin mirarme —. Y no va a ser de Anna, desde luego. Eres un cretino.

—¿Qué?

—Cretino. Apuesto a que te has enamorado de una chiquilla que te las va a hacer pasar canutas. Y bien merecido lo tienes, como todos los hombres. No me das ninguna pena.

Aplastó la colilla con el pie en un gesto de rabia.

—Ninguna pena —insistió en voz baja—. Sinvergüenzas.

—¿Por qué la tomas conmigo? ¿Qué te he hecho?

Se rio, se volvió para mirarme, y me sorprendió desagradablemente su rostro largo y cansado, rasgado por el carmín.

—Pobrecito mío, pobre criatura. Tú a mí no me has hecho nada, nada en absoluto. Lo que pasa es que estoy hasta el moño de los hombres. Cuando ya no saben con qué entretenerse se enamoran y se creen con derecho a hacer y pretender lo que les venga en gana. Y no me cuentes tu historia, te lo ruego. No quiero saber nada.

—Quería…

—Nada. Calla, y que cada palo aguante su vela.

Volvimos a escudriñar la fosa plomiza del río. En el puente había cesado la algarabía y todo el mundo seguía atentamente las maniobras de los bomberos que exploraban las arcadas lanzando largos rayos de luz neblinosa con las antorchas en la mano. Los rayos cruzados fulminaron por un instante la barca en la que iban Anna y Mo. El hombre de Marineros de Italia ya había renunciado a la búsqueda y remaba hacia la orilla.

—Vuelven —dije.

—Sí —asintió Iris—. Y si aún no te has vuelto del todo imbécil, intenta no aguar la fiesta. Con un muerto tenemos de sobra.

—Vete al diablo —exclamé rebelándome—. ¿Tanto te cuesta entender que he cambiado, que soy otro? Me trae sin cuidado la fiesta, tu enfado y todos vosotros.

—Vale, vale —se rio, inesperadamente conciliadora—, pero disimula un poco y no me des sermones, por favor.

Mo y Anna ya subían desde la orilla, fatigados.

En el puente, el tranvía había reanudado la marcha, tras el pretil aún se movían algunas cabezas, y la moto había desaparecido. Los bomberos sondeaban con las luces el oscuro pozo entre las arcadas, lanzando roncos reclamos, pero ya se habían resignado todos.

—Lo encontrarán mañana en la presa —dijo el hombre de las barcas—. Y nosotros, si hay suerte, nos libraremos con una simple pulmonía.

Acto seguido se enojó.

—¿Por qué no se suicidan con gas? Vienen aquí, los muy cretinos, convierten el Po en un lugar funesto, y quien paga el pato somos nosotros y nuestras barcas. ¿Queda algo de coñac, compañeros? Estoy helado.

—No me suicidaría ni por todo el oro del mundo —comentó Anna con voz hueca.

—Yo tampoco. Y no me faltan razones —dijo Iris riéndose por lo bajo.

—Es difícil que se tiren las mujeres. Pocas lo hacen, muy pocas —constató el hombre de las barcas, tiritando.

Anna también se estremeció, pero no se me acercó. Me daba pena, pues sentía que la rabia y el hastío la mantenían alejada de

mí, quizá dolorosamente, pero no conseguí dar ningún paso para consolarla de algún modo.

El río estaba otra vez en silencio y el olor de la niebla ascendía desde las aguas negras, intenso y agradable.

Mo fumaba mirando al suelo, callado.

—¿Volvemos? —propuso el hombre.

Pese a remar contra la corriente, llegamos rápido. Anna se había subido a la barca conmigo, pero no cruzamos ni una palabra. El hombre remaba con fuerza y a Mo, que iba detrás, le costaba seguirlo.

Solo cuando estuvimos otra vez en la sala de los Marineros la gente se animó a hablar. El hombre había traído botellas de licor, había puesto la radio y dado con una emisora que pasaba música de baile. Estábamos sentados alrededor de la mesa y todos tomaban a buen ritmo copitas de doble kümmel. Al rato, Iris y Anna se levantaron a bailar.

—¡Ánimo con esos meneos! ¡A ver esas piernas! —gritó Mo.

Y se rio. El hombre de las barcas también se rio, y las mejillas de Iris y Anna recuperaron súbitamente el color. Bailaban pegadas, separándose de vez en cuando con violencia para volver a precipitarse con fuerza la una en brazos de la otra.

—Dos mujeres juntas siempre acaban haciendo el mismo papelón… —exclamó el hombre con sorna, pegado a Mo.

Mo asentía y fumaba con los ojos vidriosos; el puro que tenía entre los dientes le impedía soltar una carcajada. Volvió a llenar las copitas con otro licor.

—Lástima que nadie sepa tocar el acordeón —comentó el hombre.

—Yo me largo —dije.

—Con esa cara que traes, más vale que te largues —farfulló Mo sin mirarme.

Me levanté y me puse el abrigo; Anna me miró sin dejar de bailar.

—¿Te vas? —preguntó mientras daba vueltas sobre sí misma.

Cuando llegué a la puerta, sentí que corría tras de mí.

—¿De veras te largas? —me dijo, riéndose en mi cara.

—Me dais asco —dije.

Me sentía congestionado, lleno de una rabia impotente.

—Anda y que te dé un rato el aire, no seas idiota —contestó ella, cerrando la boca con una mueca.

—No estoy borracho. Tú, todos vosotros lo estáis, y me dais asco —dije.

—¿Sabes lo que te digo? Vete al infierno.

La música borboteaba a través de la radio y los dos hombres acompañaban el ritmo con cantos y alaridos que sustituían la letra. Las mujeres habían reanudado el baile y Anna hablaba nerviosa con Iris, que me lanzó una mirada compasiva.

Salí. La noche resplandecía, con la niebla desplegada como un velo sobre la hierba y el Po. Los árboles asomaban ligeros desde la lámina húmeda y ondulante del vaho y las estrellas diminutas aparecían en lo alto, sobre la colina, al otro lado del río.

—¡Oye! —Era la voz de Mo.

Me alcanzó al pie de la escalera.

—¿De veras piensas irte? ¿Estás loco? Nunca has sido muy sociable, pero esta vez exageras. ¿Qué hago yo con esas dos? Venga, anímate.

—No —dije—. Ya no aguanto más. Acompáñalas a casa o al tranvía. Que se las arreglen.

—Pero Anna… ¿Qué hago con Anna?

—Que se las arregle ella también.

Mo me miraba estupefacto, con los ojos hinchados de alcohol. Algunos pelos negros y canos le asomaban por la camisa medio desabrochada.

—¿Y la cuenta? El hombre ese no nos ha tenido aquí a pan y cuchillo.

—¿Cuánto va a ser?

Mo se encogió de hombros.

—Dos mil, qué sé yo…

—Aquí las tienes —dije, hurgando rápidamente en el bolsillo—. Pero déjame irme. Yo arriba no vuelvo ni muerto.

—Como amigo el que das asco eres tú—farfulló Mo, embolsándose el dinero.

—Ten paciencia…

—¿Paciencia? ¿Me dejas aquí tirado con esas dos y quieres que

tenga paciencia? No quiero faltarte al respeto, pero ni siquiera voy a poder beneficiármelas. En lugar de eso tendré que acompañarlas a casa y portarme como un caballero.

—Haz lo que quieras, a mí tanto me da.

—Pues gracias, muchísimas gracias —replicó Mo, ofendido pero resignado al fin.

Le puse una mano en el hombro, sintiéndome culpable.

—Oye —le dije—, estoy enamorado de otra. Ya no puedo con esas dos. Quiero estar solo, que me dé el aire. De hombre a hombre, me entiendes, ¿verdad?

Me miraba con los ojos hinchados y húmedos.

—Ah, en esas estamos… —farfulló—. Vaya lío. Y la nueva…

—Es una monja —dije súbitamente.

Siguió mirándome.

—Eso, una monja —dije.

—Vas a meterte en un lío —dijo él en voz baja, entornando los ojos—. Vas a arruinarte la vida.

—Me caso, quiero casarme con ella —El valor acudía tras las palabras, crecía a su sombra.

—Te has vuelto loco, seguro —murmuró él, apartando la mirada —. Estás loco de remate.

Se liberó de la mano que yo le había puesto en el hombro.

—Escúchame bien: tú a mí no me has dicho nada, ¿entendido? No quiero saber nada de tus líos. Haz lo que te venga en gana, pero no pretendas que te ayude.

—Estás borracho —dije.

—Estaré borracho, pero veo claro. ¿Quieres buscarte la ruina? Allá tú, pero lejos de mí. Estate tranquilo, de ahora en adelante, pocas palabras cruzaré contigo en el despacho. Si estás loco, vete con los locos. Después de todo tampoco es que seamos amigos desde hace veinte años.

Giró sobre sus talones.

—Ahora voy a acompañar a esas dos a casa, y así podré ir diciendo por ahí que he pasado una Navidad espléndida… —masculló mientras subía de nuevo la escalera.

Yo sentía crujir el papel de seda en el bolsillo a cada paso, y el

ruido leve y seco y las palabras dichas a Mo me exaltaban como una ligera ola de embriaguez.

En los bulevares del gran parque había coches aparcados con las luces de posición encendidas y las ruedas medio hundidas en una capa de niebla vaporosa y rasante.

Tenía por delante un largo trecho para encontrarme con Serena y me parecía caminar como empujado por una fuerza ajena, pues las piernas a duras penas me sostenían. Estaba cansado, y a la súbita excitación había sucedido de pronto el desánimo, una duda vaga pero dilatada que se propagaba por doquier.

¿En qué lío me he metido?, pensaba. ¿Cómo acabará todo esto? ¿Por qué me siento tan débil en cuanto me alejo de ella?

Necesité un minuto largo para creerme que había llegado tan rápidamente al portal de Serena. Abrí con precaución y subí las escaleras sintiendo el martilleo de mis sienes.

Ahí estaba, sentada tras la rendija de la puerta, con las manos unidas sobre el pecho. Arrojé el abrigo encima de la barandilla.

—Discúlpame, discúlpame —se me escaparon las palabras—. Soy un gusano, un cero a la izquierda. Te necesito, no soy nadie sin ti. Dime que todo es cierto, te lo ruego. No soy tan fuerte como crees, soy un pobre desgraciado…

—Cálmate, cálmate…

—No, no, déjame hablar. Nunca me atrevo a hablar. No me pidas que me calme. Tú me ves fuerte, como un hombre hecho y derecho. Pero la verdad es que no soy ni de lejos quien creéis que soy. No, no soy lo que aparento. Siempre tengo miedo y siempre me escondo, soy un cobarde de tomo y lomo. Tú crees que puedes apoyarte en mí, cuando en realidad soy yo quien necesita tu ayuda… Voy a morir, voy a morir…

Me miraba. Había escondido las manos.

—¿Quieres que muramos juntos? —dijo.

Me quedé callado, jadeante.

—Entonces cálmate. Te traigo la silla.

Cuando estuvimos los dos sentados, me entregó la carta para su padre. Como siempre, iba abierta. Pasé la lengua por el sobre y lo cerré antes de guardarlo en el bolsillo.

—Antoñito, yo te hacía un hombre fuerte.

Agaché la cabeza, negando con un gesto.

—Tienes que serlo, de lo contrario no lo conseguiremos. No me hagas desesperar.

—Perdóname… —acerté a decir.

—Basta ya de numeritos, sé bueno y no me desesperes.

—No puedo, no puedo…

—¿Qué? ¿No puedes qué?

Yo ya no sabía cómo contestarle.

—No desesperes, no te angusties así, no me crucifiques —susurró ella dulcemente.

Había apoyado la frente en la puerta. Me miraba y hablaba en voz baja, y yo sentía su aliento como un leve silbido.

—Antoñito mío —volvió a decir.

—Verás —proseguí—. Yo nunca me he enterado de nada y no sabía que era tan débil. Todo me asusta. Y eso que tengo cuarenta años, ¿comprendes? Es horrible sentirse así. No sé qué hacer…

—Te he metido en un buen lío, Antoñito…

—No es culpa tuya.

—Sí lo es. Antes de conocerme vivías bien. Estabas tranquilo. Por eso tengo la culpa, y eso sí que es pecado. Lo es.

Me asusté. Alcé los ojos y la miré. Ella sonreía, y sus pómulos eran tan pálidos que parecían transparentes.

—Jamás vuelvas a decir eso —protesté—. Lo que pasa es que todo ha ido muy rápido. Ya no soy joven, tengo que acostumbrarme. Si eres buena no te resultará difícil comprenderlo.

—Lo comprendo.

—No es que vaya a necesitar mucho tiempo, pero algo sí. Toda mi vida está cambiando, ha cambiado. Tengo que acostumbrarme.

—Lo comprendo, lo comprendo.

—Me siento como si estuviera preso, como un prisionero que tiene que pensar a largo plazo para salvarse. No soy un chiquillo que vive al día.

—Sí, Antoñito. Lo he entendido.

—Entonces, cálmate y no desesperes tú también. Si desesperas ya no podrás estar a mi lado ni ayudarme.

—Sí, Antoñito. Perdóname.

—No hables así.

—Dime que me perdonas. Dilo.

—Las cosas no van por ahí. No es justo…

—Dime: Te perdono.

—Está bien. Te perdono —murmuré.

Ella sonrió.

—No basta con nacer —añadió luego, muy flojito—. Hay que poner algo de nuestra parte.

Respiramos en silencio, sin mirarnos. De la calle ascendía una algarabía de cantos de borracho.

Yo no me atrevía a sacar el envoltorio de papel de seda.

—Mañana es Navidad. ¿Irás a misa?

Asentí.

—Antes, en nuestra capilla, se celebraban misas abiertas al público. Este año no. Habrías venido, ¿verdad?

No contesté, me avergonzaba mi comportamiento.

—No desesperes —volvió a decir.

—Cuando estoy contigo nunca desespero. Ya no puedo estar ni un minuto sin ti.

—No te espantes, Antoñito. Estoy aquí. No eres fuerte, lo sé, pero no desesperes por eso.

Sentía mi propio sonrojo, y sin embargo se apoderaba de mí una gran calma, una gran paz.

—Me das mucha paz —le confesé.

—Lo sé —contestó seria—. Pero tú procura no volver a tener miedo nunca más. Nunca más. No puede ser.

—Me infundes mucho valor.

Meneó la cabeza.

—No debería infundírtelo yo. Al menos por ahora. Tienes que ser fuerte por ti mismo. Yo estoy dispuesta, aquí, esperándote.

—Lo sé, lo sé… —murmuré.

—¿Y eso no te da valor?

—Sí, y también me espanta —logré decir.

La sentí respirar, pero al alzar la vista para mirarla su leve sonrisa me acogió y supe que me había comprendido.

—Tu regalo —le dije, contento.

Se lo puse en las manos y ella lo cogió; se le había esfumado la sonrisa.

—¿No estás contenta?

—Sí, pero ahora vete. Estás cansado. Vete a dormir y no pienses más.

—Pensaré en ti, ya sabes que siempre pienso en ti. Lo haría aunque no quisiera.

Sonrió con los ojos cerrados. Tenía el paquete en las manos, sonreía y no me miraba. Cuando volvió a abrir los ojos, su mirada era firme y distante.

—Vete —repitió sin levantarse, sin mirarme—. Ve a casa y duerme. Y acuérdate de ir a misa mañana, que es fiesta de guardar.

—Serena…

—Que Dios te bendiga.

Me forcé a recoger el abrigo de la barandilla y bajé dos o tres peldaños; tenía la cabeza vacía y esperaba que ella volviera a llamarme.

—Es la primera vez que me voy tan temprano —dije dándome la vuelta.

Sonrió desde arriba, de pie tras la rendija de la puerta. El papel de seda destacaba contra el paño negro de sus hábitos.

—Es la primera vez —repetí, lamentándome.

—Estás cansado —susurró a lo lejos.

—Estoy cansado, pero me harías feliz si me pidieras que me quedara —logré decir.

Meneó la cabeza con aquella sonrisa interminable.

—No, sé que te conviene dormir, descansar. Vete, no hagas que me arrepienta.

—Hasta mañana —dije.

Ella asintió con la cabeza y la rendija se cerró un poco. Entonces retrocedí unos peldaños, casi dispuesto a imponerme, a subir de un brinco y reanudar la conversación, como me pedía el cuerpo. Sin embargo, repetí:

—Hasta mañana.

Ella me miraba en silencio y la rendija fue estrechándose

imperceptiblemente hasta cerrarse del todo.

Lunes, 25 de diciembre

Navidad sin nieve, con ráfagas de viento gélido que hacen chirriar las puertas.

A las diez de la mañana me ha despertado Anna. Colgué el teléfono en cuanto oí su voz. Volvió a llamar y colgué otra vez. A la tercera llamada, hacia las doce del mediodía, ni contesté. Me siento ya definitivamente separado de ella, y no tengo remordimiento alguno. No habrá más remedio que contárselo, por un prurito de honestidad, pero la certeza de que lo haré no me entristece.

No sé en qué me estoy convirtiendo, pero sé que quiero comprender, vivir. Si Serena estuviera aquí, este día sería completamente distinto; al mirar por la ventana, incluso el patio vacío del cuartel, el trozo de calle gris, el dorso de las casas que remontan la colina, se tornarían más comprensibles, menos ajenos. Empiezo a hacerme cargo de la cantidad de tiempo que he perdido, de cuántas cosas le faltan a un hombre, y no siempre por culpa suya, y de lo que valen la verdadera compañía, el afecto y la confianza. Palabras e incluso sentimientos que antaño me parecían lógicos y evidentes, y que ahora siento como algo difícil, que debe ser conquistado. Así pues, también la inquietud que se insinúa en mi felicidad me hace mejor, me ayuda a comprender y a obligarme a comprender más.

He dado una vuelta alrededor del convento, esperando oír el rumor de la misa, pero luego me he dado cuenta de que ya era tarde. ¿Habrán comido algo especial para celebrar la Navidad? En el mesón, solo y encantado de estarlo, he almorzado en un rincón, rodeado de grupos de personas llegadas del campo.

Luego he caminando por las calles que el invierno y las primeras horas de la tarde habían vaciado, volviéndolas lúgubres. Los

gorriones daban saltitos sobre el asfalto y las estatuas ecuestres de las plazas mostraban príncipes y caballos con los codos, los hombros, los sables, las grupas y las colas corroídos y verduzcos. Me sentía feliz y poseído por un deseo infinito de que llegara el verano. De pronto he recordado el aroma a tilo que desprenden algunos rincones y bulevares de la ciudad a mediados de junio. Es un olor que siempre me ha dado jaqueca, pero hoy su recuerdo llegaba a exaltarme. ¿Cómo seré, cómo seremos el próximo verano?

Pienso en el bar de la vieja plaza, al que solía ir por la tarde en años recientes. Unos farolillos de forma rectangular, verdes e inmóviles, alumbran las mesas y los sillones de mimbre, y justo enfrente se yergue la fachada curvilínea del palacio donde nació Víctor Manuel II, con su muro violáceo y cálido. Antes de ponerse el sol, los vencejos vuelan en bandadas entre el palacio y el teatro de enfrente, descendiendo y deslizándose a un ritmo vertiginoso para desaparecer de improviso en cuanto el cielo se oscurece. Alrededor, la ciudad zumba aturdida, y en las mesas se sientan parejas de novios que hablan de muebles ante un helado, o viejos cónyuges que se reparten el periódico de la tarde. Cuán lejos me siento siempre de todo, desde que soy distinto, desde que ya no me reconozco. ¿Podré tener un verano apacible?

A las siete, en la parada, esperé un buen rato. Dos, cinco tranvías: ni rastro de ella. Ya sé que es Navidad, pero estábamos citados.

Quizá ha tenido que cumplir con alguna obligación imprevista en el convento o ha tenido que ir a casa del abogado antes de hora, sin tiempo para avisarme. Ya no tengo la llave del portal y no he podido ir a buscarla.

A las nueve he vuelto a casa y de pronto me han embargado una tristeza y una irritación que no venían a cuento. Ya en la cama, he permanecido a la espera de una imposible llamada telefónica.

Hemos sido poco precavidos: si le pasa algo, si, por ejemplo, el abogado muere, no tenemos medio de comunicarnos ni de volver a vernos. Hemos hecho mal en no organizarnos, y la culpa es mía. Como hombre que soy, debí haberme preocupado más del futuro inmediato.

Martes, 26 de diciembre

La he esperado hasta las nueve, pero no ha venido.

No me había puesto la bufanda, pues quería abrigarme menos para dármelas de joven elegante. El frío de la tarde me ha aguijoneado un buen rato en la avenida, que la niebla recorría en ráfagas amenazantes.

He paseado arriba y abajo, primero en el andén, luego en la acera, con la esperanza de verla aparecer por la esquina, dispuesto a cruzar rápidamente la calle, alcanzarla y colocarme a su lado. Pasaban los cuartos de hora y la avenida estaba cada vez más desierta, el frío aliento de las aguas del Po se extendía y la niebla había teñido de violeta el letrero del único bar.

No lo comprendo, trato de imaginar miles de razones, pero no encuentro ninguna respuesta lógica. ¿Qué puedo hacer?

Me siento exhausto, y un estúpido pudor me impide llamar a casa del abogado. He anotado el número de teléfono en un trozo de papel; lo miro y vuelvo a mirarlo, sumo las cifras y no consigo vencer este malestar infantil. A fin de cuentas, si el abogado no ha muerto, alguien deberá contestar, alguien tiene que haber en aquella bendita casa.

Me asalta un miedo extraño: temo no volver a verla, que haya puesto pies en polvorosa, que algo o alguien lo haya cambiado todo. Caigo en la cuenta de que no sé casi nada de ella, de su vida. Hemos hablado mucho y no hemos llegado a contarnos las cosas más necesarias, más comunes.

Intuyo que, si se tratara de contratiempos de poca monta, ella se las habría arreglado para dar señales de vida. Sabe muy bien lo que se hace, es inteligente y me quiere demasiado. ¿Entonces? ¿Qué está pasando?

Miércoles, 27 de diciembre

Por la mañana estuve largo rato dando vueltas alrededor del convento. A mediodía se acercaron algunos pobres, e incluso alguna madre de familia decente, con los niños en una mano y la olla para la sopa en la otra. El portal estaba apenas entreabierto, y esas pobres gentes iban saliendo por la rendija apresuradamente, uno por uno.

Traté de llamar al abogado F. Conti. El teléfono sonaba siniestramente, una y otra vez, y yo permanecía a la espera, sudando. Al cabo de quince minutos o media hora volví a intentarlo, pese a saber que, si el timbre hubiese cesado de golpe para dar paso a una voz, me habría quedado mudo de vergüenza, incapaz de pronunciar una sola palabra. Renuncié a seguir intentándolo, pues el sonido martilleante que llegaba del otro extremo me aterrorizaba. Sin embargo, no es posible que todo deba desarrollarse así, sin tentativa alguna por su parte. Me conoce bien, sabe que no puedo hacer nada: ¿por qué no me busca? A las cuatro volví corriendo a casa, esperando encontrar una nota, una carta. Nada.

A las siete volví a esperarla en la avenida. Los tranvías se sucedían, escasos y desiertos, y los copos de nieve arrastrados por el viento se arremolinaban sin tocar el suelo.

Luego la vi atravesar la avenida casi corriendo. Se dirigía hacia la parada, encorvada para resguardarse del viento y recogiéndose los hábitos a fin de que el aire no los hinchara.

Con el corazón a punto de estallar, alcancé yo también la parada. No era ella.

Se subió al primer tranvía y yo hice otro tanto. Eran pasadas las ocho.

La sospecha envenenaba cada minuto y cada metro del recorrido,

y cuando la vi apearse y, siguiéndola, la vi entrar en el portal del abogado, me quedé en la calle, sin fuerzas ya para moverme, alcanzarla o volver sobre mis pasos.

O la han pillado o lo ha confesado todo. No cabe otra explicación. Puede que haya confesado, presa de la desesperación, y quién sabe dónde estará ahora y cómo la interrogan. Pero si estaba tan desesperada, ¿por qué no me ha dicho nada, por qué no me lo ha dado a entender? Yo la habría ayudado, no le hubiera fallado en nada. ¿Le habrán faltado las fuerzas de repente o ha tenido miedo de que yo no logre ayudarla? Alguien vendrá a buscarme, tal vez su confesor o un cura.

Estoy en casa y espero. Sin duda alguien vendrá, o quizá me llamen del arzobispado o de alguna parroquia. Si ella no ha dado mi nombre, ellos harán sus pesquisas. Tengo claro que no me echaré atrás, y quisiera que todo ocurra lo antes posible, pero tengo miedo de atribularme, de sonrojarme, de contar demasiado, de tener que contestar y explicar no sé cuántas veces las mismas cosas.

Si ha confesado, le habrán hecho un sinfín de preguntas, y a buen seguro habrá tenido que sufrir quién sabe qué calvario.

Jueves, 28 de diciembre

Nada y nadie. Me quedé echado en la cama esperando que sonara el teléfono o el timbre de la puerta, pero fue en vano. A la hora del correo bajé, sabiendo que iba a encontrar al cartero en una esquina determinada. En efecto, caminaba con su saco a cuestas, y me saludó sin detenerse.

Apenas han pasado diez días desde la tarde en que le hablé; parece mentira. Ahora soy distinto, la vida tiene otro sentido, y siento que a Serena y a mí nos unen años enteros, mil secretos y costumbres. Pero solo han sido diez días, sin contar, ya lejanos, las semanas y los meses en que no tuvimos el valor de intercambiar siquiera un saludo.

Anna, al teléfono.

—¿Te encuentras mal? —empezó—. ¿Estás enfadado conmigo? ¿Estás de morros?

Se reía por lo bajo, tenía ganas de tomarme el pelo.

—No —dije—, pero estoy cansado.

—¿Cómo?

—Me pregunto qué nos queda ya por compartir. Yo creo que nada…

Oía el silencio en el otro extremo, el jadeo y los suspiros.

—Ah —exclamó al fin—, quieres darme plantón.

La voz parecía alegre y normal, pero yo la sentía dispuesta a golpear.

—No es eso, pero creo que ya no tenemos nada que decirnos. A estas alturas, la nuestra es una historia vieja, y es mejor dejarlo correr. ¿Tú cómo lo ves?

Pensé que podía encauzar la conversación apelando al sentido común y a la amistad.

—Es muy cómodo decirme que estás cansado ahora, después de haberme tomado el pelo durante seis años, ¿no crees?

—No te he tomado el pelo —contesté con paciencia.

—Escúchame bien: lo que te traes entre manos no me interesa, no quiero saber nada de tus líos de faldas —dijo, y la voz ahora se imponía estridente—. No quiero saber nada, pero es muy cómodo decirme que estás cansado. Ven y dímelo a la cara.

—No te pongas así, no compliques las cosas…

—¿Complicar? ¿Yo?

Ahora su voz sonaba asustada, subía de tono y se precipitaba en un orgasmo de palabrería. Yo la escuchaba procurando no arredrarme ni emocionarme, tratando además de no mostrarme demasiado tolerante a fin de no perder terreno.

—No pretenderás seguir adelante si yo no me veo con ganas… —dije.

—Me gustará ver cómo vuelves a mí llorando —gritó la voz en el otro extremo, sin escucharme ni atender a razones.

—Anna…

—Demasiado cómodo, demasiado cómodo. Crees que encontrarás a otras dispuestas a aguantarte, pobre… pobre…

—Anna, ya no me veo con ganas. Te aprecio, te tengo cariño, pero ya no tengo ganas. Tendríamos que habernos casado hace cuatro años. Ahora ya es tarde, somos como dos compañeros de escuela… Ya lo hablaremos…

Pero su voz se había vuelto histérica y rompía en estallidos repentinos que me impedían continuar.

—Vamos juntos a que te vea un médico… Estás loco… Después de todo lo que me he gastado… Qué dirá la gente… A ver dónde acabas…

Y acto seguido volvió a la carga:

—¿Sabes qué te digo? Quien no me quiere no me merece. De todas formas, ya me habían dicho que no eras de fiar. ¿Acaso he conocido alguna vez a alguien de tu familia? ¿Quién eres? ¿Qué sé yo si no eres hijo de unos pirados? En seis años no he visto una sola fotografía de tu familia. ¿Sabes qué? Que está muy bien, eres un caradura. Pero ya vendrás a llamar a mi puerta…

—Escúchame, Anna, te he prometido que hablaremos…

La voz soltó una carcajada furiosa.

—Claro, claro, pero cuando vengas ya verás cómo te recibo. Porque no sé yo de qué puedes quejarte. Has entrado y salido de mi casa cuando te ha dado la gana, y siempre has encontrado un plato caliente en la mesa. Y eso por no hablar de todo lo demás.

Yo estaba sudando. Notaba el auricular húmedo en la mano.

—Anna —balbucí—, por favor…

—Adelante —continuaba ella—. Pero llegará el día en que pilles un dolor de estómago de los buenos, y entonces ya veremos dónde te caerás muerto. Te va a dar…

Colgó, pero enseguida volvió a llamarme.

—Ni se te ocurra pensar que iré yo a buscarte —prosiguió fríamente—. Y devuélveme mi foto.

—Te he dicho que lo hablaremos. ¿Por qué no quieres…?

Había vuelto a colgar.

Ya está, se acabó. Y Serena no lo sabe, no sabe siquiera esto de mí. Nunca se lo he dicho, pero ahora tengo la sensación de llevarla más dignamente dentro de mí, de merecerla más.

Una tarde larga y oscura. Afuera llovía y los canarios se han pasado horas enteras trinando en su jaula.

A las siete he salido corriendo a la calle, sin perder la esperanza, y la hermana ha llegado encogida bajo el paraguas, se ha subido al tranvía y yo me he quedado solo bajo el agua helada.

He comprado dos bocadillos en un bar y he vuelto a casa a comer. No consigo apartarme de este teléfono, de este cuarto donde tarde o temprano he de recibir una señal de ella o de quien sea.

Temeroso de que hubiera alguna novedad, he llamado a Mo.

Parecía contento, y enseguida me lo he imaginado solo en el despacho.

—Siempre sienta bien un poco de cansancio, ¿verdad? —ha dicho. Luego, evidentemente, se ha arrepentido de tanta confianza y me ha resumido brevemente las novedades del despacho.

Sentía su pesado aliento a través del teléfono, expandiéndose en

oleadas molestas. Solo me lleva nueve o diez años y ya es un viejo, tiene los achaques de un viejo, a pesar de su actitud bravucona. ¿Cómo seré yo a su edad, cuando Serena tenga apenas treinta años?

Y sin embargo no me asusto ni me preocupo en absoluto; al contrario, si consigo refugiarme en estas fantasías creo hallar sosiego, y de pronto me descubro alegre y lleno de buenas intenciones, en paz conmigo mismo.

Al cabo de un rato he ido a prepararme un café: todos mis movimientos, de la mesa a los fogones y del armario a la silla, eran calculados —y me ha irritado darme cuenta de ello— para estar en disposición de salir corriendo hacia el teléfono o hacia la puerta.

Viernes, 29 de diciembre

No puedo creer que dentro de unos días vaya a estar de nuevo sentado en el despacho, frente a Mo e Iris, como si no hubiera pasado nada.

No sé cómo comportarme: no tengo ningún amigo abogado, con un abogado quizá habría logrado sincerarme. Si tuviera valor, más tarde, debería abordar a la monja a las siete y preguntarle por Serena. Pero ¿cómo? ¿No acabaría por empeorar las cosas?

Por la tarde, harto de estar encerrado en casa, he salido a pasear. La ciudad gira a mi alrededor, extraña, a ambas orillas del río. Me interno en las calles por azar, me detengo en los bares y contemplo, desde un rincón cálido, la humedad y la penumbra que emborronan el exterior.

Incluso he entrado en el museo, que no había pisado nunca pese a haber vivido siempre en esta ciudad. He dado una vuelta, los cuadros estaban escasamente iluminados y un vigilante me seguía, manteniéndose a distancia cuando yo me detenía. Solo una vez he tenido la fortuna de evadirme de los pensamientos que me estrujan el cerebro: ha sido al encontrarme frente al *Retrato de un hombre*, de Antonello da Messina.

Contemplé el rostro plano y surcado por unas pocas arrugas que denotan experiencia, el ojo alerta y sosegado, la sonrisa altiva en la comisura de los labios. Las vueltas del cuello blanco y los blandos y grandes pliegues de la casaca resaltaban la tez madura, de un candor solemne, vivo y compacto. Irradiaba energía, obstinación, ese saber vivir acuciado por las dificultades y ese saber gobernarlas con calma. Comprendí que si algún día tengo que hablar de Serena con alguien en el arzobispado o en la parroquia, ese alguien tendrá un rostro parecido, y yo no me perderé ni me desmoronaré,

sencillamente porque ahora tengo claro lo que quiero, porque sé lo que significa amar y la vida ya no es algo inútil, ya no la vivo al día ni es un cúmulo de horas que emergen a la superficie para luego disolverse una tras otra.

A última hora de la tarde me planté delante del convento y me puse a recorrer la tapia de un extremo a otro.

A cierta hora salieron unas cuantas monjas, caminando de dos en dos bajo los paraguas.

Las seguí, con la absurda esperanza de descubrir entre ellas a Serena, pero todas eran ancianas y hablaban en susurros bajo los paraguas, y los pliegues de sus hábitos se rozaban entre ellos. Se detuvieron en la esquina de la avenida. Pasaba un funeral y las vi ponerse en fila y desaparecer lentamente tras el féretro.

Al volver a casa me sentí cansado y apático.

—Vaya, el contable persigue hasta a las monjas —dijo entre risas el portero, apoyado en las jambas de la puerta.

—Eh, eh… —balbucí asustado.

—Disculpe, era una broma. Estaba mirando el funeral y le he visto bajar y luego subir. ¿Se encuentra mejor?

—Sí —dije.

Traté de entablar conversación.

—Son las monjas del convento de al lado, ¿verdad? ¿A qué orden pertenecen?

—¿A mí me lo pregunta? —dijo el portero, riendo e hinchando el rostro encarnado—. La que sabe de esas cosas es mi mujer. Los hábitos y los uniformes no van conmigo.

—Son pocas, creo… —aventuré.

—Seis o siete como mucho —zanjó él, distraído.

Volví entrar en casa, descorazonado. Las monjas que iban en fila detrás del féretro eran seis, y una o dos (la madre superiora, quizá) se habrían quedado en el convento. ¿Y Serena, entonces? ¿La habrán trasladado a otro convento? ¿A otra ciudad?

Al anochecer tuve que salir a pasear de nuevo, pues era incapaz de quedarme en casa. A trechos caían ráfagas de llovizna y las calles

estaban desiertas. Me irritaba sentirme tan débil y enfurecido en medio del hastío y la impotencia que me embargaban a cada paso, a cada pensamiento.

Me refugié en un bar y tomé un coñac. El sabor ferroso me daba náuseas, pero confiaba absurdamente en que me infundiera un poco de valor.

Me sentía atrapado en aquel intestino blanco y brillante de falso mármol, cuya escasa clientela leía periódicos ilustrados en las exiguas mesitas, y no me atrevía a apartarme de la barra y salir a la oscuridad.

Introduje una moneda en el tocadiscos y un disco empezó a girar lentamente, extraído por el brazo mecánico.

Incapaz de pensar, escuchaba y trataba de forzarme a seguir la música que se iba deslizando sin darme tiempo a penetrar en ella. La letra desconocida no era la que yo había esperado, y la música no me transportaba y seguía deslizándose lejos de mí, dejándome vacío, negado a todo.

Sin embargo, salir a la calle suponía demasiado esfuerzo, y una nueva moneda puso en marcha otro disco. Pero ya no le prestaba atención. No sabía si tomar otro coñac o ahorrar, y la única cosa que me molestaba, como un vil cosquilleo, era pensar: no tomes otro coñac, ahórrate el dinero. Me rebelaba contra ese pensamiento mezquino, e intentaba decirme: ¿A qué viene tanto ahorrar? Bébetelo de todas formas, aunque no te apetezca, a ver si aprendes, ánimo; no obstante, aquel «ahórrate el dinero» permanecía en su sitio, como una mancha vergonzosa.

Cuando salí, aprovechando que otros parroquianos abrían la puerta, el aire era fresco y el cielo se estaba serenando y oscureciendo sobre el río, al paso de las altas rachas de viento alpino.

Sabía que ya no podía estar solo, pero no me atrevía a admitirlo, y me encaminé de nuevo a casa y me obligué a subir las escaleras y a echarme en la cama para no enredarme con otros asuntos —cine, llamadas de teléfono— que solo me habrían minado aún más la moral.

Echado en la cama, en un silencio que solo rompía de vez en

cuando el trino de los canarios, pude pensar con más calma en Serena. Tenía los ojos cerrados y no sentía necesidad de reflexionar. Me bastaba con observarla tras la rendija de la puerta y fijarme con ansia y paciencia en cada detalle, y luego en cada una de las palabras oídas.

A altas horas de la noche, un súbito arrebato, un dolor, me obligó a levantarme y salir de casa a toda prisa.

El cielo se había serenado, y en lo alto, apenas visible, lucía el firmamento. Caminé hasta el convento y me apoyé en la tapia. No se oía ni un ruido, tan solo el crujir imperceptible de las ramas que, al otro lado de la tapia, se tensaban y crepitaban bajo la escarcha.

Luego empezaron a oírse unas voces ligeras, un runrún pausado, y solo al cabo de unos minutos comprendí que se trataba de un canto.

Las monjas cantaban en la capilla, y las voces se iban recostando sobre el muro muy quedamente, traspasándolo y saliendo apenas, como un hálito. Se acallaron, y tras un largo silencio el canto, débil y exhausto, se reanudó para perderse enseguida en un vacío más vasto.

Yo estaba helado, temblaba, y a ratos ya no era capaz de distinguir el silencio del coro; me parecía que este se prolongaba al ralentí, aunque quizá las voces habían callado ya.

Luego las ramas volvieron a crepitar bajo la escarcha nocturna; me aparté de la tapia a desgana y, andando por el centro de la calzada, fui hasta el Po, que fluía cenagoso, irradiando súbitos destellos en los breves trechos iluminados por las farolas.

Al otro lado del río brillaba la ciudad vacía y la inmensa plaza se veía casi blanca, presidida por hileras perfectas de luces. El cansancio me impedía pensar y prestar atención a una sombra cualquiera, y a duras penas logré pasear la mirada desde la misteriosa masa negra que se replegaba sobre el río, quizá la sombra del puente, hasta el preciso rectángulo de la plaza, delimitada por los pórticos desiertos.

Decidí seguir caminando y llegar al menos hasta la iglesia de la Gran Madre, pero el cansancio me doblaba las rodillas.

Sentado en los peldaños de la iglesia, con el abrigo ceñido alrededor de las piernas, trataba de burlarme de mí mismo como si estuviese borracho, de encontrar el valor de compadecerme y ridiculizarme por estar allí, a mi edad, incapaz de pensar y repentinamente inútil, a pesar del deseo alojado en mi pecho, a pesar de un loco coraje que ardía a lo lejos.

Dos bicicletas se acercaban por el puente; las piernas de los agentes de policía pedaleaban ligeras.

—¡Eh! —exclamó una voz a mis espaldas.

Una chica con un abrigo rojo asomó desde la sombra de la estatua que interrumpía las gradas.

—Diles que estoy contigo, de lo contrario se me llevarán. ¿Te importa? Sé amable.

Pero no se decidía a alejarse de la estatua. Los dos agentes ya tenían un pie en el suelo.

—Sal de ahí —dijo uno de ellos, vuelto hacia la sombra de la estatua—. No nos vengas con historias, ahuecael ala.

Yo oía el nervioso golpeteo del tacón de la chica sobre la losa de piedra.

—Vamos, fuera —ordenó el policía, molesto.

Entonces la chica apareció, bajó al bies la escalinata y, sin mirarnos a la cara, se alejó de la iglesia a paso ligero.

—Y que no vuelva a pillarte yo ahí detrás —le gritó el policía a sus espaldas.

—Vaya lugar ha elegido esa —masculló el otro.

Me estaba mirando, como si intentara atar cabos.

—Documentación —dijo al fin.

No tenía ganas de discutir, y pensé que me convenía seguirles la corriente. Le entregué el carnet de identidad.

Lo escudriñó escrupulosamente.

—¿Sabe usted que son las tres? Es hora de dormir —dijo, devolviéndome el carnet con un firme ademán.

—Ya voy, ya voy —contesté.

Ya volvían a pedalear tranquilamente, trazando amplias curvas por la plazoleta desierta y echando un vistazo por encima del hombro de vez en cuando.

Los pies me llevaban a casa, independientemente de cualquier decisión que pudiera tomar. Caminaba sintiendo las rodillas flojas, arrastrando los zapatos por el empedrado, y me daba cuenta de haber comprendido una sola cosa. Había surgido límpida y precisa, como si hubiera estado dándole vueltas días enteros.

Si no quería perder demasiado tiempo e incluso languidecer en una espera que podía ser peligrosa, tenía que ir cuanto antes a Mondovì. Seguramente los padres de Serena sabrían decirme qué había ocurrido. Quizá Serena les había contado algo sobre mí, en cuyo caso mi visita no les cogería demasiado desprevenidos.

Ya empezaba a contar los días, teniendo en cuenta que el año nuevo estaba de por medio, y me excitaba imaginando el encuentro y las palabras que les diría.

Domingo, 31 de diciembre

Se me han pegado las sábanas.

A cierta hora de la noche, tuvo lugar una reyerta acalorada detrás de las ventanas del cuartel. Parecía un juego, pero el ruido de carreras y catres arrastrados y los gritos feroces se prolongaron un buen rato. No tuve fuerzas para levantarme a espiar, y luego me costó mucho volver a conciliar el sueño. Seguía pensando en Mondovì, en quién se parecería a Serena, si el padre o la madre; tenía ganas de levantarme enseguida y emprender el viaje, pero una pereza extrema me impedía incluso cambiar de postura en la cama.

Lunes, 1 de enero de 1951

Estaba convencido de que Anna me llamaría, lo esperaba, pero no lo ha hecho, lo cual es una bendición. No tengo energía para discutir: si Anna supiera en qué estado de debilidad me encuentro, se presentaría aquí y en pocos minutos me convencería de hacer cualquier cosa. Me aferro a la idea de Mondovì, de mañana, para no venirme abajo del todo.

He esperado tantos días: a Serena debe de haberle ocurrido algo, y ya no sé qué pensar ni de qué asustarme. Quizá hubiera debido obrar de otro modo, tomar una iniciativa. Me devano los sesos, pero no encuentro ninguna salida.

Por la noche, los cantos de los borrachos en la calle han llegado dos o tres veces hasta mi habitación para apagarse de pronto en una barahúnda de risas descompuestas.

Hace demasiado frío para que nieve, pero quizá esté nevando en Mondovì, cerca de las montañas. Me he pasado el día buscando un viejo mapa que creía tener aún, para localizar la ciudad y saber si está cerca de algún valle, de otras ciudades, pueblos o ríos que conozca.

Martes, 2 de enero

—Allí está —dijo el taxista, deteniendo el coche—. Tetti Bona está allí. Por este sendero no puedo meterme con el coche.

Apenas si había un sendero con piedras afiladas que asomaban de la costra de hielo; no muy lejos se recortaban los perfiles de las casas.

—No hay más de un kilómetro —añadió el hombre—. Enseguida llegará. Y esté atento al autobús de la tarde si no quiere quedarse atrapado allí arriba hasta mañana.

Soplaba un viento gélido y las laderas de las colinas exhibían anchas heridas blancuzcas entre las masas oscuras de los bosques. Eché a andar prestando atención a las piedras, inclinándome contra el viento. Al darme la vuelta para recobrar el aliento, el pueblo había desaparecido tras un montículo. Los bocinazos del coche que bajaba hacia la estación se perdían, cada vez más débiles, por los recodos invisibles de la carretera.

Reanudé la marcha sin pensármelo dos veces. El viento me arrancaba lágrimas de los ojos, los tejados de las casas asomaban y desaparecían a cada momento. Luego el sendero se hizo llano y pude ver las casas al fondo, sus tejas oscuras y enmohecidas, y el corte brusco de los muros encalados. El campanario sobresalía un poco por encima del montón de tejados.

Ya andaba con mayor facilidad, en vista de que se acercaban las casas. Bajo el manto plomizo del cielo desfilaban, veloces al viento, nubes estriadas de orlas negras y amenazantes. Las montañas debían de estar un poco más allá, tras la masa de nubes recostadas en las colinas. Las casas iban acercándose y, tras un leve descenso, el sendero se empinó derecho hacia la cima del campanario.

Allá arriba, delante de la primera casa, una mujer me estaba

mirando. Empecé a subir y ella vino a mi encuentro con el vestido negro ondeando al viento.

Cuando volví a levantar la cabeza la tenía delante.

—El contable Mathis —dijo, mirándome con firmeza.

Entonces reconocí las cejas, más negras e hirsutas, unidas por un vello tupido. Sus ojos, oscuros y algo alocados, me escudriñaban; el rostro, delgado y surcado de arrugas, se asentaba sobre un cuello y un cuerpo enjutos que flotaban bajo el chal y las ropas negras.

—Mathis, el contable —repitió sin mover casi los labios.

Asentí con la cabeza.

—Soy la madre —dijo—. He oído un coche y luego lo he visto subir. Nuestra casa es una de las primeras del pueblo. Enseguida he pensado que sería usted. A quién si no se le ocurriría venir hasta aquí…

—Sí, soy yo —dije.

—Bien, pase por aquí, venga a casa. No es aconsejable dejarse ver por los chismosos.

Se dio la vuelta y echó a andar con la cabeza gacha, toda ella negra desde el pelo hasta las medias. Caminaba apoyando el puño en el costado, y yo alargué el paso para emparejarme con ella, pero no se volvió ni pronunció palabra.

Llegamos a la puerta y entró.

—Pase —dijo desde el interior.

Me ofreció asiento en un cuartucho en el que había un antiguo sofá de terciopelo verde con estampado de flores. Frente a mí había una mesa con un mantel verde, y en la pared colgaban dos grandes fotografías en marcos redondos. Tras el cristal, sobre un ceniciento papel blanco, me observaban un hombre mayor y una mujer: envarados, los ojos opacos y el busto que iba diluyéndose en un halo cada vez más tenue.

—Mi padre y mi madre —dijo la mujer sentándose frente a mí, al otro lado de la mesa—. No eran campesinos, tenían su propia tienda. El negocio quebró y yo tuve que casarme con un campesino, porque en este pueblo o te dedicas al comercio o trabajas la tierra. En aquellos tiempos no había fábricas ni siquiera en Mondovì. Usted no tiene ni idea de cómo vivimos aquí: la gente de ciudad se lo pasa

en grande con su sueldo fijo, les trae sin cuidado el campo y no hacen ni caso de los pequeños comerciantes y los campesinos. Solo se acuerdan del campo cuando hay una guerra. Entonces nos vienen con reverencias.

Me miraba con ojos brillantes, las manos unidas encima de la mesa.

—¿Le apetece un café? ¿Un marsala? ¿Una copa de vino?

—Gracias… —empecé.

—Me lo imaginaba más viejo —dijo sin quitarme ojo. Los párpados raramente cubrían del todo sus pupilas encendidas.

—Tengo cuarenta años… —balbucí.

—Lo sé. Serena me lo dijo por carta. Pero igualmente lo creía más viejo.

—¿Y Serena? ¿Dónde está? —pregunté.

—En Ferrara. ¿No lo sabía?

—Ferrara —repetí. La cabeza me daba vueltas.

Se había levantado.

—Entonces, ¿café o marsala? Marsala, que el café no está hecho —decidió, y salió del cuartucho.

Ferrara, me dije mientras contemplaba aquellos rostros tras los cristales empañados. Había un ventanuco que daba al sendero; a lo lejos se desplegaban unas colinas pardas sumergidas entre las nubes.

Volvió con una botella y una copa sobre la bandeja. Me sirvió y tomó asiento.

—¿Y su marido? —pregunté— ¿No está?

—Llega a mediodía —me contestó—. Ni siquiera en invierno es capaz de quedarse en casa. Trabaja día y noche, se mata faenando. Los que vivís en la ciudad no os podéis siquiera imaginar cuánto trabaja un campesino. Con el sueldo y las vacaciones aseguradas, cualquiera se echa a tomar el sol. Aquí la gente se vende el alma por dos liras. Pequeños comerciantes y campesinos: impuestos y faena. Yo a los obreros los respeto. Ellos también trabajan lo suyo, pero están más protegidos, no pagan impuestos, tributos ni aranceles. ¿Sabe usted lo que pagamos por llevar cien kilos de leña o de castañas a Mondovì? Un obrero no haría nuestro trabajo ni muerto.

Usted es oficinista. Si mi padre no se hubiese declarado en quiebra, no le habrían engañado primero los proveedores y luego el fisco, y yo también me habría casado con un empleado. Pero me casé con un campesino, y he visto cómo se vive. ¿Sabe usted lo que es deslomarse? ¿Lo sabe?

Me miraba, y sus manos se crispaban sobre la mesa. Su voz era sosegada, pero sus ojos rezumaban hostilidad.

—Señora… —dije.

—Así es, cualquiera renuncia a la buena vida —dijo ella, sonriendo y entornando los ojos. Se repantigó contra el respaldo de la silla y las arrugas se distendieron.

—Serena está en Ferrara —dije al fin—. Pero cómo…

Se apoyó de nuevo en la mesa, con viveza.

—¿No lo sabe usted? —preguntó atónita— ¿No sabía que estaba en Ferrara? Pero ¿no ha leído las cartas?

—¿Qué cartas?

—Nuestras cartas. Usted las echaba al buzón, las recibía… ¿No las ha leído?

—No —dije. Me sentía débil, estaba sudando y me dolían las rodillas.

Ella me miraba y sonreía frunciendo los labios.

—Eso le pasa por ser un caballero —dijo en voz baja—. No las ha leído, no las ha leído…

Meneaba la cabeza con la mirada fija en el paño verde de la mesa.

—No las he leído —repetí aturdido.

—Serena me lo contaba todo, y esperábamos que usted las leyera. Hay que ver cuánto se equivoca una. Usted no se decidía, y al final Serena pidió que la trasladaran a Ferrara…

—Serena…

—Seguro. Usted no se decidía, y entonces…

Yo veía su dedo, la uña gruesa que seguía los arabescos de hilo negro en el paño verde, trazando curvas para luego volver y retomar el dibujo en un vaivén errático.

—A mi modo de ver usted lleva razón —añadió—. Serena tiene que seguir su propio camino. Si se hubiesen conocido en otras

circunstancias… pero así son las cosas. Ahora estaríais cometiendo un pecado. No os compliquéis la vida.

—¿Y ella le escribía que yo no me decidía?

—Si quiere, le dejo leer las cartas. Luego me escribió que todo iba mal y que se trasladaría a Ferrara. Esa fue la última carta. Desde Ferrara aún no me ha dicho nada.

Vi su mano servirme otra copa de marsala.

—Si fuera usted un obrero, lo habría comprendido —dijo—. Un obrero tiene menos que perder y se decide antes. Pero un empleado… Ya le dije yo a Serena que no contara con eso. Si es mayor y te quiere, le escribí, espabilará, si no ya lo veo más difícil. Tómese el marsala, está bueno y no le sentará mal.

Me tendió la copa y la tomé sin darme cuenta.

—Yo lo comprendo, ¿sabe usted? Contable y joven todavía, no va a meterse en una historia tan complicada. Sería un error, digo yo. El mundo está lleno de mujeres. Serena irá por los hospitales, por los campamentos de verano, vivirá su vida. ¿Por qué casarse? No vale la pena. Se lo dije por carta, pero ella no me hacía caso. Ahora habrá aprendido.

Yo veía el paño, los dibujos del hilo negro, sostenía la copa en la mano y haciendo un esfuerzo inmenso trataba de entender y no confundirme.

—Ya le decía yo a Serena que la gente de ciudad es distinta —prosiguió—. Pero ella hacía oídos sordos, me escribía que usted era un hombre de fiar, que después de tantos meses lo había comprendido. Yo creo que un obrero lo habría hecho, pero un empleado tiene demasiadas ínfulas y demasiado que perder. Pero estaba segura de que usted vendría aquí, lo presentía.

Se rio, y sus ojos dementes se cerraron por un instante.

—No haga caso de las mujeres —me susurró apresuradamente, incorporándose—. Las mujeres no saben, no cuentan. Usted haga su vida, quédese tranquilo con su trabajo. Serena no era para usted: para empezar, es demasiado joven, y además es insolente. Ahora tengo cosas que hacer. Si hay algo que mi marido no perdona es el almuerzo. A mediodía, todos a la mesa. Usted quédese aquí tranquilo y acábese el marsala.

Salió y me quedé solo. Por la ventana vi pasar un carro vacío, tirado por un buey que meneaba el testuz. Delante caminaba, cabizbajo, un hombre con capa. La imagen de Serena era lejana y cercana a la vez; huía dejando tras de sí una sombra muy larga y latía en mi interior, como una gruesa vena doliente. La mujer volvió a entrar y depositó un pequeño paquete encima de la mesa. Iba atado con un cordel.

—Lea —dijo—. Son las cartas, están todas. A Serena se le da bien escribir. Cualquiera diría que solo cursó la primaria. Siempre ha sido muy inteligente. Si no fuéramos pobres la habría mandado a estudiar. Por eso la metí a monja, para que no se malograse en el campo. Ella estaba encantada de dejar este pueblucho. Bueno, usted beba y anímese. Yo estoy aquí al lado. Si necesita algo, me llama.

Acto seguido la oí trastear en la cocina. Canturreaba una melodía sin letra con la boca cerrada, y yo oía el ruido de las ollas y de su ir y venir.

Un terrible cansancio me había trepado hasta la cabeza desde las rodillas, y permanecí sentado, con la mente en blanco, sin intentar ya reconstruir las palabras de Serena ni las de su madre.

Afuera, el sendero estaba desierto y las nubes habían descendido engullendo otros pedazos de colina. Se oía ladrar a un perro, y cuando se calló un silencio infinito envolvió la estancia. Luego volvieron los pasos y los ruidos en la cocina, y aquel canto mudo, un murmullo modulado y apenas perceptible que se movía de un lado a otro sin subir o bajar de tono.

De pronto, volvió a asomarse a la puerta. Sonreía y llevaba un delantal.

—Quisiera poner la mesa aquí —dijo—. No me gusta comer en la cocina, al menos hoy.

Y en esas quitó el paño de la mesa y lo dobló cuidadosamente, ayudándose con la barbilla.

—¿Y sus otros hijos? —pregunté.

—Uno está en el colegio, dos están casadas y el otro es cura —contestó sin darme importancia.

Había puesto un mantel limpio y trajo las sillas de la cocina. Mi copa de marsala volvió a mi lado.

Colocó los tenedores y las cucharas, levantando de vez en cuando los ojos para mirarme. Luego se cruzó de brazos.

—Sí—dijo, cortante—. La gente de ciudad es de otra pasta. No vaya usted a creer que a mí no me dieron una educación. Mi padre y mi madre no eran ricos, pero no eran hijos de campesinos. Se declararon en quiebra, ¿y qué? Esa no es ninguna deshonra. Si no se hubieran muerto, habrían sacado provecho de la guerra y me habrían dado una buena vida. Todo quedó en nada. Pero mi hijo estudiará. ¡Vive Dios que estudiará! No se marchitará en este agujero. Está en el colegio, con los salesianos, y le van bien los estudios. También Serena, de haber sido varón, habría podido estudiar.

Volvió con los platos, las copas y un cubo de agua en el que puso dos botellas de cristal negro.

—Para que se enfríe el vino —suspiró, inclinada sobre el cubo. Salió de nuevo sin mirarme.

Yo tenía los pies helados y la cabeza ardiente, miraba la mesa puesta ante mí y no lograba pensar, asir el hilo del sinfín de razonamientos e ideas retorcidas que se agolpaban en mi mente.

—¿Nieva en Turín? —preguntó en voz alta desde la cocina—. Si no se decide a nevar, este año será terrible para el campo. Mi marido…

Soltó una risita nerviosa y de pronto reanudó su cancioncilla. Oí el chasquido de la puerta, luego un paso y una respiración.

—Ha llegado —dijo ella—. Te he dicho que llegaría. Ve tú mismo y verás. Te lo había dicho.

Había hablado como riéndose. El hombre respiraba pesadamente y soltó un «eh»; volví a oír sus pasos y me puse en pie para esperarlo. Apareció en la puerta: era menudo, delgado, con el pelo cano y el rostro consumido. Cerró los ojos y me tendió una mano áspera que tocó la mía sin llegar a estrecharla.

—Siéntese, siéntese —dijo sin mirarme, y se desplomó en una silla. Se inclinó sobre el cubo, tomó una botella y la examinó antes de abrirla.

—Mi mujer decía que usted acabaría por venir —comentó sin dejar de mirar el tapón—. Yo lo veía difícil.

Alzó la vista para estudiarme, asintiendo despacio con la cabeza, y

puso la botella encima de la mesa.

—Veamos —dijo—. ¿En qué lío se ha metido esa chiquilla?

Frunció el ceño, atento a mi respuesta, sin mirarme ya. Me sentí aliviado.

—No logro atar cabos —empecé—. A mí me decía ciertas cosas y luego a su madre le escribía otras. Ahora resulta que está en Ferrara, y si no hubiera venido hasta aquí, nunca me habría enterado. No lo entiendo, me parece una tomadura de pelo, eso es, una tomadura de pelo. Quizá me equivoque, pero…

Él asentía con la cabeza, la mirada fija en el mantel blanco.

—No es un asunto sencillo —dijo—. No lo es.

—Ya lo sé, pero yo creía que al menos entre nosotros dos las cosas estaban claras.

Finalmente alzó los ojos.

—Le hacía más joven —dijo—. No es que sea viejo, pero a los cuarenta años uno podría parecer más joven.

—Estoy cansado, ha sido un viaje infernal. Hay que tener paciencia para llegar hasta aquí.

Sonrió entornando los ojos.

—Aquí está en el paraíso —dijo, mirando por la ventana—. ¿Nieva en Turín? Si no nieva, este año será malo. Un día sí y otro también, siempre parece que esté a punto de nevar, pero luego nada.

Miraba, a través de la ventana, las nubes que ocultaban las colinas como una densa niebla. Apoyó los codos en la mesa.

—Ah, le ha dado marsala. ¿Le gusta tan dulce? A mí me da dolor de cabeza. Pruebe este vino. Es mío. Soy de los pocos que tienen un viñedo como Dios manda en estos pagos.

Me sirvió, y el vino oscureció las copas, llenándolas hasta el borde.

—Es incluso demasiado fuerte —comentó tras dar un pequeño sorbo.

Suspirando, se echó hacia atrás el sombrero, despejando la frente.

—No es sencillo —dijo mirándome—. ¿Por qué ha ido a buscarse precisamente a una muchacha que va a meterse a monja? ¿No da lo mismo una mujer que otra?

El hombre esperaba mi respuesta.

—Bien —dijo—. El autobús pasa a las cinco, ¿lo sabe? Ya le acompaño yo en carro, de otro modo tendrá que esperar demasiado.

Luego, alzando la voz añadió:

—En fin, ¿comemos?

—Ya voy —gritó la mujer desde el otro cuarto—. Si tenéis hambre, puedes cortar unas lonchas de salchichón.

—¿Le apetece salchichón? —preguntó el hombre mirándome.

Negué con la cabeza.

—Pues lleva usted razón —asintió él—. Porque el salchichón quita el apetito.

—Yo a esa chica no la comprendo —dije—. ¿Por qué no me ha dicho nada? ¿Por qué se ha ido a Ferrara? Solo hace veinte días que nos conocemos. ¿Qué quería que ocurriese en veinte días?

El hombre miraba el mantel y la copa, frunciendo el ceño.

—Es inútil pedirles explicaciones a las mujeres —sentenció al fin —. Nunca sabes cómo tomarte lo que te dicen.

Bajó la voz y se inclinó hacia delante.

—Será mejor que hablemos en voz baja porque ella, desde allí, sospecha de todo —susurró—. No le haga caso, es una mujer cansada.

—¿Qué? —pregunté. No entendía nada.

Volvió a levantarse, haciendo oídos sordos. Seguía mirándome con los ojos entornados.

—Pero dígame —dijo—. ¿Usted está dispuesto a comprometerse con una chica de veinte años? Porque eso no es coser y cantar, ya sabe.

—¿Si estoy dispuesto?

—Sí —continuó—. ¿Está dispuesto o no? Porque hace falta mucha paciencia para eso. Las mujeres no funcionan como nosotros. Están locas.

—Pero Serena…

—Ya sé que Serena es buena chica —añadió de inmediato, inclinándose sobre la mesa para estar más cerca—. Yo no quería que se metiera a monja —susurró—. Pero su madre prefería verla rezar que trabajar. Siempre la tenía encerrada en casa, ni siquiera la

mandaba a hacer recados. Si hubiera sido un varón, me lo habría llevado conmigo, pero tratándose de una mujer, ¿qué podía hacer yo? Quizá el error es mío, pero a esa no hay quien la haga entrar en razón. También al chaval lo ha metido en un colegio, quiere que tenga estudios. Y así me toca tirar del carro yo solo.

Volvió a levantarse, resoplando. La mujer entró con la sopa, llenó los platos y se sentó para volver a levantarse.

—Aquí hace frío —comentó desde la puerta—. No hace falta que se quite el abrigo.

—Pierda cuidado, en esta casa se come bien —dijo el hombre acercando la silla— Venga, ánimo. Ya tendremos tiempo de hablar.

Se concentró en la sopa; la mujer también había vuelto, y al sentarse me miró sonriendo.

—Buen provecho —dijo.

Comíamos en silencio, alzando de vez en cuando la vista del plato, y el hombre refunfuñaba entre una cucharada y otra. Ella no me quitaba ojo, pero yo notaba que el cansancio iba disipándose lentamente para dar paso a un rencor lúcido y obstinado. Trataba de observarlos y grabar bien en mi mente cada gesto y cada pliegue de sus rostros. Ahora me sentía engañado y ofendido.

—De segundo hay tortilla —dijo la mujer—. ¿Se le ha ido un poco el frío?

Se había levantado y recogía los platos.

—Él no ha leído las cartas —le dijo al marido.

—No todo el mundo es tan entrometido como vosotras —repuso él, sin alzar la voz.

La mujer no replicó; volvió a la cocina esbozando una sonrisita y la oímos canturrear.

—Turín… —dijo el hombre—. Nunca he estado. Un día u otro tendré que ir.

La mujer había vuelto; cortó la tortilla en porciones abundantes y luego nos las sirvió hábilmente en los platos.

—Podrías haber comprado unos palillos de pan, a lo mejor le gustan —le reprochó el hombre.

—No —dije.

—Nunca estás contento— dijo la mujer, riéndose, y se sentó.

—La comida es sagrada —sentenció el hombre, sonriendo y cortando la tortilla con rápidos movimientos del tenedor.

—¿No se ha dado usted una vuelta por el pueblo? —preguntó después.

—No, ha venido directo a casa —contestó enseguida la mujer, guiñándome un ojo.

—La iglesia tiene su gracia y es antigua —prosiguió el hombre.

—Es mejor que no se acerque al pueblo —replicó ella.

—¿Por qué? —protestó el hombre, dejando el tenedor en el plato —. ¿A santo de qué tiene que esconderse? ¿Sabes lo que te digo? Después nos vamos a dar una vuelta él y yo, a tomarnos un café, mira por dónde. No me gusta esconderme. No todos somos de tu calaña, yo no me apellido Ceppa. No necesito esconderme, no tengo nada que esconder.

—Así todo el mundo va a meter baza —empezó a lamentarse la mujer con voz llorosa pero agresiva—. Y luego empezarán las habladurías…

—No le haga caso —dijo el hombre—. No soporta a la gente…

—No, no, no quiero que salgáis. ¿No podéis quedaros aquí? ¿Dónde vais a estar mejor? —gritaba la mujer con ojos brillantes. Tenía los puños crispados sobre la mesa, los tendones del cuello duros y secos.

El hombre levantó la mano blandiendo el tenedor.

—Está bien, tranquila. —Y acto seguido, sonriendo—: A las mujeres hay que tenerlas siempre contentas. A la mínima se sulfuran.

La mujer sonrió y los tendones se aflojaron, desapareciendo bajo la piel rugosa.

—Sois hombres, más os vale tener paciencia —bromeó.

—Parece que para eso estamos aquí —farfulló él.

—Sois hombres —repitió la mujer—. Sois más listos, más fuertes, y tenéis mando en plaza. ¿Qué más queréis?

—Eso, eso. Y ahora come —ordenó él, poniendo fin a la discusión.

En la mesa había queso, manzanas de piel rugosa, castañas y nueces.

—Cómase unas nueces, ayudan a bajar la última copa —había

dicho el hombre.

Había apartado la silla de la mesa y tenía las piernas de costado. Con dos dedos tomó delicadamente uno de mis cigarrillos.

—Fumo poco —dijo—, pero un cigarrillo de vez en cuando no hace daño.

La mujer recogía la mesa, sin llevarse el vino y las nueces. Iba y venía sin prestarnos atención, dejando de canturrear su sorda melodía en cuanto cruzaba el umbral del cuartucho.

—Ay, la gente de ciudad… —dijo él—. Como no os empeñéis vosotros en cambiar el mundo, mal vamos. Aquí llevamos un atraso de mil años. No comprendemos nada, solo sabemos trabajar.

Aspiraba el humo del cigarrillo ávidamente, echando un vistazo a lo que quedaba con cada calada.

—Aquí no sabemos hacer la o con un canuto, eso es lo que pasa —prosiguió—. Los de ciudad son más listos. Organizan huelgas y hacen valer sus razones. Aquí estamos en el fondo de un pozo.

Miró a través de la puerta de la cocina y luego me preguntó en voz baja:

—Cuénteme algo de los comunistas esos. ¿Se puede saber qué quieren? Yo no creo que tengan intención de quitarnos la tierra, pero aquí todos viven con el miedo en el cuerpo, así que el cura siempre tiene razón y es el único que manda. Si no fuese viejo, yo ya lo hubiera dejado todo para irme a la ciudad. De joven trabajé en una empresa textil, en Bra. Luego me empeñé en no tener patrón y heme aquí: solo como un perro.

Se calló. La mujer había vuelto con el café.

—¿Está caliente al menos? —farfulló el hombre.

La mujer no contestó; echó azúcar, les acercó las tazas y se sentó, tomando la suya con cuidado. Me miró sonriente y con el mentón tembloroso.

—Bien —dijo—. ¿Qué ha decidido? ¿Irá a Ferrara?

Sus ojos negros me miraban, dilatados y ansiosos.

—No lo sé —dije, fijando la vista en mi taza—. No lo sé.

El hombre puso la mano encima de la mesa, sin golpearla.

—Déjalo tranquilo. Hará lo que le venga en gana —dijo.

—Porque lo importante es la compañía. Si dos no saben hacerse

compañía… —empezó a decir la mujer—. Pero no, no puede ser. Es pecado. Quién sabe lo que diría la gente…

Esta vez el hombre dio un manotazo en la mesa.

—Serena podría haberse casado al menos tres veces—dijo—, pero tú erre que erre con que no querías campesinos. ¿Ves lo que pasa? A estas alturas tendría nietos y no estaría solo como un perro. Pero tú no te bajabas del burro e insistías en que un labriego no es nadie. Razón no te falta, pero mira lo que pasa. Cosas de mujeres… Que baje Dios y los vea.

La mujer permaneció en silencio. El café seguía intacto en la taza; por fin se lo tomó a pequeños sorbos, como si quisiera disimular un sollozo.

—Voy a preparar el caballo —anunció el hombre, levantándose—. Se tarda una hora en bajar hasta Mondovì, y no quiero volver de noche.

Salió arrastrando los pies; la mujer me miraba, minúscula en su silla, clavando en mí sus ojos dementes.

—¿Irá a Ferrara? —preguntó en voz baja.

—No lo sé —volví a contestar, desconcertado—. Serena ha contado tantas cosas… Ya no entiendo nada.

—¡Es tan buena chica! —exclamó ella de repente, tratando de tener las manos ocupadas y no mirarme—. Sabe hacer de todo, bordar, lavar, cocinar. Es buena y apañada. Y a usted lo atendería de maravilla, ¿sabe? Yo…

Ahora el frío del cuartucho me calaba los huesos; estaba temblando debajo del abrigo y tenía ganas de moverme, de huir.

Ella me miraba.

—Tengo que pensarlo —dije con esfuerzo—. Es todo tan diferente ahora. Las cartas… Ferrara… Tengo que pensarlo.

La mujer asentía con la cabeza.

—Desde luego —dijo en voz baja—. Pero si va usted, si al final se casan, no vengan por aquí. Iré yo a Turín, y me lo llevaré a él también. Aquí no, por favor.

—De acuerdo —farfullé.

Yo miraba el sendero al otro lado de la ventana, con la esperanza de descubrir que el hombre y el caballo ya estaban listos.

—Usted es una buena persona, eso se ve a la legua —dijo la mujer, azorada. Pero no continuó.

La voz del hombre llamaba desde el exterior.

Yo estaba de pie, con el sombrero en la mano, y ella se afanaba de un lado a otro, como buscando algo.

—No le he enseñado el arcón con toda la ropa de Serena. Tiene de todo: sábanas, toallas, kilos de lino. De veras, son cosas que muy pocas chicas tienen hoy en día. Es su ajuar, tanto si se mete a monja como si no. Es ropa de calidad. ¡No sé por qué no se lo he enseñado! No sé dónde tengo la cabeza.

Abría y cerraba un cajón, y se retorcía las manos.

—Qué podría darle, qué podría… —dijo.

—Por favor, señora —le rogué yo.

—Algo, algo —continuó ella.

Al abrir otro cajón, aparecieron unos caramelos. Me los ofreció con aire triunfante.

—Son de genciana, van bien para la digestión —dijo, con el rostro congestionado.

Tomé uno.

—No, no… —Y tomó un buen puñado, me levantó el brazo y me los metió a la fuerza en el bolsillo.

Me asió la manga del abrigo y atravesamos la cocina en silencio.

—Dígale a Serena que me escriba. Escribidme los dos. Y que no se os ocurra tener hijos, que no se os ocurra… —dijo en voz baja, ya en la puerta.

Ya no me miraba; sus ojos estaban atentos al carro de vieja madera pulida. Luego se acercó para controlar las cinchas que sujetaban las bridas de cuero en el flanco del caballo.

El hombre, envuelto en su capa, ya se había acomodado, y el caballo esperaba con una manta sobre la grupa. Me subí al carro, y el hombre aflojó el freno chirriante; el animal echó a andar despacio, sacudiendo la cabeza encapuchada. Ya en el sendero, me di la vuelta y vi a la mujer, asomada al ventanuco del cuarto donde habíamos almorzado, la palma de la mano apoyada en el pecho. Asintió con la cabeza hasta que dejé de mirarla.

—Pobrecita—comentó el hombre—, la he hecho trabajar

demasiado.

No azuzaba al caballo, que avanzaba con tiento, balanceándose apenas entre los varales.

—Ahora usted la ve así, un poco alelada, pero ha sido una mujer de armas tomar —dijo el hombre en voz baja—. En el pueblo nadie la quería porque su familia se había arruinado. Ha trabajado toda la vida como una bestia. Y era inteligente. Pero es de esas mujeres que no saben estarse quietas, controladoras, nerviosas: si les metes un dedo en el culo te arrancan la uña.

El caballo iba al paso y el carro traqueteaba sobre las piedras, ladeándose un poco. Las colinas lejanas habían desaparecido entre la masa de nubes, el viento había amainado y el cielo entero parecía una bóveda gris, compacta y uniforme.

—Este año no hay manera de que nieve —dijo el hombre, sin mirar alrededor—. ¿Ve usted aquel árbol?

Lo señaló con la fusta. Era un tronco claro, altísimo, con una ancha copa de ramas desnudas.

—Es un nogal. Con una cuerda, Serena había hecho ahí un columpio. Se pasaba el día jugando. Yo le gritaba desde las viñas para que fuera a casa a buscarme vino y agua, pero no había manera. Ni se molestaba en contestar. Su madre siempre la ha protegido. La vestía de blanco, como si todos los días fuesen domingo, la llevaba a la iglesia y ni los platos le dejaba lavar. Se le había metido entre ceja y ceja que era una niña delicada. Nada era lo suficientemente bueno para ella, y habría sido capaz de soplarle en la boca para darle brío.

La grupa del caballo se contoneaba suavemente delante de nosotros.

—Calcetines blancos, zapatos de charol… Si sabré yo de eso —añadió el hombre—. Hizo de todo para meterla en las procesiones, para que fuera una «hija de María». Un día incluso le tiñó el pelo con manzanilla porque el cura quería un ángel rubio para no sé qué fiesta.

El caballo había empezado a subir la cuesta y tiraba del carro, estirando el cuello y echando vaho por las narices.

—Era una chica, ¿qué podía decir yo? ¿Acaso podía llevármela al

campo a la fuerza? Su madre decía que estaba destinada a ser monja, que no se podía pedir más. Y yo siempre tragaba con todo. ¿Y ahora? ¿Acaso creen que las monjas se divierten? Quien sabe qué vida llevan. Habrá amas y criadas, como en todas partes.

Volvió la cabeza para mirarme; sus ojos se habían escondido tras dos ranuras.

—Yo en su lugar —dijo, mirándome fijamente— no tendría arrestos, pero usted es más joven. Decídase pronto, de otro modo será mejor que dejéis en paz al corazón.

—Serena lo tenía todo calculado. Me siento engañado —repliqué.

El hombre se lo pensó dos veces antes de contestar.

—Las mujeres son duras de pelar —dijo al fin—. Ellas no atienden a razones. Quien las quiere, las toma y las aguanta. Si usted la quiere, adelante. Más no le puedo decir.

El carro traqueteaba sobre las piedras, pero poco después el camino se hizo llano, con un lecho de gravilla, y el caballo se relajó, trotando plácidamente.

No volvimos a hablar. Las colinas se suavizaron paulatinamente y por fin apareció Mondovì, recluido, enrocado en la montaña, atravesada por las vías del funicular que discurrían sobre la roca, uniendo la ciudad alta y la baja como un cinturón largo y recto.

—Tenga por seguro que en mi casa se ha gastado más dinero en misales y cirios que en viandas—dijo el hombre riéndose por lo bajo —. Será que nuestro destino está decidido de antemano. Ahí está la estación.

—Vayamos a tomar algo —le dije cuando llegamos a la plazoleta.

Se lo pensó un momento y luego se deslizó del pescante.

—Total, a estas horas ya es como si fuese un día festivo —farfulló.

En el bar de la estación no había nadie; una chica nos vertió un poco de coñac en el café. Bebimos en silencio, acodados a la barra, y el hombre aceptó otro cigarrillo. Salimos a fumar y nos pusimos a pasear alrededor del carro. De vez en cuando el hombre detectaba una hebilla o una cincha suelta, la ajustaba y volvía a incorporarse con un suspiro.

—Bueno —concluyó al fin—. ¡Os deseo lo mejor a los dos! Es mi hija, y es buena chica, pero es inútil que se lo diga yo. Manténgame

informado.

—Me ha engañado —balbucí—. Me hizo creer que solo le importaba yo, y ahora resulta que todo estaba calculado.

Mis palabras sonaban forzadas, yo mismo no acababa de creérmelas. El hombre se entretenía estudiando el mango de la fusta.

—Mejor no hacer caso de las mujeres. Cuando se les mete algo entre ceja y ceja no hay quien las pare, por un motivo u otro. Razonan con el útero. Yo en su lugar solo temería la diferencia de edad. A los cuarenta años, un hombre ya no está para tonterías.

Se había subido al carro, y apenas si me dirigió una mirada.

—Usted es un buen muchacho, pero no lo veo muy dispuesto. Y a esas mujeres hay que saber dominarlas. De lo contrario le ocurrirá como a mí, que enseguida me perdieron el respeto. Si usted consigue hacerse respetar, tendrá una buena vida con Serena. En caso contrario…

Yo esperaba que siguiera hablando. Me miró, metió la fusta en la anilla y volvió a apearse resoplando.

—Si entre hombres no hablamos, estamos perdidos —dijo.

Echó a andar y yo lo seguí. Nos sentamos de nuevo en el bar. La chica nos miró desde el mostrador, pero esta vez no se acercó a nuestra mesa.

—Entonces, ¿irá a Ferrara a buscarla? —preguntó el hombre.

Se había apoyado en la mesa de mármol, envuelto en su capa, y esperaba.

—Iré, quisiera ir —dije en voz baja, avergonzado—. Pero yo a esa chica ya no la entiendo. Hablaba, me decía tantas cosas, y ahora tengo la cabeza hecha un lío.

Él asentía sin alzar la vista de la mesa de mármol.

—Los dos sois gente de ciudad, qué quiere que le diga. Si va a Ferrara a buscarla… Yo no me atrevería, para qué le voy a engañar. Usted, no sé, no lo conozco lo suficiente.

—Ni siquiera sé dónde queda.

Se encogió de hombros.

—Solo hay dos conventos de monjas. Eso es lo que nos dijo por carta. Entonces, ¿irá?

Se movió un poco debajo de la capa y se acomodó en la silla, frunciendo el ceño.

—Iré —dije—. Siempre he tenido la intención de casarme con ella.

Asintió con la cabeza, suspirando.

—Ándese con cuidado —añadió—. Esas mujeres, si sabes cómo tratarlas, valen un potosí, de lo contrario… Yo, por ejemplo, no lo hice bien con su madre. Le di demasiada cuerda, me bastaba con que trabajara. Así que siempre ha mandado ella, y nunca he logrado llevarle la contraria.

Levantó de nuevo el rostro, sonriendo.

—Entendido, entonces irá usted a Ferrara. Si le echa agallas, no le irá mal. Todo tiene arreglo en esta vida.

Sentía que una tristeza cenicienta se apoderaba de mí, tomaba cuerpo a lo lejos y me asaltaba a oleadas. Sin embargo, sabía que iría a buscarla, aunque me hubiera engañado, aunque sus palabras de amor obedecieran a circunstancias que nada tenían que ver conmigo. Me sentía zarandeado por ráfagas de pensamientos contradictorios y deletéreos; en veinte días, mi vida había sufrido dos grandes vuelcos. Pero una parte de mí ya estaba viajando a Turín y a Ferrara, arrastrando a la otra con lánguida fuerza.

Ya no me sentía ofendido, solo triste. Ni siquiera pensar en ella, que quizá me esperaba, pese a que sus entrañas eran de hielo y a buen seguro habrían congelado nuestros recuerdos, ni siquiera pensar en ella me ayudaba mucho.

—Si aún me quiere —dije—, yo estoy dispuesto. Más no puedo decir.

El hombre ocultaba la frente bajo el sombrero; antes de hablar, restregó un buen rato la nuca contra el cuello de piel raída que remataba la capa.

—Si no necesitáramos a las mujeres, estaríamos todos en la gloria.

Comprendí que quería oírme hablar.

—Serena me ha cambiado la vida —dije entonces—. Como le decía, siempre he tenido la intención de casarme con ella. Incluso me compré dos trajes. Solo que no entendí que tenía que darme prisa, eso es todo. A mi edad uno empieza a hacer las cosas con

parsimonia…

—¿Y si dentro de veinte años no os entendéis? —pregunto él con aire cansado. Pero no me dejó contestar, deteniéndome con un gesto de la mano que había sacado de debajo de la capa—. Lo cierto es que tentar al futuro es inútil. Entonces, ¿cuándo piensa ir a Ferrara?

Me miraba, con los labios apretados y duros asomando bajo los pelos de la barba.

—Mañana o pasado mañana —dije en voz baja.

Asintió.

—Lo comprendo —añadió con aire pensativo—. Las mujeres tienen que casarse, está en su naturaleza. Y en la nuestra… también.

Se rio silenciosamente.

Se había levantado y salimos de nuevo a la plaza. El caballo, con la cabeza gacha, piafaba sobre el asfalto.

—Me marcho antes de que la noche me sorprenda a medio camino —anunció el hombre, olisqueando el aire.

Se acercó al carro y subió al pescante, gimiendo entre dientes.

—Entonces, ¿irá a Ferrara? ¿Seguro?

—Sí —contesté—. Quédese tranquilo.

Se encogió de hombros y miró la fusta con una sonrisa en los labios.

—Descuide, ya estoy tranquilo. Hace tiempo que dejé de tomarme las cosas a la tremenda.

Se volvió un instante para mirarme. Luego tomó la fusta y la desenvolvió lentamente, examinando la trencilla y el mango gastado de tiras de cuero trenzadas.

—Téngame al corriente —dijo.

Alargó la mano y tomó la mía sin estrecharla.

—Cuídese —añadió, y arreó al caballo.

Volví a entrar en la estación; el viento silbaba de nuevo y las taquillas aún estaban cerradas a cal y canto. Un viejo acurrucado en un rincón dormía con el sombrero sobre los ojos y el saco de mendigo agarrado a un costado.

Me puse a repasar los grandes carteles rectangulares que

anunciaban los horarios. Una mancha grasienta y rectilínea se extendía a la altura de Mondovì, ocultando las horas de salida de los trenes a Turín.

Pero el cartel con los abigarrados horarios de los trenes de Turín a Milán y de Milán a Ferrara estaba limpio, sin un solo tachón.



Giovanni Arpino

(1927-1987) Giovanni Arpino nació en Pula, en la actual Croacia, donde estuvo destinado su padre militar cuando caía bajo dominio italiano. Se trasladó primero a Bra y luego a Turín, donde pasó el resto de su vida. En 1952 publicó su primera novela, *Sei Stato Felice*. Sus libros le valieron el Premio Strega en 1964, el Campiello en 1972, el Super Campiello en 1980 y el Premio Cento en 1982. Es autor de dieciséis novelas y casi doscientos cuentos, poemarios y libros infantiles. Fue colaborador habitual en los periódicos *La Stampa* e *il Giornale*.

Sinopsis

«Soy un cobarde», anota en su diario Antonio Mathis, paralizado ante el primer atisbo de aventura y amor que le depara la vida. Como el Bartleby de Melville o el Bernardo Soares de Pessoa, es uno de tantos oficinistas anónimos que pueblan las grandes ciudades. Vive resignado a una rutina sin alma en el Turín industrial de 1950, con la sola compañía de una novia desapasionada y unos compañeros de trabajo cínicos y vagos. Pero el cuarentón Mathis esconde un secreto inconfesable: hace semanas que corteja a Serena, una novicia veinteañera de nula vocación religiosa. Desde que empezaron a coincidir en la parada del tranvía, han ido fraguando un idilio obsesivo, hecho de silencios, encuentros furtivos, promesas ambiguas y erotismo latente. Ahora, por una vez en la vida, Mathis siente la imperiosa necesidad de actuar. Sin embargo, pese a su apariencia de chica provinciana e ingenua, es Serena quien mueve los hilos y, quizá, da pábulo a las imaginaciones del oficinista.

Celebrada por Eugenio Montale como una obra maestra, *Un hombre cualquiera* nos adentra de manera brillante en la conciencia de un tipo del montón, cuya existencia se ve trastornada por una pasión inesperada. Publicada en 1959, esta novela vendió más de cien mil ejemplares en un año y consagró a Giovanni Arpino como un nombre imprescindible de la literatura italiana del siglo xx.

Otros títulos publicados en Gatopardo

1. Alejandro Magno
Pietro Citati

2. En peligro
Richard Hughes

3. La primavera de los bárbaros
Jonas Lüscher

4. El temperamento español
V. S. Pritchett

5. Mi Londres
Simonetta Agnello Hornby

6. Una vista del puerto
Elizabeth Taylor

6. Una vista del puerto
Elizabeth Taylor

7. Tumbas etruscas
D. H. Lawrence

8. Mis amores y otros animales
Paolo Maurensig

9. Los mejores relatos de
Frank Norris

10. La gente del Abismo
Jack London

11. Mujeres excelentes

Barbara Pym

12. La vida breve de Katherine Mansfield
Pietro Citati

13. Paseano con hombres
Ann Beattie

14. El legado
Sybille Bedford

15. Alejandría
E. M. Forster

16. Unas gotas de aceite
Simonetta Agnello Hornby

17. Dame tu corazón
Joyce Carol Oates

18. Teoría de las sombras
Paolo Maurensig

19. Amor libre
Ali Smith

20. El turista desnudo
Lawrence Osborne

21. El cielo robado
Andrea Camilleri

22. Amor no correspondido
Barbara Pym

23. Sexo y muerte
VV. AA.

24. La muerte de la mariposa
Pietro Citati

25. Vida de Samuel Johnson
Giorgio Manganelli

26. Viginia Woolf. Vida de una escritora
Lyndall Gordon

27. La mecanógrafa de Henry James
Michiel Heyns

28. Invierno
Christopher Nicholson

29. Desmembrado
Joyce Carol Oates

30. Río revuelto
Joan Didion

31. Quédate conmigo
Ayòbámi Adébáyò

32. Bangkok
Lawrence Osborne

33. La moneda de Akragas
Andrea Camilleri

34. Un alma cándida
Elizabeth Taylor

36. Palermo es mi ciudad
Simonetta Agnello Hornby

37. Lo que Maisie sabía
Henry James

38. El cuidador de elefantes
Christopher Nicholson

39. El río del tiempo
Jon Swain

40. A la mesa con los reyes
Francesca Sgorbati Bosi

41. Nada que ver conmigo
Janice Galloway

42. María Estuardo
Alexander Dumas

43. Conversaciones con Ian McEwan
Edición de Ryan Roberts

44. Los perezosos
Charles Dickens y Wilkie Collins

45. La vanidad de la caballería
Stefano Malatesta

46. Un asunto del diablo
Paolo Maurensig

47. Fresas silvestres
Angela Thirkell

48. Cazadores en la noche
Lawrence Osborne

49. Extranjeros, bienvenidos
Barbara Pym

50. La escritora vive aquí
Sandra Petrignani

51. Nadie puede volar
Simonetta Agnello Hornby

52. La casa intacta
Willem Frederik Hermans

53. Morir
Cory Taylor

54. Un montón de migajas
Elena Gorokhova

55. En un lugar solitario
Dorothy B. Hughes

56. Cásate conmigo
John Updike

57. Persecución
Joyce Carol Oates

58. Tú también puedes tener un cuerpo como el mío
Alexandra Kleeman

59. Los perdonados
Lawrence Osborne

60. El saltador del muro
Peter Schneider

61. El mal camino
Sébastien Japrisot

62. Los que cambiaron y los que murieron
Barbara Comyns

59. Los perdonados
Lawrence Osborne

60. El saltador del muro
Peter Schneider

61. El mal camino
Sébastien Japrisot

62. Los que cambiaron y los que murieron
Barbara Comyns

63. El corazón verdadero
Sylvia Townsend Warner

64. Hielo
Marco Tedesco y Alberto Flores d'Arcais

65. Beber o no beber
Lawrence Osborne

66. Estado del malestar
Nina Lykke

67. Temas de conversación
Miranda Popkey

68. Bienvenidos a América
Linda Boström Knausgår

69. Cuánto oro esconden estas colinas
C Pam Zhang

70. Perversas criaturas
Lawrence Osborne

71. Kalmann
Joachim B. Schmidt

72. Cuarteto de otoño
Barbara Pym

73. Caer es como volar
Manon Uphoff

74. Mía es la venganza
Marie Ndiaye

75. Los inquietos
Linn Ullmann

76. No y mil veces no
Nina Lykke

77. Niña de octubre
Linda Boström Knausgår

78. Trío
Johanna Hedman

79. La aldea perdida
Max Gross

80. Saturno
Sarah Chiche

81. Cantos de sirena
Charmian Clift

82. Jane y Prudence
Barbara Pym

83. Hombres en prisión
Victor Serge

84. La Chef
Marie NDiaye

85. Maldita suerte
Lawrence Osborne

86. Bienvenidos a High Rising
Angela Thirkell

87. Los detalles
Angela Thirkell

88. Chica, 1983
Linn Ullmann

89. Ayer
Juan Emar

90. El pacto
Thorkild Bjørnvig

91. Mis estúpidas ideas
Bernardo Zannoni

92. Los buscadores de loto
Charmian Clift

93. Una estela salvaje
Kathryn Schulz

94. Hotel Splendide
Ludwig Bemelmans

95. Te quiere, Boy
Roald Dahl

96. Pasiones públicas, emociones privadas
Charles Dickens

97. Ven a este tribunal y llora
Linda Kinstler

98. La divorciada
Ursula Parrott

99. Engaño
Yuri Felsen

100. No hemos venido a divertirnos
Nina Lykke

101. Murió la dulce paloma
Barbara Pym

102. Las horas antiguas
Michael Bible

Table of Contents

Prólogo
UN HOMBRE CUALQUIERA
Giovanni Arpino
Sinopsis
Otros títulos publicados en Gatopardo